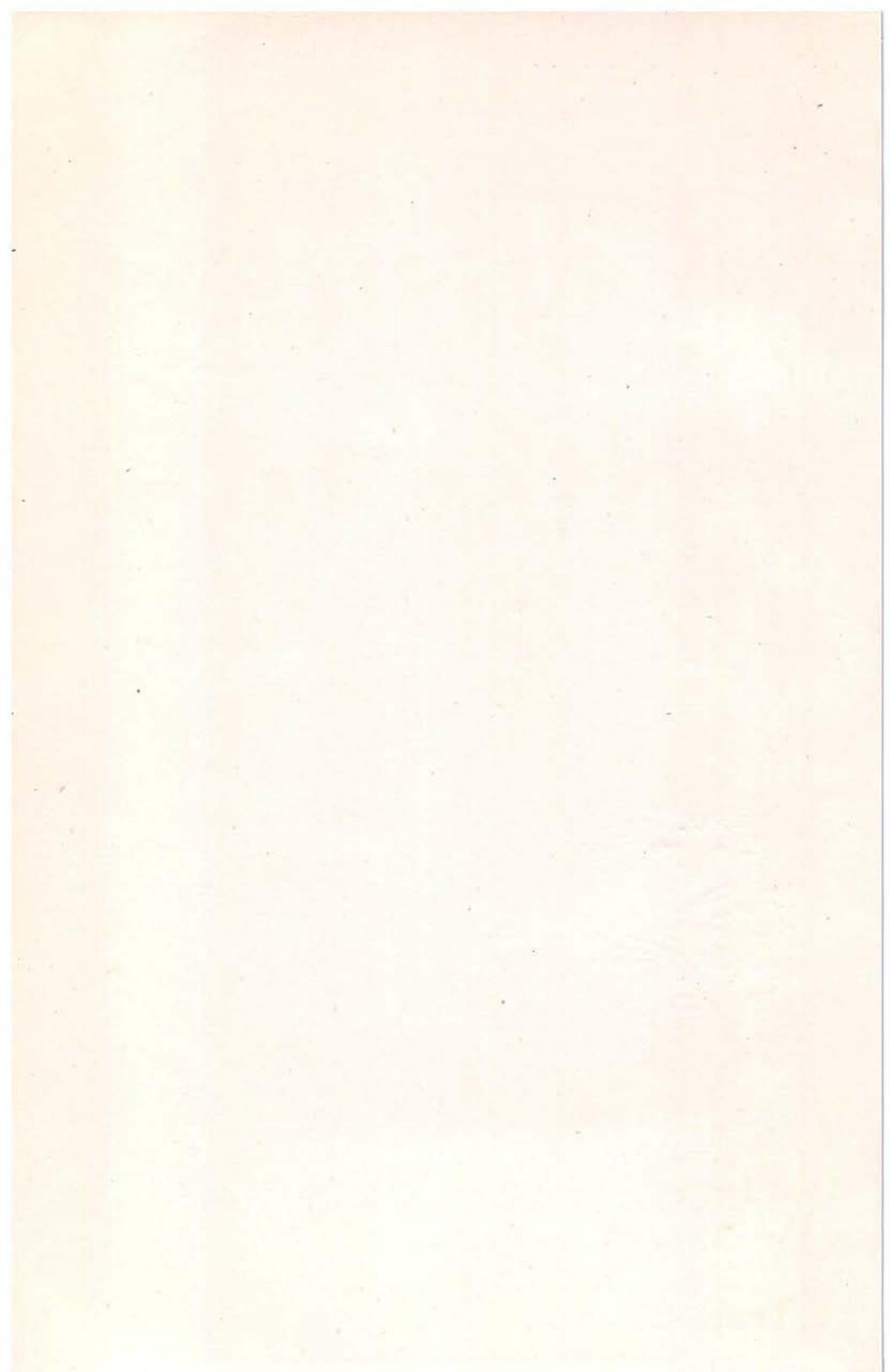


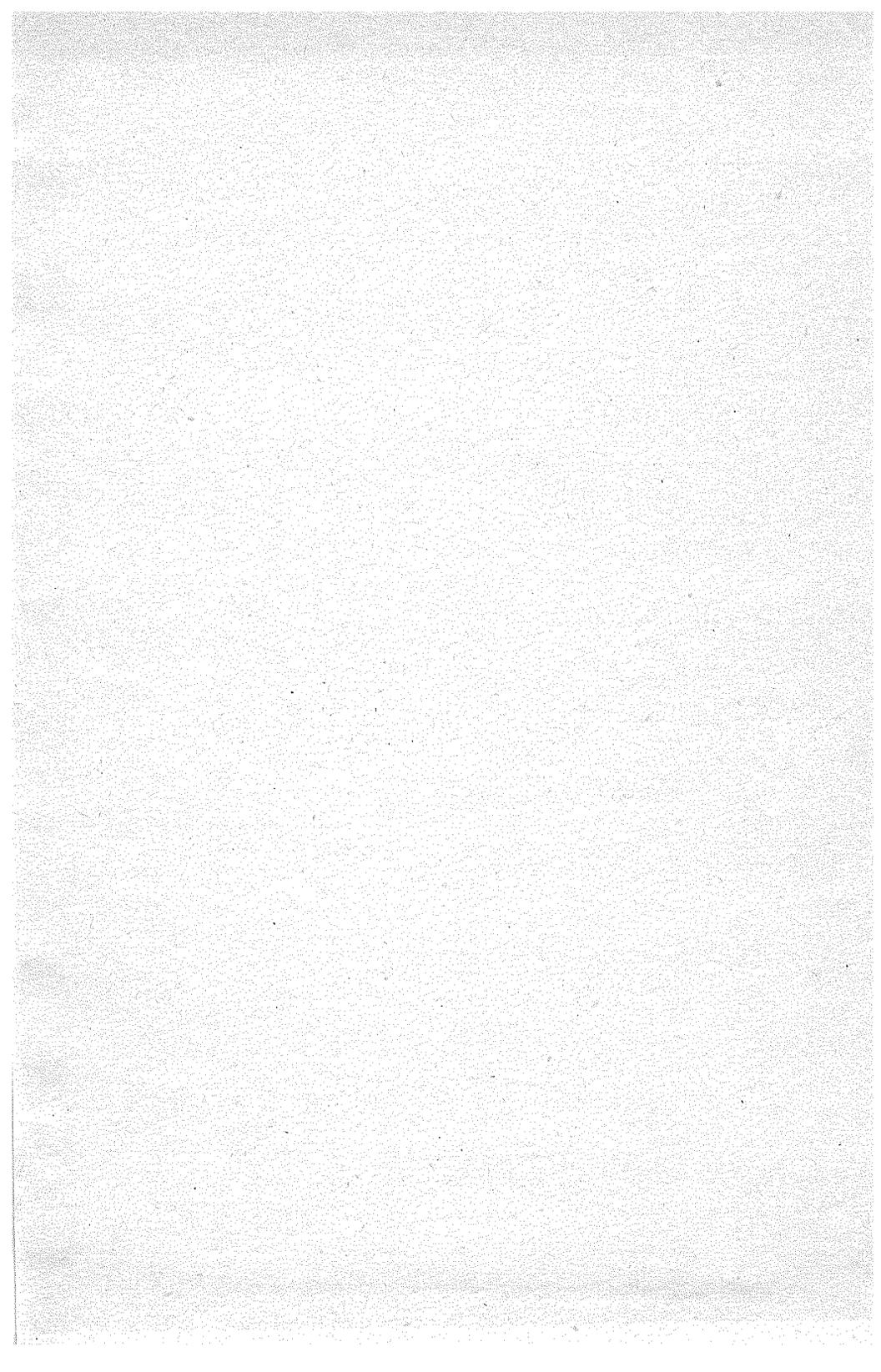
RAINERIO DE NAUA. O.M.C.

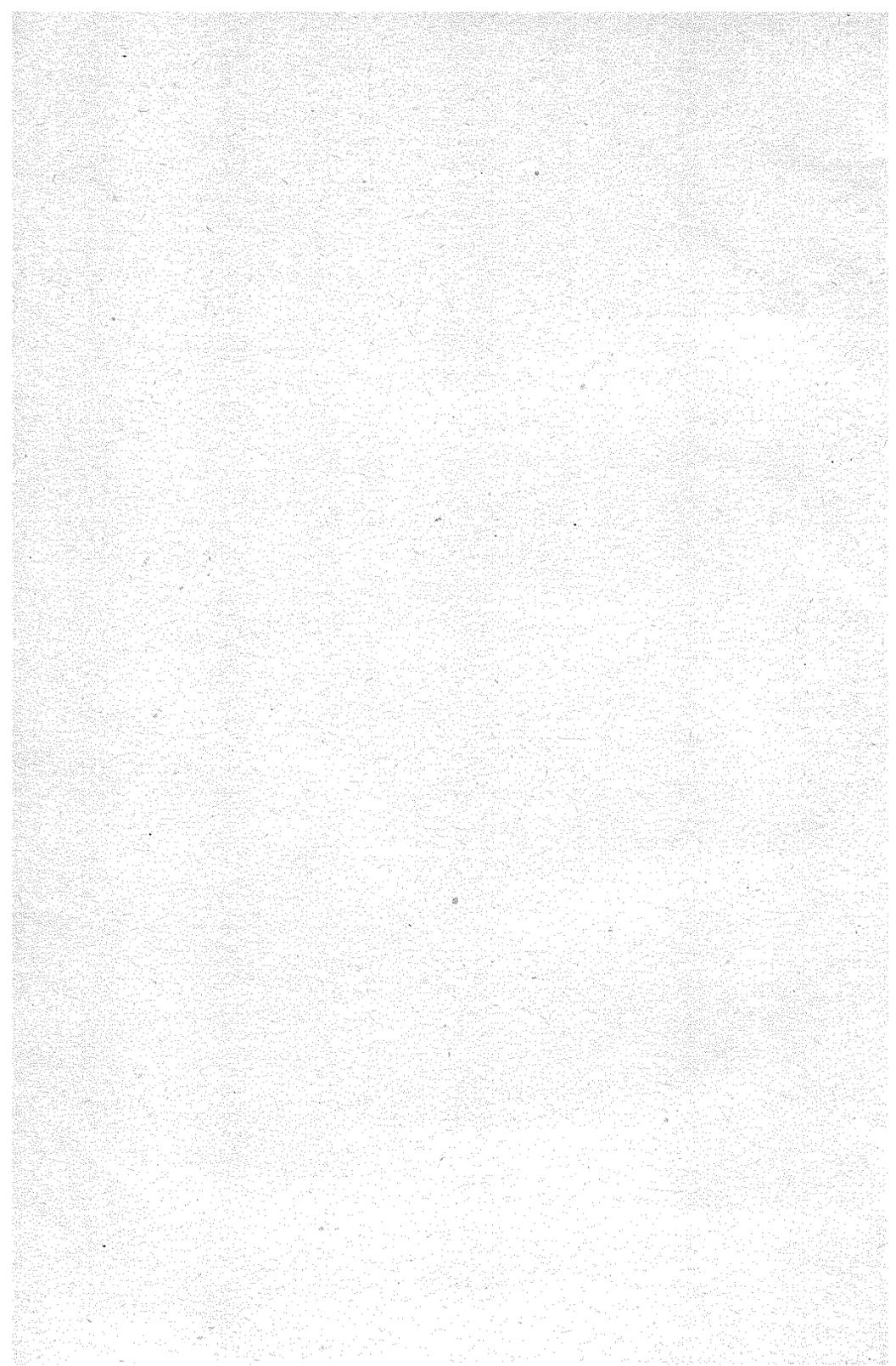
Temple divino



C. Trapiello







P. RAINERIO DE NAVA

Capuchino

(U. García Villa)

TEMPLE DIVINO

SOR MARIA BEATRIZ DE SANTA TERESA

CONCEPCIONISTA FRANCISCANA

(N. GARCIA VILLA)



GRÁFICA LEONESA, S. L.

Rúa, 44

Nihil obstat:

FR. CONSTANCIO DE ALDEASECA, CAPUCHINO
Censor

Imprimi potest:

FR. HIGINIO DE TRASCASTRO, MIN. PROVINCIAL
DE LOS CAPUCHINOS DE CASTILLA
Madrid, 1 de Noviembre de 1955

Nihil obstat:

DR. FILEMÓN DE LA CUESTA

Imprimatur:

† LUIS, OBISPO DE LEÓN

León, 12 de Abril de 1956



Última fotografía de Sor Maria Beatriz de Santa Teresa,
obtenida meses antes de su muerte.



Ullmann, J. (1971). *The Theory of the Unconscious*. London: Duckworth.

INVITACIÓN

EL pórtico se ha abierto para que tú entres en la lectura reposada del libro. Pasa. Pero déjame que te guíe, amigo. Y vamos a ir al paso. Que te vas a encontrar con una vida, con un alma bella de mujer. Y es posible que de no advertírtelo pasaras de largo como haces con las gentes que se cruzan contigo cada día por la calle. Pero eso no puede ser; no debe ser. Vete al paso para que el encuentro sea amistoso y deje un rastro; para que adviertas el misterio de gracia y santidad que se oculta en las vidas sencillas y él te empape el espíritu como una lluvia suave y bienhechora; para que te adentres en la intimidad de un alma que... también se entendió con Dios y alcanzó a Cristo.

No busques cosas raras, por favor. Que no se trata de una crónica de sucesos típicos como la que lees en el periódico a la hora del desayuno. Busca un remanso de sosiego y de paz. Entre el bullicio y el aturdimiento de las vidas humanas, entre el afán de lo grande y de lo desmesurado, entre la falta de perspectiva que crea la técnica y el empequeñecimiento de todo lo que auténticamente eleva... busca al alma.

Y un alma tienes a la vista. Un tipo de mujer. El más femenino tipo de mujer, el que es capaz de transmitir en toda su pu-

reza «el eterno femenino», el que Gertrude von Le Fort ha cantado en «La Mujer Eterna»... El de la virgen. Una monjita que vivió y murió. Que supo por qué y para qué vivía. Por qué y para qué moría. Que hizo algo más que pasar por el mundo y se sintió responsable de un destino. Los que la mataron no sabían tanto. Quizás eran tan ingenuos que pensaron ser ellos los actores principales de aquella escena última—¿o fué la penúltima tan solo y la última es esta, la hora actual en que ruega por ellos?—, de aquel momento en que, a su entender, como unos semidioses disponían de la vida y de la muerte. Pero es que no sabían que la vida es entrega y es don, y que esta vez como otras muchas una monjita podía decir como Jesús que su vida nadie se la quita sino que de su propia voluntad la ofrece al Padre.

Otra vez..... vamos al paso. Necesitamos de estos abrevaderos del espíritu, de estos remansos de vidas humildes. Hartos de las primeras páginas de los periódicos, de las exageradas propagandas políticas y de los primeros planos de películas, nos vendrá bien un recuerdo amistoso de aquellos que sin pertenecer al grupo de los «grandes»—precisamente por hacerse pequeños—conquistaron el reino de los cielos. No busques el milagro aparatoso, la vía mística inaccesible... No sería quizás para tí. Pero busca la palpitación sencilla de una vida entregada totalmente a Dios. Que esto sí es para tí también. Y deja que te arrastre para seguir juntos el mismo camino.

El pórtico se ha abierto... Ahora entra. Y haz como el ejemplar que el P. Rainerio te mostrará.

Fr. Julio de Amaya, o. f. m. cap.

Madrid, 2 de mayo de 1956

SON los primeros días de Julio del treinta y seis. España vive horrores de angustia y de zozobra ante el horizonte gris de su futura suerte. Una monjita joven, de mediana estatura, rostro ovalado y ojos inteligentes pudorosamente entornados, canta acompañada de otra religiosa, discípula suya esta estrofa significativa a los acordes del armonio:

*Oh Jesús,
yo sin medida te quisiera amar,
qué feliz yo
si la vida por Tu amor pudiera dar.*

Por las circunstancias en que se desarrolló y por los acontecimientos que más tarde sobrevinieron, esta escena tiene todos los caracteres de algo sublime.

En julio del treinta y seis, Madrid, lugar de la escena antes descrita, vivía prácticamente en poder de los bajos fondos urbanos. Las calles eran diariamente ocupadas por la chusma, con escandalosas manifestaciones. Y nadie podía oponerse a los desmanes de aquella gente desarrapada por que gozaba de un implícito salvoconducto del Gobierno para cometer atropellos a capricho.

Qué triste espectáculo el de aquellas desgraciadas muchedumbres que en ingentes oleadas recorrían las calles madrileñas con ojos fulgurantes de odio satánico y antirreligioso. Era el testimonio irrefutable de que en Madrid y lo mismo en toda España, se habían roto los diques de la conciencia moral y que en adelante se viviría a merced de las pasiones más bajas que ya andaban por las calles libres y sin embozo.

¡Y qué contraste! Mientras en las calles las turbas sedientas de revancha profieren las más soeces blasfemias, aquella buenísima religiosa ofrecía, con la faz arrebolada por la emoción, su preciosa existencia por la redención espiritual de España.

Estas vidas ocultas, sacrificadas y ubérrimas en frutos espirituales, estas almas casi divinas, no afectadas por el contagio de las pasiones bajas que descomponían la sociedad española del treinta y seis, salvaron nuestra Patria. Unida a sus nueve hermanas de hábito

también mártires y a la pléyade innumerable de religiosos que se llevó tras sí la revolución española, esta religiosa impidió que Dios descargase sobre España el peso de su indignación dejándola al arbitrio de aquellos desgraciados que pretendían la destrucción y aniquilamiento de todo lo que significase orden, paz y fraternal convivencia.

Y Dios aceptó el sublime ofrecimiento que aquella joven religiosa le hacía todos los días desgranado en las notas de una canción.

Fué seleccionada como víctima de expiación; su corazón y cuerpo virginales serían pararrayos de la venganza divina.

El calvario fué largo y penoso. Florecieron copiosamente en él los sufrimientos físicos y morales. Y un día, ocho de Noviembre de mil novecientos treinta y seis, en uno de aquellos amaneceres fatídicos del Madrid rojo, el cuerpo de la monjita de rostro lleno y ojos profundos e inteligentes caía pesadamente en el suelo de España, como cae la azucena tronchada de su tallo. Y al caer, por los agujeros que abrieron las balas en su cuerpo virginal brotaron ríos de sangre inmaculada, sangre de redención, de expiación y de martirio.

Esta religiosa mártir por la causa de Dios y de España, con otras nueve hermanas tuyas fué Sor María Beatriz de Santa Teresa nuestra queridísima hermana. En las páginas que siguen queremos dibujar a grandes rasgos su personalidad espiritual.

Persequimos con ello doble intento. Para los que la conocieron, serán estas páginas lectura agradable que refrescarán gratísimos y ya casi muertos recuerdos. Para los que no tuvieron esa suerte, la biografía de Sor María Beatriz pondrá ante ellos un modelo sublime a quien imitar y les demostrará bellamente que se puede ser santo de talla pasando desapercibido a los ojos de los hombres con la simple sobrenaturalización de nuestro deber cotidiano.

I

Dieciocho de marzo de mil novecientos ocho

Día frío y lluvioso en Nava de los Caballeros; en las ramas desnudas de los árboles murmura el viento y los habitantes del pueblo, labradores en su totalidad, se muestran perezosos para dejar el ambiente cálido del hogar y reintegrarse a sus faenas del campo.

Contrastando con esta adustez y cariz antipático del tiempo, en la casa de abuela Isabel hay alegría y satisfacción íntima en la cara de todos. Una alegría suave y callada enemiga de las ruidosas manifestaciones externas, honda y rebosante; de esas alegrías en fin, que trasportan nuestra vida al menos por algunos días a un plano de franca felicidad.

No sé qué resortes de nuestra sensibilidad mueve el nacimiento de un niño. Siempre su aparición es algo que estremece jubilosamente a sus familiares, sacude las fibras más sensibles del espíritu y provoca la alegría y el contento.

En nuestro caso también la alegría era consecuencia de un nacimiento. Una niña primogénita de Abundio García y Ulpiana Villa, había turbado aquella mañana la paz de la casa con sus imperfectos sonidos guturales. Y al oírlos, todos los que componían la familia de abuela Isabel sintieron esa alegría inusitada.

Ciertamente en la aparición de esta niña había motivos especiales de alegría. En los abuelos porque era la primera de sus nietas, en los padres porque era su primogénita y en los demás por esa especie de contagio y corriente de simpatía que se establece entre las almas sobre todo cuando están unidas por los lazos de la sangre.

Tres días después en casa de abuela Isabel se vistieron de fiesta. Sacaron sus mejores trajes de los baules y envuelta la niña en blancas mantillas fué llevada a la iglesia. Y se la bautizó como a todo cristiano.

Externamente nada tuvo de particular esta ceremonia. Todo sucedió como solía suceder otras veces. Mucho ruido de gente menuda esperando el fin del bautizo para correr los confites, un grupo de muchachas atraídas por la curiosidad...

Pero allá dentro, en las regiones sobrenaturales del alma e imperceptibles a nuestra mirada curiosa no hay duda que ocurrieron cosas admirables. Dios al estrechar entre sus brazos paternos aquella alma que surgía purísima de las aguas bautismales debió sentir también un gozo inusitado, un gozo distinto del que experimenta en semejantes ocasiones.

Por su sabiduría infinita conocía perfectamente el futuro de la niña que en esos momentos se sumaba al reino de los justos; sabía que le sería siempre fiel, que nunca mancharía con faltas graves la blanquísima túnica de la gracia recibida en aquellos momentos, y que su vida, sería un crecimiento incesante en las virtudes y en la santidad. Y que, por último, terminaría su peregrinación en este mundo ofreciéndose generosamente como hostia de sacrificio y expiación por el diluvio de ingratitudes que más tarde inferirían los españoles a su corazón paternal.

En el Bautismo recibió el nombre de Narcisa. Con este nombre la designaremos en adelante hasta su ingreso en el convento. En el pueblo siempre se la llamó y se la sigue llamando Narcisa. Puede atribuirse esta conducta a que no se habitúan al nombre impuesto por la religión. Pero yo creo que obedece más bien a un egoísmo inconsciente y perdonable. El nombre liga la persona en la mente de cuantos le conocieron a una serie de recuerdos. Una persona cuando se la cambia de nombre parece que se la desvincula de toda su vida anterior. Y por eso los del pueblo prefieren dar a nuestra hermana el nombre de Narcisa porque así la conservan más suya, más unida a ellos por los lazos del recuerdo.

Si fuera mi hija...

Hasta los cinco años la vida de Narcisa nada tuvo de particular que no se pueda observar en las demás niñas. Juntamente con el desarrollo corporal aprende a desatar su lengua y a recitar las primeras

oraciones bajo el paciente y cariñoso magisterio de su madre. En nuestro caso la primera maestra de Narcisa más bien fué su abuela Isabel.

A los cinco años ingresa la pequeña Narcisa en la escuela. Y ya desde entonces llama poderosamente la atención; se nota en ella una peculiaridad muy suya, un obrar sensato y formal propio de personas mayores.

Todos sabemos lo que hace un niño de cinco a seis años. Con un discernimiento a medias de las cosas, su única ilusión es jugar, divertirse y omitir las clases cuando se presenta la ocasión.

Narcisa de cinco años no es así. Su comportamiento en la escuela es casi el mismo que observa en la Iglesia. Se la veía absorta en el estudio con una pasión de instruirse propia de una persona que sabe lo que trae entre manos. En recreo juega con sus compañeras a la comba, a las tabas..., pero dada la señal de reanudar las clases, deja prontamente sus juegos y corre a ensimismarse en el estudio del silabario, la caligrafía o la tabla de sumar.

El amor a la propia formación, este afán por saber, fué siempre compañero inseparable de nuestra hermana. Siendo ya mayorcita, y en los ratos libres que tenía en casa, estando en el campo al cuidado de las vacas, etc., siempre se la veía leer libros que la proporcionaba el Sr. Párroco. A esta misma afición sacrificaba los honestos y legítimos esparcimientos de los domingos. Siendo ya religiosa decía en una ocasión a Sor María del Sagrario: «No sé cómo mi padre me sufría tanto, constantemente le cansaba con un sin fin de preguntas».

A la maravillosa asiduidad al estudio unía Narcisa una capacidad retentiva nada común. En cuatro meses de asistencia escolar, aprendió a leer perfectamente. Por desgracia las múltiples ocupaciones de casa (no olvidemos que era la hija mayor) hicieron imposible atender a su formación con regularidad.

Sin embargo en su breve paso por la escuela llamó poderosamente la atención del maestro, se percató éste de que aquella niña de mirada inteligente y comportamiento intachable era algo extraordinario. Así lo manifestaba siempre que encontraba a sus padres por la calle: «es una pena—decía—que ustedes la tengan siempre en casa. Si fuera mi hija la daría carrera. Tiene unas dotes admirables».

Don Cayetano el viejo y bonachón Cura Párroco de Nava, era de la misma opinión. Se hacía cruces ante la prodigiosa memoria de

aquella niña que repetía perfectamente todo el catecismo a los siete años. A veces, cuando Narcisa iba a su casa por libros, para entretener sus ratos libres, al despedirla cogíala bondadosamente por la barbilla y con mirada escrutadora y complaciente decía en tono sentencioso: «tú tienes que ser maestra o religiosa» y a los padres les decía también frecuentemente: «esta niña para lo pequeña que es tiene un tesón extraordinario. No está destinada a vivir para las tierras, sino para religiosa o algo así». No se engañó el buen sacerdote, aunque él ya no lo vería. Murió dos años antes de ingresar nuestra hermana en el Convento.

Como último testimonio que acredita la extraordinaria capacidad intelectual de Narcisa consignamos el hecho siguiente: cuando la examinaron las religiosas antes de su ingreso en el convento, se extrañaron de su formación, superior a la que puede adquirir una niña en escuela de pueblo y preguntaron a sus padres si había estudiado en algún colegio de religiosas.

La abuela Isabel

Es un detalle en la vida de nuestra hermana que no puede pasarse por alto. Sus primeros años se deslizan tutelados por la amorosa solicitud de su abuela Isabel. Es difícil ponderar el amor, el cariño y el aprecio que la abuela sentía por su nietecita. Era superior al que se encuentra ordinariamente en las abuelas más cariñosas. Y obedecía creemos nosotros a muchos motivos, entre los principales pueden enumerarse el hecho de ser la primera nieta y sobre todo el comportamiento formal y cariñoso de la misma Narcisa.

Para no aducir más que una prueba de este afecto profundo que reinaba entre ellas mencionamos lo siguiente: Cuando Narcisa tenía cinco años, sus padres se fueron a vivir a una casa separada del centro del pueblo por una distancia notable. Nuestra hermana tenía costumbre de ir a jugar con sus compañeras a la plazoleta de la Iglesia que está en el centro del pueblo. Esto la suponía un paseo bastante grande. Y la abuela para que su nieta no se molestase excesivamente la obligaba a merendar en su casa y así cogía más cerca el lugar de sus juegos.

Nuestra hermana por su parte respondió siempre a estas delicadezas de su abuela Isabel con un cariño tiernísimo. Pasaba largas horas haciéndola compañía, la divertía con sus graciosas ocurrencias y de esta manera hacía menos pesada su soledad y viudez.

El cariño y amor mútuos no se amortiguó con la partida de nuestra hermana para el convento. Es verdaderamente lamentable que no conservemos las numerosas cartas que Narcisa dirigió desde el convento a su abuela. Serían ellas valiosísimos testimonios de cuanto venimos diciendo.

Cuando la profesión simple, insistió por cartas dirigidas a los padres y a la misma abuela para que ésta asistiera también a la ceremonia. Abuela Isabel, bien fuera porque tenía miedo al viaje o por otras justas razones no fué. Nuestra hermana el día de su profesión, una vez que saludó a los padres preguntó por ella y al decirle su madre que no había venido exclamó en un arranque de desenfado: «pues díganla que estuvo muy bien, pero que muy bien, para que la dé rabia» y se echó a reír celebrando su ocurrencia.

Durante el resto de su vida religiosa nuestra hermana escribió todos los años por Navidades y en el día de su santo a la abuela. De estas cartas solamente conservamos dos. Por ellas vemos la tierna y filial confianza que Narcisa tenía depositada en ella.

Conservamos unas letras que la escribió con motivo de mandarla una fotografía. En ellas le dice cariñosamente: «Si no conoce ya a su Narcisa». Otra vez escribiendo para felicitarla en el día de su santo, empieza su carta así: «La dedico estas letras en testimonio de que siempre la recuerdo a usted con cariño». A continuación como sospecha que su querida abuela estará preocupada—no olvidemos que esta carta es de julio del treinta y seis—Narcisa la tranquiliza con estas palabras de un profundo sentido sobrenatural: «Ahora es, mi querida abuela, cuando mejor se puede apreciar lo que es la vocación religiosa, pues a pesar de vernos perseguidas por todas partes, estamos tan contentas de nuestro estado que no lo cambiaríamos por nada del mundo».

Aquella su voz...

Cuando se habla con las personas del pueblo que conocieron a nuestra hermana y se las pide los recuerdos que de ella conservan, todos invariablemente dicen lo mismo: «Aquella su voz que lucía en los recitales y cánticos a la Virgen».

Nunca tuve la suerte de presenciar uno de estos recitales pero conozco la manera de ser de Narcisa. Por eso me imagino que sería y así lo testifican cuantos lo presenciaron un espectáculo de los más simpáticos. Aquella cara ovalada, mofletuda, de vivos y sanos colores acentuados por el rubor de la vergüenza, aquellos ojos negros e inteligentes elevados al cielo en una mirada infantil de arrobamiento, aquella voz dulce, sonora, vibrante... el conjunto de todo esto unido a una delicada sensibilidad para dar su sentido propio a la frase, comunicaba a sus recitales una vida y una gracia insuperables.

Afortunadamente y gracias a la feliz memoria de Ascensión Díez, conocemos uno de los diálogos que recitó nuestra hermana de niña. La escena es fácil rehacerla. Cuatro niñas de pié ante la imagen de la Virgen del Rosario. En medio de la espectación de todos Narcisa rompe el silencio con su voz angelical y empieza:

*Madre del amor hermosa
paloma de blancas alas
que vas sembrando venturas
por donde quiera que pasas, etc.*

Y sigue el diálogo donde en forma sencilla pero tierna y delicada se inculca a las niñas junto con el amor a la Virgen, la emulación por imitarla en sus virtudes.

Narcisa no solo recitaba poesías. Su fuerte eran los cánticos. Cantaba cuando hacía las labores de casa, cuando iba por agua a la fuente, cuidando las vacas en el campo. Y sobre todo Narcisa cantaba en la Iglesia.

Lo hacía maravillosamente. Así lo afirman cuantos la conocieron y oyeron. Y así lo afirma también Jesusa Ferreras compañera

inseparable de nuestra hermana en estas ocasiones. Cuando yo la pregunté sobre el particular me respondió con admirable gracejo: «¿Que si gustaba cantando? Eso ni se pregunta».

Una joven con hermosa voz goza de cierto ascendiente en el pueblo. Para darnos una idea exacta de esta significación hay que tener en cuenta las costumbres características de cada pueblo en este aspecto. En Nava de los Caballeros los días de comuniones generales, en las fiestas y sobre todo en el Rosario los días de Mayo se solemniza con algunos cánticos ya tradicionales.

La forma en que se desarrollan estas funciones religiosas es el siguiente: Dos jóvenes—colocadas en un lugar señalado—entonan y continúa el pueblo. Cuando el cántico tiene varias letras, las jóvenes cantan las distintas estrofas y el pueblo repite un mismo estribillo. Este papel de directoras de coro las da como es obvio cierta superioridad sobre las demás. Los ancianos del pueblo recuerdan perfectamente la serie de cantoras que se han sucedido en el pueblo desde que ellos eran «rapaces».

Narcisa formó parte de este grupo de cantoras desde que fué un poquito mayorcita—doce o trece años.—De ordinario no solían pasar de tres y por el unánime testimonio de sus compañeras y de los del pueblo, nadie como ella dejó tan gratos recuerdos en estas actuaciones. Y desde luego ninguna sacó tanto partido de esta cualidad artística. Como veremos después, gracias a ella pudo ver realizados sus deseos de ingresar religiosa.

Pero yo creo que además de las cualidades naturales verdaderamente excepcionales que poseía, en el fondo de esas pequeñas exhibiciones artísticas de Narcisa, late «un algo» muy personal suyo. Parece indicarlo los calurosos encomios de cuantos la conocieron. Este «algo» pudo ser su vida espiritual, vivida con la intensidad que es capaz una muchachita de pueblo sin grandes ideas sobre la vida espiritual pero que se entrega a Dios con el ardor, la sinceridad y la confianza de un niño.

La vida de Narcisa es una vida orientada totalmente hacia Dios desde los primeros años; paralelo a su progresivo discernimiento de las cosas y su dominio del Catecismo crece en ella el amor de Dios y se dedica con verdadero entusiasmo a las prácticas de piedad. Esta vida espiritual intensa unida a su habitual recogimiento tenía que influir necesariamente en sus actuaciones.

No puede por tanto juzgarse a nuestra hermana, recitando una poesía o cantando unas letrillas en Mayo a la Virgen, como se juzgaría a otra niña de su edad. Narcisa reflejaba en sus actos algo sobrenatural fruto de su vida intensamente piadosa y este influjo sobrenatural es lo que daba a sus palabras y gestos un tinte y una expresión personal casi divina.

Aquella su sonrisa...

Sin quitar importancia a sus cualidades excepcionales para los recitales y el canto, el atractivo más simpático e irresistible de nuestra hermana fué sin disputa, su sonrisa. Los padres, las personas del pueblo que la conocieron, las monjitas de su convento... todos están acordes en que la sonrisa, una sonrisa dulce, comprensiva e inteligente era en ella lo que más cautivaba.

Debido a su temperamento enérgico era de pocas palabras. Aborrecía por carácter las conversaciones prolongadas. Tenía siempre que hacer muchas cosas para perder el tiempo en charlas estériles. Cuando se encontraba con sus compañeras, con personas allegadas a la familia solía cruzar con ellas muy pocas palabras... pero envolvía éstas en una sonrisa tan amable, tan inteligente y sincera que hacía superfluo toda manifestación estrepitosa de simpatía.

Sería pues inexacto tacharla de huraña, esquiva o insociable. Sentía por los demás el mismo afecto que puede sentir cualquiera de nosotros. Si para expresar esos sentimientos no usaba largos discursos era porque sencillamente no los necesitaba. Una de sus sonrisas, valía muy bien por todo un discurso.

Lo que llevamos dicho es suficiente para establecer una distinción entre la sonrisa de Narcisa y otras sonrisas que nada tienen ni de sinceras ni de inteligentes. Tal es por ejemplo la sonrisa de esas personas extraordinarias en el arte del disimulo o la de ciertas jovencitas ligeras con muy poco lastre en la cabeza y que ríen siempre, aún sin motivo y en tiempos inoportunos. La sonrisa de Narcisa estaba siempre al servicio del prójimo, unas veces era la sonrisa don-

de a floraba su alma grande con un sentimiento cálido de simpatía para todos, otras era el bello y caritativo encubrimiento de sus penas para evitar que los demás sufrieran por su culpa.

Entre flores

Dice un autor de nuestros días que «el amor a las flores es signo inequívoco de un alma delicada y que quien ama a las flores no puede ser malo». Sin entrar en el examen de esta opinión afirmamos, que en Narcisa se dió esta perfecta y hermosa correspondencia. Su diligencia y cuidado por las flores naturales y su celo por el cultivo de las flores del alma, las virtudes, eran esmeradísimos en ella.

Difícil sería determinar cual de los dos cultivos tenía la preferencia. En ambos trabajaba como solo ella sabía hacerlo, con la máxima perfección, delicadeza y gracia. Y en ambos ejercicios le movía una misma ilusión, presentar en Mayo con las demás niñas juntamente, con un jarrón de hermosas flores naturales, un manojo de flores espirituales fruto del ejercicio constante y meritorio de las virtudes.

Mientras estuvo en casa, Narcisa cultivó un pequeño jardincito en un ángulo del patio de casa. Mucho tiempo después de su partida para el convento aún subsistía una mata de campanillas azules y otra de claveles rojos pregoneros del cariño que sentía por las flores.

De religiosa no perdió este gusto poético. En una de mis visitas al convento pude ver a través de las ventanas de la capilla un cuadro en el jardín donde desplegó sus predilecciones por las flores. Recuerdo a este propósito una anécdota que me contaron las religiosas y que muestra con un realismo encantador hasta donde tenía nuestra hermana dominadas sus inclinaciones.

Uno de los días en que más entretenida estaba cultivando su jardín y prodigando mimos cuidados a un lilo que había plantado en medio de su cuadro, pasó por allí la M. Maestra. Al ver lo absorba que Sor Beatriz estaba atendiendo a su lilo, la dijo delicadamente pero con un poco de retintín: «Hermana Beatriz, tiene el corazón muy pegado a ese lilo». Sor Beatriz reaccionó al punto, vió cuánta

verdad encerraban las palabras de su M. Maestra y contestó al punto: «Será la última vez que pongo afición por algo de la tierra».

Ya lo dijimos al principio. Narcisa cultivava con igual solicitud las flores de la tierra y las flores del alma. Sobre todo, la flor más preciosa y fragante del alma femenina, la pureza. Su amor a esta virtud angelical fué siempre algo indescriptible. Así hacía realidad en su vida lo que tantas veces había repetido en sus recitales:

*«Y postrándonos de hinojos
de la Virgen a las plantas
démosle flores purísimas
nunca en barro salpicadas
y a sus aromas unamos
perfumes de nuestras almas».*

Narcisa cumplió a perfección estos dos afanes llenos de encanto y poesía. Cuando se acercaba con las niñas a depositar su jarrón de flores a los pies de la Virgen, más que la hermosura y fragancia de los claveles y rosas, florecidas con el sudor de su frente infantil, agradecería a la Reina de las flores el perfume espiritual de aquel corazoncito.

Pero la pureza es una flor muy delicada. Fácilmente se aja y pierde brillo si se abren despreocupadamente las ventanas de los sentidos. Por eso Narcisa que amaba tiernamente la pureza usaba de una vigilancia extrema para ponerla al margen hasta de la sombra de peligro. Sus padres dicen con su parco lenguaje que «nunca vino con ninguno, ni levantó los ojos para mirar a nadie». Y Jesusa Ferreras compañera inseparable de nuestra hermana dice lo mismo, «que nunca gastó tiempo con chicos».

Julián hermano de Narcisa nos contó lo siguiente: «En una ocasión—era él de ocho años—regresaba del campo con Narcisa que por entonces ya era mayorcita. Al pasar por una de las calles del pueblo se acercó un joven con ánimo de acompañarla. Con decisión pero al mismo tiempo amablemente ella le dijo: «dispensa pero no te molestes porque voy mejor sola» y acelerando un poquito el paso siguió con su hermano camino de casa. De estas situaciones tuvo muchas. Solamente su prudencia, delicadeza y fuerza de voluntad mantuvo su pureza siempre al abrigo de situaciones menos convenientes, sin que nadie se diera por molestado.

Pero Narcisa no se hacía ilusiones. Sabía que a pesar de todas sus previsiones podía darse el caso de un descuido. Era posible perder en un momento la partida, podía agostar la hermosísima flor de la pureza con una brevísima mirada libre o un mal pensamiento.

Además con su habitual clarividencia comprendió que su virginidad desde los doce o trece años en que la niña va poco a poco dejando de ser niña, y su cuerpo y alma se transforman gradualmente en los de una joven, se vería más asediada. Los peligros del exterior serían desde entonces más descarados y los internos más intensos.

Por eso desde esa fecha hasta los dieciséis en que ingresó en el convento intensifica más su piedad, fuente de las verdaderas energías espirituales. Suprime casi por completo la asistencia a las diversiones propias de su edad y hace de su casa un convento en pequeño. Pasa íntegros los domingos, únicos días de diversión en los pueblos, haciendo las labores de casa, ocupada en lecturas espirituales y haciendo sus visitas a la Iglesia.

Así cultivó aquella jovencita la flor más bella del alma femenina. Por su amor renunció a toda legítima y honesta diversión en una edad en que la sangre cosquillea en las venas e impulsa con violencia al movimiento y al bullicio. Solamente con este derroche de energía y espíritu sacrificado puestos al servicio de la pureza pudo presentar a su divino esposo el día que franqueó las puertas del claustro un alma pura, tersa, inmaculada como había salido de las aguas bautismales.

El cuarto honrar padre y madre

Con el mismo cuidado y solicitud que la pureza, cultivó nuestra hermana la obediencia. Una obediencia rendida, amorosa e incondicional.

A veces cuando oímos o leemos de un santo que fué ejemplar en la obediencia, no nos suele causar admiración. Y es que no reflexionamos lo suficiente. No nos damos cuenta que tales santos tenían nuestra misma naturaleza amiga de hacer siempre su propia voluntad. Y que por tanto lo mismo que a nosotros no nos hace piz-

ca de gracia la sujeción a los demás, los santos no se veían libres de estas repugnancias.

La obediencia de Narcisa en los años que aquí se la considera—de los doce a los dieciséis—es francamente admirable vista en todos sus pormenores.

En primer lugar hay que tener presente lo que suelen ser las niñas de su edad. La transformación rápida de las niñas hasta entonces, en pequeñas adolescentes trae siempre consigo un conjunto de crisis y desequilibrios nerviosos muy poco aptos para llevar una vida de entera sujeción.

La niña es siempre por naturaleza de índole antojadiza pero en estos años influenciada por la transformación fisiológica que está sufriendo lo es mucho más. Muestran descontento por todo, se irritan por el más leve motivo, considera toda imposición del exterior como insufrible tiranía y parece que su cuerpo y espíritu las empujan con violencia a una libertad y autonomía sin barreras.

Narcisa no estaba hecha de manera distinta. Como las otras niñas tuvo necesariamente que sentir estos fenómenos de la pubertad, estas repugnancias de su alma y cuerpo en desarrollo. Y como todas las niñas vió que en esos años la costaba más la obediencia. No obstante cuantos la conocieron y trataron, unánimemente afirman que jamás expresó disgusto, oposición y menos rebeldía a las órdenes de sus padres. Dicen éstos que: «Nunca manifestaba tristeza ni disgusto por exceso de trabajo».

Esta ecuanimidad la conservó Narcisa aún en los casos en que sus padres la llamaban la atención porque su trabajo a pesar de poner en él su mayor interés y cuidado no era todo lo suficientemente perfecto. Jesusa Ferreras dice también «que nunca la oyó responder de malas formas no obstante que no se acobardaba por nada».

Esta conducta habla muy alto de nuestra hermana. Muestra su educación de la voluntad, el dominio que había logrado desde pequeña sobre sí misma, sobre sus propias inclinaciones y caprichos. Y este factor contribuyó en gran parte a crear entre los del pueblo aquella admiración por su modo de obrar propia de persona mayor: «En su obrar—nos decía uno—parecía una casada de cuarenta años».

Las circunstancias especiales en que le tocó vivir avaloran más aún su obediencia. Narcisa fué la mayor entre sus hermanos. En

casa de labradores, como sus padres la hija mayor es infaliblemente la que más trabaja. Apenas cumple los seis o siete años se la encomienda el cuidado de sus hermanitos más pequeños, tiene que ayudar a su madre en las labores de casa, cuidar las vacas, llevar a su padre la comida cuando trabaja en el campo... Y cuando entra en los doce ya se la considera como persona mayor y en nada distinta de las muchachas de dieciocho a veinte años.

Narcisa se encontró, pues, a los doce años, con tal cantidad de trabajo que casi era insuficiente a sobrellevarlo sus débiles fuerzas de niña. Y sin embargo en medio de esta existencia dura jamás se la oyó quejarse ni manifestar el más leve disgusto.

Solamente quien sabe algo por experiencia de la vida labradora puede hacerse cargo del temple de ánimo que se requiere para observar la conducta y la ecuanimidad que caracterizaron a nuestra hermana en estos años.

Porque es necesario tener en cuenta que no tenía nada de automática, de persona sin voluntad, sin iniciativa, algo así como un ser nacido exclusivamente para ser mandado. Si obedecía y ahogaba en germen todo movimiento interno de rebeldía era porque su conciencia la dictaba que eso era lo más perfecto. Ya llegarán ocasiones en que su conciencia le dicte lo contrario y resistirá a sus padres delicada, pero varonilmente.

A una obediencia perfecta a sus padres unía Narcisa una solicitud cariñosa por los hermanitos, ella después de su madre fué su verdadera institutriz, de sus labios aprendieron las primeras oraciones que les hacía rezar siempre al acostarse y levantarse. Sus hermanos recuerdan también con nostalgia el cariño tiernísimo con que les cuidaba y aseaba.

Conservó siempre esta solicitud maternal por sus hermanos. Al marchar para el convento—según confió a D. Manuel—uno de sus mayores deseos y preocupaciones era que los hermanos se conservasen buenos y piadosos. Más adelante habrá ocasión de apreciar en sus cartas la misma solicitud maternal.

La fuente

Narcisa poseyó desde pequeña algunas virtudes en grado más que ordinario. Lo acabamos de ver. Es evidente que tales virtudes no se pueden adquirir ni conservar sin una vida de piedad intensa. Este hecho hace innecesaria toda ulterior demostración de la piedad en nuestra hermana. Sin embargo para mayor abundamiento damos a continuación algunos testimonios que confirman nuestras suposiciones. No son todo lo completos que desearíamos, sobre todo porque la piedad fuera de los casos excepcionales en que está mezclada con lo maravilloso es un fenómeno en que predomina lo interno y por tanto quien más podía informarnos en esta materia sería su confesor. Por desgracia, éste murió ya antes de partir Narcisa para el convento.

Solamente poseemos el testimonio de D. Manuel Zapico sucesor de D. Cayetano en la parroquia de Nava y que trató a nuestra hermana los últimos años de su estancia en el pueblo.

El testimonio de D. Manuel es conciso pero elocuente: «hacia una vida de piedad intensa sin descuidar los deberes familiares» con otras palabras quiere decir que el único tope a la intensidad de su piedad eran los deberes ineludibles a su estado.

Otro testimonio valioso es el de Jesusa Ferreras. «Rezar e ir de día a la iglesia muchas veces»; se trata como es obvio de visitas a la Iglesia fuera de la Misa y el Rosario que ordinariamente hacen todos los del pueblo. Narcisa, pues, como afirma su amiga y confidente Jesusa no se contentaba con los actos ordinarios de piedad que tenía el pueblo. Saciaba su anhelo de unión con Dios por medio de visitas privadas a la Iglesia. Y allí a solas con su buen Jesús le expresaba el amor que encerraba en su pequeño corazón.

Pero el testimonio más valioso—en mi opinión—de la piedad de nuestra hermana lo constituye sus mismas palabras, dichas a su madre con ocasión de la profesión simple. Entonces y en un momento en que la conversación de madre e hija se hizo más íntima dijo ésta a su madre que «había ofrecido a Dios todos los sacrificios soportados para asistir a la Santa Misa y al Santo Rosario en el pue-

blo». Estas palabras son como un ventanal en su alma a través del cual vemos claramente que la vida piadosa no tenía nada de vulgar y ordinaria.

Era una piedad fundamentada en el sacrificio y en la abnegación propia, condición indispensable de toda santidad, porque sacrificio, y no pequeño, suponía acudir todos los días a la iglesia salvando la distancia que la separa de la casa de Narcisa. Además era una piedad hambrienta de Dios como lo prueba el hecho arriba apuntado de que no la bastasen las prácticas comunes a todos y aprovechase los tiempos libres que le dejaban sus ocupaciones o robase algunos ratos al juego para estar sola con Dios.

Aparte de estos testimonios reveladores de un alma intensamente piadosa tenemos otros que aunque no tan evidentes contribuyen a corroborarlos. «Siempre—dice D. Manuel—se la veía dispuesta a colaborar de buen grado en catequesis, mes de Mayo, novenas, ect. Los días de las grandes fiestas de la Virgen se la veía más alegre y jovial... Su recogimiento en la Iglesia era más visible. En una palabra, sentía gran atracción por todo lo que se relacionase con el servicio divino, prueba inequívoca de sus preferencias».

Proa hacia Dios

Los derroteros que seguía la vida de Narcisa no podían desembocar naturalmente en la vida de matrimonio. Aun el menos observador veía que estaba destinada a ser algo más que una buena madre de familia. Había una diferencia radical entre su manera de ser y comportarse y la manera de ser y proceder de las otras jóvenes.

Desde los diez o doce años en que ya se nota en las niñas sus inclinaciones y preferencias hasta los dieciséis que abandonó el pueblo, Narcisa vivió completamente al margen de todos los afectos e ilusiones que suelen ocupar el corazón de las jovencitas. Y vivía al margen de estos afectos e ilusiones no por radical impotencia para sentirlos sino porque voluntariamente había renunciado a ellos. Más tarde y ya a las puertas de la clausura confiesa ingenuamente a su padre «que hacía mucho tiempo había renunciado al mundo», es decir a toda aspiración meramente humana.

No mentía. Por testimonio de sus padres y amigas sabemos la vida que llevó en el pueblo en los últimos años. Pasaba casi íntegros los días de labor en el desempeño de sus obligaciones y empleaba los domingos en leer y hacer las labores de casa. Las romerías, paseos y otros medios de diversión estaban proscritos de su vida. Narcisa estaba en el mundo pero ya no era del mundo.

Después de lo que llevamos dicho se impone una aclaración. Pudiera ocurrir que alguien ante esta manera de ser propia de Narcisa, piense que se trata de uno de esos tipos raros e insociables, una de esas muchachas de psicología enrevesada, hurañas, esquivas y que tienen fobia a todo contacto con los demás.

Nada de eso. Narcisa amaba la conversación y en ella derrochaba delicadeza, gracia y simpatía para hacer pasar buenos ratos. Los padres siempre la vieron con rostro alegre y sonriente y estando en familia muchas veces pasaban ratos deliciosos a cuenta de sus ingeniosas ocurrencias. Jesusa refiriéndose al mismo asunto dice: «El trato era siempre ameno. Nunca estaba mohina, siempre estaba alegre y nunca se enfadaba por nada». Más adelante tendremos ocasión de oír las mismas frases de labios de las monjitas de su convento.

La verdadera explicación de este proceder un tanto extraño de Narcisa hay que buscarla en su alma profundamente religiosa. Dios la reservaba para un destino sublime. Ser víctima cruenta por los pecados de los hombres. Sería una de tantas vidas angelicales destinadas para ser sacrificadas sobre la gran ara del suelo de España en satisfacción de tantos pecados, que ya entonces cometían los españoles. Y Dios teniendo en cuenta esta gran misión la dotó de cualidades religiosas extraordinarias, le dió un alma profundamente religiosa que casi por instinto y sin grandes razonamientos e ideas altas sobre la piedad se vió arrastrada a entregarse toda a Dios.

Es pues erróneo pensar que no frecuentase las diversiones por irregularidades de carácter o por deficiencia de sentido social. Lo hacía sencillamente porque comprendió con una clarividencia superior a sus pocos años que Dios la llamaba por otros caminos. Tal vez ella al obrar así no tenía una idea exacta y concreta de lo que Dios pensaba respecto a su vida. Pero su espíritu con esa inclinación fuerte hacia la piedad era un testimonio claro de que Dios la quería toda para sí.

Por eso la vida de Narcisa desde que empieza a tener uso de razón hasta su glorioso martirio es un avanzar constante sin interrupción, sin altos ni bajos en el camino de la piedad. Es el despertar de un alma que a medida que su inteligencia conoce a Dios y su corazoncito es apto para el amor se va uniendo y estrechando más y más a Dios.

Al compás de su conocimiento y amor de Dios crece la visión clara de su futuro destino. Y a medida que su inteligencia capta con más claridad qué es lo que Dios quiere de ella, su vida se repliega sobre sí misma, se hace más interior, más espiritual. Las diversiones y todo lo que la obligue a salir de ese dulce ensimismamiento religioso la enfada, la molesta y por eso lo huye.

Esta vida fervorosa es otro de los hechos que contribuyeron a crear el ambiente de admiración en torno a la persona de nuestra hermana. Aquel obrar tan consecuente a sus creencias religiosas, aquella vida, vivida toda ella con perspectiva profundamente sobrenatural, aquella piedad que informaba todos los actos no podía emanar naturalmente de una niña que apenas contaba doce años. Allí había algo extraordinario, una especial providencia de Dios que guiaba con amoroso cuidado los pasos de aquella criatura angelical.

“Por el camino que quieras voy”

Cuando Narcisa llega a los quince años, experimenta en toda su realidad angustiosa que sus aspiraciones son incompatibles con el porvenir que le aguarda en el pueblo. Su vida religiosa necesitaba un cauce más amplio, un ambiente que favoreciese su anhelo entrañable de unión con Dios, y el ejercicio intenso de las virtudes. Esto no se lo daba la vida del mundo donde lo mejor del tiempo, de la vida, las energías más jóvenes, se emplean en ganar el «pan nuestro de cada día».

Ante las dificultades que encuentra en el pueblo, para remontarse a las alturas de la perfección, su alma purísima y ardiente suspira por algo que aún no se ha concretado en su mente. Algo a lo que aspira con todo su ser, algo que llene y sacie sus ansias de ser toda de Dios. Este algo, aún indeterminado para ella era la vida religiosa.

No pasó mucho tiempo y ya conocía y amaba lo que hasta entonces solo inconscientemente barruntaba su espíritu.

El proceso de la vocación se desarrolló de la siguiente manera: «Al ver su bondad—dice D. Manuel Zapico cura-párroco de Nava— la propuse si quería ser religiosa a lo que accedió». Tal vez Narcisa no dejase reflejar en el rostro el efecto que produjeron en su espíritu las palabras de D. Manuel, pero indiscutiblemente fueron para ella toda una revelación. Vió de un golpe y concretando en una palabra, dónde se dirigían las aspiraciones hasta entonces inconsciente de su alma.

Desde aquella ocasión memorable, no piensa y sueña más que en el convento. Le ama con el amor con que se puede amar las cosas más caras. Su desprendimiento total de los afectos terrenos, su absoluta entrega a Dios, sus anhelos de perfección solo allí tendrían ambiente apropiado. Con qué bellos colores pintaba su imaginación adolescente el amado retiro del claustro. Para ella no podía existir lugar más delicioso en el mundo. Tanto llegó a ocuparla esta idea que según nos dice Jesusa en todas sus conversaciones de la última temporada antes de ingresar en el convento «mezclaba siempre la hermosura de la vida religiosa».

Pero este deseo que surge violento e irresistible y absorbe todas las ilusiones de Narcisa, choca muy pronto con dificultades que al principio parecen insuperables.

Era la única que podía ayudar a sus padres, los demás hermanos eran muy pequeños. Su ingreso en el convento significaba dificultar más la buena marcha de la casa que aún con ella y un criado se desenvolvía malamente. Por eso una dilación de sus padres en darla el consentimiento lo veía hasta cierto punto razonable.

El amor irresistible al retiro del claustro y el cariño a sus padres, unido al sentimiento de dejarles cargados de trabajo fueron dos afectos que laceraron desde entonces el pequeño corazón de nuestra hermana. Por un lado la voz imperiosa del cariño, por otro la llamada no menos apremiante del Buen Jesús que la quería toda para sí y cuanto antes. La victoria no era dudosa pero le costaría desgarros del corazón.

No obstante el deseo vivísimo que tenía de ingresar en el convento, pasaron varios días sin que se decidiera a someter a los padres sus propósitos. Por fin un día creyó ser ocasión oportuna y se

resolvió a comunicárselo a su madre. Le propuso en general su deseo sin hacer alusión a su intención de hacerlo pronto realidad.

Se trataba solamente de un sondeo para ver cuáles eran las disposiciones de su madre. Y la respuesta fué la que ella temía: «Que dejase pasar dos años hasta que sus hermanitas pudieran ayudarla». Narcisa no insistió.

Transcurrieron varios meses antes que nuestra hermana volviese a tocar el asunto, pero a medida que pasaba el tiempo, su estancia en el pueblo le resultaba más molesta. Dios la había escogido para el claustro y hacia él la empujaba con violencia sembrando el disgusto y la insatisfacción por todas las cosas de fuera.

El malestar llegó a tal punto que vió claramente era imposible diferir por más tiempo el ingreso. Toda tardanza en secundar el llamamiento divino le parecía como mínimo signo de poca generosidad con Dios. Se decidió, pues, aunque le sangrase el corazón a proponer su determinación de forma explícita e inaplazable.

Como lo pensó lo hizo. Se desarrolló la escena en el campo y en ocasión en que estaban solos su padre y ella. Aprovechando un alto en el trabajo, hizo girar la conversación hacia su intento y cuando llegó el momento oportuno dijo con cierta decisión: «Los días se me hacen eternos, padre, esta vida no es para mí»... Calló unos momentos y no encontrando palabras que expresasen la pugna de afectos que destrozaban su alma, terminó con esta frase que indicaba claramente su firme determinación. «Yo no puedo seguir en el pueblo por más tiempo»...

Su padre que conocía perfectamente la entereza de Narcisa comprendió al punto su estado de ánimo, la crisis moral por que atravesaba y debió enternecerse. No se le ocultó lo que significaba la entrada en el convento, las dificultades que esto ocasionaría en el desenvolvimiento normal de la casa, pero juzgó contraproducente diferir el consentimiento. Le parecía una crueldad. Equivalía a sumergirla en un mar de sufrimientos morales.

Narcisa aguardaba con ansiedad la respuesta. Y su padre le dijo al fin: «Si estás a disgusto, cuanto antes mejor». Estas palabras disiparon los plomizos nubarrones de tristeza y disgusto que por tanto tiempo habían prensado su espíritu y derramaron sobre él a borbotones los rayos luminosos de una dulce y confiada esperanza. En adelante ya podía repetir como tantas veces lo hizo siendo religiosa:

*Perdón y gracia—dador divino
por el camino—que quieras voy.*

Delicadezas divinas

Como en otro tiempo con Santa Catalina de Sena, Jesús presenció sumamente complacido y oculto en el corazón de nuestra hermana, las pequeñas batallas interiores que libró hasta obtener el consentimiento de sus padres. En premio a su valiente actuación la abrió inmediatamente las puertas del claustro.

Pocos días después de los acontecimientos narrados, D. Manuel Zapico recibía una carta de las Concepcionistas Franciscanas de Madrid. En ella le exponían la necesidad que tenía aquella comunidad de una joven con buena voz para que hiciese los oficios de cantora.

El buen Cura-Párroco no tuvo que cavilar mucho, se acordó inmediatamente de Narcisa, tenía ésta buena voz y excelentes cualidades para religiosa. Además ya sabía que lo deseaba con toda su alma.

Recibida, pues, la carta, D. Manuel fué a casa de los padres de Narcisa. Les dió a conocer el contenido de la misma y no opusieron resistencia alguna. Menos había de oponerse ella que hacía tiempo lo deseaba ardientemente y se había preocupado de preparar antes el terreno. Llamada, pues, para el caso contestó sin vacilación en sentido afirmativo.

Su modo de ser comedido y prudente no le permitió hacer manifestaciones ruidosas de alegría, pero seguramente sus ojos brillarían de felicidad trasluciendo la profunda satisfacción de su alma. Y a no ser por guardar las formas hubiera roto a llorar como una niña y cubierto de besos aquella carta que abría para ella las puertas del paraíso en la tierra.

Dios se portó en esta ocasión con verdadero mimo. Abrió a nuestra hermana sin tardanza las puertas del claustro y además le brindó la oportunidad de entrar en la orden más en consonancia con su espíritu.

Las órdenes son todas buenas y todas fueron instituídas por sus fundadores para que en ellas puedan santificarse sus miembros. Con todo, cada instituto tiene su modalidad propia, su manera peculiar de llevar las almas a las cimas de la perfección dentro de las normas comunes, a todos esenciales; unos insisten más en ciertas virtudes que son como su impronta. Así la orden franciscana insiste de una manera especial en la pobreza, el culto a la humanidad santísima de Jesús, la caridad...

La Orden Concepcionista, como franciscana, se propone especialmente cultivar las virtudes propias de la Orden franciscana y como concepcionista inculca a sus hijas el amor a la pureza virginal para honrar e imitar la limpieza sin mancha de la Virgen Inmaculada. «Si alguna alumbrada y llamada del Señor—dice la regla—quiere... ser desposada con Jesucristo su esposo, honrando a la Concepción sin mancilla de su Bendita Madre»... y más adelante al describir el hábito de las religiosas da la razón de su distintivo con estas palabras «por la significación que en sí trae,—el hábito blanco—que muestra que el alma de la Santísima Virgen desde su creación fué hecha tálamo singular del Rey Eterno». El fin especial de las Concepcionistas es pues honrar e imitar de una manera especial la limpieza purísima de la Santísima Virgen, hacer de las que la profesan castos e inmaculados ángeles en la tierra.

Cuán bien respondía este ideal de la Orden Concepcionista al espíritu de Narcisa podemos verlo por la siguiente reflexión: Ella amaba la pureza y la limpieza del alma con el entusiasmo y ardor que se aman las cosas grandes. Antes de consentir le arrebatasen la inmaculada vestidura de la virginidad prefería mil muertes. Por eso la idea de ingresar en una orden cuyo distintivo era imitar la limpieza inmaculada de la Virgen hace latir con violencia su virginal corazón y extremecerse de felicidad.

Por otra parte las virtudes particularmente franciscanas estaban en perfecta consonancia con su carácter. Era por naturaleza humilde, aborrecía cordialmente todo lo que significara sobresalir, llamar la atención, figurar. Una modista de Cifuentes que daba en este tiempo clase de costura a nuestra hermana, le regaló el día de la fiesta del pueblo una blusa muy elegante y que sin duda había de llamar mucho la atención. Narcisa agradeció muchísimo a su profesora aquella delicadeza, pero no la usó. Vaciado su corazón de todo afec-

to terreno, estaba por lo mismo muy bien dispuesto para que en él entrase a banderas desplegadas el amor seráfico del Poverello, divinamente obsesionado por la humanidad de Cristo.

El camino estaba ya trazado. Jesús quiso que nuestra hermana fuese religiosa y le señaló para teatro de su santificación los claustros de un convento concepcionista y por compañeras las santas religiosas de la Beata Beatriz de Silva. Más adelante veremos cuán bien supo aprovecharse de esta esplendidez de Dios para con ella.

Quien no renuncia a su padre y a su madre...

Ultimadas las gestiones necesarias, Narcisa a quien acompañaba su padre abandonó la casa paterna en una mañana calurosa de junio de 1924. Aparentemente en la despedida conservó una serenidad perfecta. Y bien sabía ella que a muchas de las personas presentes en la despedida no volvería a repetirles el abrazo. Y que sus ojos no volverían a contemplar los viejos muros de su casa, ni las calles del pueblo repletas de tantos recuerdos, ni la vieja Iglesia donde tuvo con el Buen Jesús los primeros y más tiernos coloquios.

Pero como decimos la serenidad de nuestra hermana era solo en apariencia. Era mujer y como tal muy humana, delicada y sensible. Torturaban su alma ansias inefables por consagrarse a Dios toda entera y sin reservas; pero esta consagración había de hacerse necesariamente por el camino de la renuncia y separación de todo lo que hasta entonces lícitamente había amado. Como hemos tenido ocasión de apreciar, ella no estaba pegada a las comodidades de esta vida ni a sus pasatiempos, pero amaba entrañablemente a sus padres y hermanos, les amaba no con un amor sentimental e inoperativo sino eficaz. Por ellos había derrochado hasta entonces lo mejor de sus jóvenes energías.

No es pues temerario suponer que sentiría en aquellos momentos los naturales tirones del corazón y que su espíritu destilaría la hiel de una intensa amargura.

En la estación de Santas Martas, ella y su padre subieron al tren. Nada del exterior atraía su atención, ni la trepidación imponente del tren que veía por primera vez, ni la sucesión de múltiples paisajes que desfilaban por su ventanilla, ni la abigarrada turba de viajeros que subían y bajaban en las diversas estaciones... ¡tenía tantas cosas importantes en que pensar! Sus ojos profundos, siempre tan serenos, reflejaban ahora visiblemente la tempestad de encontrados afectos que agitaba su espíritu.

Eran las primeras horas de la tarde—17 de junio de 1924—, cuando la sirena del tren anunció la llegada a la capital de España, con su penetrante sonido. Poco después, perdidos entre la muchedumbre de viajeros, bajaron del tren y se dirigieron al convento de las Concepcionistas.

En aquellos momentos la agitación y melancolía de Narcisa eran más perceptibles. Se acercaba el término de su viaje, y por tanto la hora de romper el único lazo que la unía a su familia: su padre. La imaginación pintaba con más viveza la separación forzosa. El corazón ponía en juego todas sus energías para resistir el golpe duro que se consumaría al traspasar el dintel de clausura y latía con violencia. En el alma crecía el mar revuelto donde se agitaban afectos de alegría y profunda tristeza en tumultuoso desorden.

La voz dulce de la tornera que saludó a nuestros viajeros con el clásico «Ave María Purísima» fué como un laxante para su alma agitada. En el locutorio, después de unos momentos de conversación, se les dijo que hasta muy entrada la tarde Narcisa no podía entrar en clausura y que podían aprovechar aquellas horas para ver Madrid.

Movido por el consejo de las monjitas su padre la invitó a dar una vuelta por la Ciudad para que conociera algo Madrid antes de entrar en el convento. Ella, con esa decisión que siempre la caracterizó, dijo a su padre «que no le importaba nada lo que había por la calle, que por nada del mundo salía de allí». Y así lo hizo.

Esta respuesta puede tener varias interpretaciones, pero la más probable parece ser esta: Nuestra hermana prefería quedarse allí en primer lugar, por la razón que da a su padre. Pero yo creo que también influían las circunstancias. Le quedaban pocas horas para hablar con él y quería pasarlas en conversación íntima que aligerase un poco la pena de su corazón. Nunca se arrepintió del paso dado, ni le pesó, pero no pudo librarse de la tristeza y amargura que oca-

siona la separación violenta y para siempre de lo que se ama entrañablemente.

Fué en esta ocasión en que la proximidad de la separación definitiva se prestaba para confidencias cuando Narcisa dijo a su padre: «que ella hacía mucho tiempo que había renunciado al mundo». Frase clave para explicar la vida de sus últimos años en el pueblo. En una joven que no fuera del temple de nuestra hermana tales frases podían muy bien interpretarse como obedeciendo a las circunstancias. En ella no. Y por eso era consecuente en su obrar no preocupándose para nada, ni sintiendo interés por todo lo que significase o tuviera aspecto de pasatiempo y vanidad.

A las seis de la tarde Narcisa y su padre hicieron sonar de nuevo la campanilla del convento. Ahora acudió toda la comunidad al locutorio. Hablaron unos momentos con las monjas y poco después se abrió la puerta de la clausura. Narcisa se colgó por última vez del cuello de su padre y le besó con extraordinaria efusión. Acto seguido franqueó el dintel de la clausura y se unió a las que habían de ser sus compañeras por toda la vida. Era el 18 de junio de 1924.

En aquellos momentos ocurrió un suceso que no debe pasar sin consignación. Ayuda muchísimo a esclarecer lo que pasó por el alma de Narcisa en el lapso de tiempo que va desde que despidió a los del pueblo hasta el momento en que, dando un beso a su padre, rompe el último lazo visible que le une a la familia. Me dijeron las monjas que Narcisa había entrado en la clausura llorando.

Estas lágrimas de nuestra hermana confirman lo que llevamos dicho. Su corazón, desde que dió el último adiós a la familia, fué almacenando en sus senos las hieles de la amargura, la pena honda de abandonar lo que más quería en el mundo. Otras jovencitas pagan tributo a esa tristeza deshaciéndose en llanto, ella con su carácter fuerte y voluntad vigorosa supo conservarse tranquila externamente.

Le ayudaba en este esfuerzo el hecho de conservarse al lado de su padre. Pero al desprenderse ahora de sus brazos y traspasar la clausura vió en toda su realidad dolorosa, el sacrificio inmenso que le costaba su entrega a Dios, la voluntad fué ya impotente para represar por más tiempo el torrente de su amargura y rompió a llorar. Cuantos experimentamos un poquito estas horas grises podemos comprender algo la magnitud de esta purificación dolorosa que Dios exigió a Narcisa para introducirla en el retiro de su santa casa.

II

En el Convento de Concepcionistas
Franciscanas de San José

© 2000
Lippincott

1000 Pennsylvania Avenue, N.W.
Washington, D.C. 20004

Aprendiendo a ser monja

Los primeros días de convento son días de despiste. Nuestra hermana se encuentra de pronto frente a un género de vida totalmente distinto y entre personas que ve por primera vez. Por esta razón, aunque anhelase la entrada en el convento con toda su alma, los quince primeros días y acaso el primer mes fueron inevitablemente de profunda nostalgia y «morriña».

A originar esta situación de espíritu, contribuía en primer lugar el verse lejos de los suyos y se agudizaba, con el total desconocimiento y extrañeza de las personas, usos y costumbres de la nueva vida abrazada.

Narcisa veíase como trasportada a país extraño, rodeada siempre de personas desconocidas y sometida a un régimen de vida completamente nueva.

Este sentimiento de melancolía y nostalgia que invade su alma los primeros días desapareció lentamente. Poco a poco se adaptó al nuevo género de vida. Cogió cariño a lo que antes le resultaba antipático por desconocido, y se habituó a vivir con aquellas mujeres de indumentaria tan extraña al principio. Ya las conocía a todas, incluso fué intimando con alguna de ellas y confiándoles sus pequeños apurillos de principiante en la religión; muy pronto la vida religiosa le parece lo más natural.

Y cuando su espíritu consigue libertarse del peso de tristeza y de añoranza, empieza a sentir en toda su plenitud y hermosura sobrenatural la sublimidad de la vida religiosa.

Vivir siempre y en todo haciendo la voluntad de Dios conocida a través de la regla y de las indicaciones de los superiores. Vivir exclusivamente para amar a Dios y en su casa, tal vez solamente separados por una pared. Poderle visitar con frecuencia... estos pensamientos llenaban el corazón de aquella monjita en ciernes de una alegría inefable.

A los seis meses—22 de Diciembre de 1924—en una ceremonia simpática y repleta de simbolismo sobrenatural, dejó los vestidos de seglar, único recuerdo del mundo, y vistió el velo blanco de novicia concepcionista.

Así ratificaba externa y oficialmente lo que hacía mucho tiempo había hecho ya en espíritu, según ella misma confesó a su padre: La renuncia del mundo.

Libre ya en el alma y en el cuerpo de todas las cosas humanas no le restaba más que arrojarle en los brazos de Dios en un ímpetu de ardiente y puro amor para no separarse de El ni en el tiempo ni en la eternidad.

Para destacar más el desprendimiento total del mundo, en la vestición del hábito, nuestra hermana trocó su nombre de Narcisa por el de Sor M.^a Beatriz de Santa Teresa.

Con la imposición del velo blanco daba comienzo el noviciado. Una etapa nueva de su vida, oculta y sin ruido, pero de marchas rápidas por el camino de la santidad.

Es realmente sensible que no hayamos podido hablar con ninguna religiosa contemporánea suya de noviciado. De seguro nos diría muchas cosas edificantes.

Podría decirnos —al menos por lo que se reflejase al exterior— las admirables transformaciones de aquella alma tan sedienta de Dios, sus esfuerzos por conquistar uno por uno los peldaños de la virtud, las pequeñas luchas que tuvo que sostener con su naturaleza, rebelde como la nuestra, a las exigencias del espíritu.

Antes de pasar adelante, juzgamos conveniente hacer unas observaciones que ayuden a interpretar rectamente la vida de Sor Beatriz. Hay que evitar dos extremos.

No perdamos de vista, por un lado, que en ella la vida religiosa no es algo disociado, algo que forme una etapa totalmente distinta de su vida en el pueblo, y que por tanto pueda asemejarse a un cambio brusco de dirección en la conducta hasta entonces observada.

Es el caso de esas jóvenes que fueron hasta su ingreso en religión de costumbres más o menos frívolas y que dan de pronto un viraje en su vida y entran en el claustro.

En la conducta de Sor Beatriz no hay tales cambios bruscos. Los últimos años de estancia en el pueblo fueron ya un pequeño esbozo de vida claustral. Lo dijimos antes.

Su piedad, como nos dijo el Sr. Párroco «no tenía otros límites e interrupciones que los impuestos por las obligaciones ineludibles de su estado». Vivía recogida casi como una religiosa de clausura.

La vida de nuestra hermana, antes y después de ser religiosa, es

por tanto casi la misma, no admite otra distinción que la que hay entre una vida de piedad menos intensa obstaculizada por sus obligaciones y una vida de piedad mayor, favorecida por su estado religioso.

El deseo ardiente, arrebatador de unirse estrechamente a Dios por medio de una vida santa es el mismo. Y esto la salvó de caer en ese estado de amargo desengaño que sobreviene a muchas jóvenes, las cuales ingresan en los conventos movidas solamente por una temporada de fervor, por un desengaño amoroso o por unos ejercicios que las impresionan y luego, cuando pasa el fervorín, no tienen constancia para seguir adelante.

Pero referente a la vida de Sor Beatriz, tampoco hay que caer en el extremo opuesto. Como sería pensar que cuando ingresó en el convento ya era perfecta.

Aunque entró con una vida de piedad superior al común de las jóvenes postulantes, aún quedaban por desbrozar muchas malas hierbas en el jardín de su alma.

Oigamos, para no citar más que un ejemplo, lo que nos dice Sor M.^a del Rosario y que oyó ella contar a las madres que conocieron a Sor Beatriz novicia: «Al principio de su vida religiosa era de temperamento muy sensible y sentimental, con cualquier palabra que se le dijera en seguida lloraba y después como Santa Teresita lloraba por haber llorado. Años más tarde ella misma lo contaba con mucha gracia». Hé aquí un pequeño defecto al que Sor Beatriz tuvo que hacer frente desde el principio.

Pero en estas palabras encontramos una pequeña anomalía. Aquí aparece nuestra hermana todo lo contrario de lo que había sido hasta su ingreso en el convento. Los padres y cuantos la conocieron en el pueblo nos la pintan de un carácter recio, que no se inmuta por nada, que mantiene la serenidad de su rostro aún en las circunstancias más difíciles.

En cambio aquí la vemos más bien sensible en exceso e incapaz de dominar los afectos de su espíritu. ¿Cómo explicarnos estas dos afirmaciones en apariencia contradictorias?

A nuestro juicio puede solucionarse satisfactoriamente así: Al entrar en el convento se encontró con una comunidad en que todas las religiosas eran mucho mayores,—ella contaba apenas dieciséis años—y además ella estaba en período de prueba. No es, pues, ex-

traño que tales factores contribuyesen a crear en ella un estado habitual de inferioridad y de temor que modificasen por algún tiempo su conducta y modo de ser.

Aún nos resulta más interesante lo que añade Sor Rosario: «Que después lloraba, por haber llorado». Aquí parece ya Sor Beatriz luchando contra ese defecto inesperado.

Para ella, que hasta entonces supo dominar su carácter, tenía que resultar muy mortificante tales escenas de romper a llorar por cosas insignificantes delante de toda una comunidad.

Las religiosas no se extrañaban, porque la veían tan niña. A ella, que, como hemos repetido tantas veces, pensaba y discurría con una inteligencia muy superior a sus pocos años y que además tenía conciencia de ser mayor de edad—así se la consideraba ya en casa—tales lloriqueos de seguro, la desarmaban y sacaban de juicio.

Por eso yo creo que esta insubordinación de su sensibilidad a los dictámenes de la voluntad, este pasar ante la comunidad como niña sensible y mimada fué para Sor Beatriz uno de los pasos más dolorosos en sus primeros años de religión.

Pero luchó, pidió a Dios fuerzas para dominar su carácter, aprendió a sacar provecho espiritual de las humillaciones ante las demás religiosas y al fin logró sobreponerse a este desorden que daba al traste frecuentemente con la paz de su espíritu.

Así lucharía y así vencería otros muchos defectos pequeños o grandes que, sin duda ninguna, entorpecían sus primeros años de vida religiosa. Por ser internas o de menor importancia estas imperfecciones, no llamaron tanto la atención de sus compañeras de comunidad y por eso no podemos saber cuáles fueron.

Si exceptuamos este caso que debemos a la feliz memoria de Sor M.^a del Rosario, nada más sabemos de Sor Beatriz novicia.

La misma religiosa, que fué una de las más íntimas de nuestra hermana, tiene una frase, en la relación que nos envió, con la que estamos plenamente conformes y creo lo estarán cuantas religiosas convivieron con nuestra hermana. «Yo creo—dice—que la que fué excelente de religiosa sería también muy buena novicia».

Efectivamente, si tenemos en cuenta la vida fervorosa que llevó Sor Beatriz antes y después de novicia, no cabe la menor duda que su comportamiento durante el noviciado sería intachable.

En el tiempo de prueba se dedicó con todo interés a impregnar

su alma del espíritu propio de la Orden Concepcionista. Intensificó más si era posible, el amor a la Virgen Inmaculada, copió con más interés sus virtudes... perfeccionó la sencillez de espíritu, simpático distintivo de las órdenes franciscanas. Su alma era tierra muy bien preparada para crecer pujantes toda clase de virtudes.

No había preceptos mayores y menores, principales y secundarios. Todos los estatutos y costumbres aún las más insignificantes eran para ella inviolables, porque sabía que en el cumplimiento fiel y exacto de tales normas estaba el secreto de su santificación.

Consagro a Vos... mi corazón...

El año de prueba tocaba a su fin. Estamos en Diciembre de 1925. Sor Beatriz había adquirido ya el espíritu y costumbres propias de las Concepcionistas. Podía ya juzgar si la espiritualidad de dicho instituto estaba en conformidad con las aspiraciones de su alma. Poco necesitó pensarlo. Desde los primeros días lo vió con meridiana claridad. La vida de aquellas santas religiosas era lo que había anhelado casi desde antes que tuvo uso de razón.

Por otra parte las religiosas estaban contentísimas con aquella novicia jovencita, casi niña, que lucha con todas sus fuerzas por dominar su natural un poquito sensible, enderezar sus inclinaciones torcidas y manifiesta en su comportamiento unas ganas infinitas de entregarse toda a Dios.

En el escrutinio que precede a la profesión nadie se atrevió a poner reparos a su admisión. No había cosas dignas de reproche.

La vieron siempre tan obediente, tan sumisa, cariñosa y recogida.

Como testimonio elocuente de lo mucho que se le apreciaba en la Orden consignamos el hecho siguiente: A la mitad del noviciado escribió la Superiora al Sr. Párroco de Nava y le decía que estaban muy contentas con ella y terminaba diciendo «es una niña angelical».

Precedido de ocho días de santos ejercicios llegó el día de la profesión. Nuestra hermana después de la misa y rodeada de todas las religiosas se acercó al altar. Su fisonomía era la de un serafín según expresión de los que lo presenciaron. Estaba visiblemente

emocionada, sin embargo gracias a su fuerza de voluntad pudo conservar un dominio perfecto de sí misma.

Aquella era otra vez la Narcisa inteligente y de voluntad disciplinada que con plena conciencia del acto que iba a realizar, se arrojaba libérrimamente en los brazos del buen Jesús, y renunciaba a todas las ilusiones terrenas que puede forjarse una cabecita de dieciséis años.

Con las mejillas levemente encendidas por la espectación de que era objeto y por la trascendencia del acto, pero firme y resuelta, Sor Beatriz pronunció sus votos: «YO SOR MARIA BEATRIZ DE SANTA TERESA POR AMOR Y SERVICIO DE NUESTRO SEÑOR Y LA SANTÍSIMA CONCEPCIÓN SIN MANCILLA DE SU GLORIOSA MADRE, HAGO VOTO Y PROMETO A DIOS Y A LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA... DE VIVIR TODO EL TIEMPO DE MI VIDA EN OBEDIENCIA, SIN PROPIO Y EN CASTIDAD Y EN PERPETUO ENCERRAMIENTO».

Al terminar, la esperaba el abrazo cariñoso de las religiosas. Siempre es este un acto muy simpático pero en esta ocasión revestía más atractivo por el afecto que en todas las religiosas había despertado la pequeña Sor Beatriz.

Además de las emociones en la Iglesia esperaban a nuestra hermana otros momentos no menos emocionantes en el locutorio. Sus padres habían asistido a la profesión. Cuando iba camino del locutorio debió sentir una sensación enorme de cariño.

Temblando de ternura se agarró a las celosías y les saludó. Los padres no contestaron. La emoción les impedía articular palabra. Su padre no pudiéndose contener rompió a llorar como un niño. Entonces ella aunque dominada también por la emoción pudo sobreponerse y envolviendo a su padre en una mirada de profundo cariño le dijo: «Vamos padre, que es madre más valiente que usted».

Poco a poco los tres se fueron serenando y entraron en una conversación de franca intimidad. Sor Beatriz se interesó por todos los de su familia, especialmente por un hermanito que había nacido poco después de su ingreso en el convento.

Cuando llegó la noche y Sor Beatriz se retiró a la celda, su cuerpo estaba rendido por las muchas emociones del día pero su alma, rebosaba de felicidad.

Yo me la imagino postrada al lado de su pobre tarima pidiendo

a Dios que mitigase sus consuelos porque de lo contrario el espíritu no podría resistir.

Miraba con ojos muy abiertos al porvenir y sentía un hondo estremecimiento de alegría. Tenía por delante la perspectiva de una vida silenciosa, oculta, toda ella dedicada a unirse más y más a Dios, y volar por los senderos de la perfección.

Y luego como premio a sus esfuerzos las mansiones llenas de luz de la gloria. Allí estaría eternamente unida, abrazada a Dios, al Dios que había cautivado su corazón desde niña.

Desconocía entonces nuestra hermana que su entrada en el paraíso había de ser mucho más apoteósica, ostentando en sus manos la doble palma de la virginidad y del martirio.

En el oficio de Marta

Apenas profesa, se confía a toda novicia el cuidado de una oficina del convento. En el noviciado se procura que aprendan todos los trabajos que suelen hacer las religiosas.

Desempeñan al principio estas oficinas bajo la dependencia de una religiosa mientras adquieren la suficiente destreza.

A Sor Beatriz se la confió primero el cargo de refitolera cuyas obligaciones consistían en la limpieza del comedor y distribuir el agua y el pan.

Quien sea un poquito descuidada tal vez encuentre este cargo muy fácil y sin grandes trabajos, la que desee cumplir bien con su obligación, no. Si en todas las dependencias del convento debe resplandecer siempre la limpieza, lo exige de una manera especial el refectorio. Limpieza en las jarras del agua para que ésta no tenga sabor a poso, limpieza en las mesas para que no repugne el sentarse a ellas, limpieza en el piso, limpieza en los delantales de las que sirven a la mesa.

Y bien, por testimonio de las que convivieron con ella sabemos que nuestra hermana desempeñó este oficio con perfección. A ello indudablemente contribuyeron dos factores. Uno natural; el hábito de orden y aseo que ya la caracterizó en casa de sus padres. Otro adquirido, al menos en toda su perfección, en el convento, los móviles sobrenaturales.

Sor Beatriz con esa clarividencia de las cosas que la distinguía se daba perfecta cuenta que no era una simple empleada de hotel y que las personas a quienes servía no eran las personas anónimas que habitan por varios días una casa de huéspedes. Ella era religiosa y como tal debía obrar siempre por móviles sobrenaturales, y con la máxima perfección. Además las personas a quienes servía eran vírgenes consagradas a Dios, santas por tanto y dignas de ser servidas con la máxima delicadeza y solicitud.

Después del refectorio se encargó nuestra hermana de la Sacristía, con el oficio de segunda sacristana. Desempeñó ambos cargos lo mejor que pudo, pero no hay duda que personalmente sentiría más atractivo por este segundo. La ponía más en contacto con el altar, que para ella era aproximarla más a su buen Jesús del sagrario.

No perdonaba trabajo, porque las cosas de la Iglesia estuvieran curiosas y decentes; barría el coro, ayudaba a su compañera a preparar las flores para el altar, limpiaba con escrupulosidad todos los utensilios de la misa, lavaba hasta dejarlas blanquísimas las vestiduras de los sacerdotes y estaba siempre pronta a secundar cualquier iniciativa que redundase en ornato de la casa de Dios.

Obrando así nuestra hermana se proclamaba digna continuadora de la gloriosa orden franciscana femenina que ha hecho siempre de sus conventos laboriosas colmenas donde se fabrican los más delicados y preciosos trabajos para el servicio del altar.

Después de éstas dos oficinas Sor Beatriz ocupó otras de más responsabilidad. Cuando salió del convento en Julio del treinta y seis era segunda tornera y secretaria de la M. Superiora.

En todas partes trabajó puesta la mirada en Dios e hizo de sus trabajos instrumentos preciosos de la propia santificación. Según testimonio de sus compañeras si hubiera sobrevivido a la revolución española hoy sería indiscutiblemente de las más aptas para regir los destinos de la comunidad.



Consideraba todos los oficios preciosos instrumentos de santificación

Para siempre

A los tres años de la profesión simple tiene lugar en las órdenes religiosas la profesión solemne. Pero esto sucede si el candidato posee para esa fecha 21 años de edad, en caso contrario debe aguardar a cumplirlos para efectuar dicho acto. A nuestra hermana la ocurrió esto último, era muy joven y tuvo que esperar casi dos años.

El 19 de marzo del 29 subía Sor Beatriz las gradas del altar para consagrar perpétuamente a Dios su corazón.

La profesión solemne, como sabemos por experiencia cuantos la hemos hecho, es un acto que produce en el alma una especie de estremecimiento religioso, por la significación que tiene de algo irrevocable.

Juntamente con esa sensación de misterioso temor, este acto, una vez realizado, causa en el espíritu una paz interior y una confianza inquebrantable y amorosa en Dios, difícil de describir.

El que profesa renuncia para siempre a su propia voluntad y a un vivir en provecho propio. Se arroja desnudo de bagaje humano en las manos de Dios, dispuesto a no tener otra preocupación que servirle y con la firme persuasión de que el Señor mirará en adelante por sus cosas y necesidades como algo propio.

Algo de esto sintió Sor Beatriz en aquella mañana del 19 de Marzo. Para ella con toda seguridad fué el día más grande después del martirio.

Y qué bien demostró más adelante la verdad de esta total entrega en las manos de Dios. Llegará un día en que Dios por medio de la obediencia la ordenará casi morir y ella con decisión y miras sobrenaturales altísimas aceptará sumisa la inmolación.

La ceremonia fué impresionante. En ella Sor Beatriz dió una prueba más de aquel «no se qué» indefinible y místico que irradiaba en tales actos religiosos. Habla Sor M.^a del Rosario; «de las catorce religiosas profesas desde esta fecha, ninguna hemos hecho la profesión como ella al exterior, PARECIA LLENA DE MAJESTAD, DE UNA TRANQUILIDAD ENVIDIABLE, dijo todas las antifonas llena de unción, dándose perfecta cuenta de lo que hacía... y denotando al exterior que estaba llena de Dios».

Ya después de profesas

En la piedad de las monjas recién profesas se nota a veces un descenso rápido a partir del noviciado que no logran superar hasta muchos años después.

En parte se explica naturalmente. Durante el noviciado han estado sometidas a una tensión un poquito violenta, son tiempos de prueba y hay ocasiones en que el móvil más fuerte de obrar en ellas puede ser el temor de ser expulsadas más que los motivos sobrenaturales. Al fin y al cabo son humanas y no tiene nada de particular que a veces sin advertirlo les muevan más a obrar las razones humanas e intereses personales.

Cuando la joven se ve profesas, parece que se desenvuelve con más libertad, se esfuma de su vida ese temor constante a unas malas votaciones, a ser reprendida por la M. Maestra y si en este tiempo crítico de transición no se agarra fuerte a un obrar estricto por Dios, por motivos sobrenaturales, fácil e insensiblemente su piedad se resfría, toma posesión de su espíritu la funesta rutina en las prácticas religiosas y será necesario que pasen muchos años o un especial toque de la gracia para que esa religiosa vuelva a sus fervores del noviciado. Como acabamos de decir este fenómeno puede darse en una religiosa casi inconscientemente.

En la vida de Sor Beatriz no se dió este hecho. Sor María del Rosario que entró en las Concepcionistas dos años después nos dice que siempre la conoció excelente y ejemplar religiosa. Y las otras compañeras que nos enviaron sus relaciones también están acordes en afirmar que nuestra hermana fué siempre modelo para las demás.

A nosotros, que ya conocemos las profundas convicciones religiosas y alteza sobrenatural de miras que distinguieron siempre a nuestra hermana, nos resulta fácil explicar este hecho de su vida interior siempre adelante y siempre en progresión ascendente.

La entrada en el convento—lo hemos dicho varias veces—no fué para ella una cuasi-conversión a la vida de piedad y de fervor después de una vida más o menos frívola o un tanto disipada, fué sola-

mente la intensificación de una vida de piedad nada común que ya llevaba en el pueblo sobre todo desde que fué un poquito mayorcita.

Era pues muy natural que una vez en el claustro y quitados los obstáculos que en el pueblo la impedían darse de lleno a Dios su vida espiritual se intensificase cada vez más. En sus prácticas religiosas, en las mortificaciones, no entraba para nada el que la vieran, lo hacía porque se lo exigía su espíritu profundamente religioso, por imperativo de su generosidad con Dios.

El castillo interior...

El grado de vida interior es por naturaleza algo muy íntimo y difícil de captar, excepto por la persona que lo vive. Sin embargo es también difícil que una religiosa ame mucho a Dios y no difunda en torno suyo, en conversaciones, consejos, modo de obrar... algo de ese fuego amoroso que alimenta en el corazón.

No pretendemos por tanto aquí dar una idea completa de la vida espiritual en Sor Beatriz. Aún tropezamos con dificultades para dar una idea nada más que suficiente. Podríamos conseguir esto último si hubiéramos podido hablar con su director espiritual R. P. Blas Almenro, religioso franciscano, pero desgraciadamente cuando se nos ocurrió redactar estas notas había ya fallecido.

A pesar de estas dificultades y con los pocos datos que se conservan podemos reconstruir de algún modo su vida espiritual lo suficiente para constatar que fué admirable.

Poseemos en primer lugar el testimonio del P. Blas dado a dos de las religiosas supervivientes: «En cierta ocasión—habla Sor María del Rosario—al pasar a confesar le dije yo al Padre algo referente a lo buena y cómo obraba Sor Beatriz a lo que contestó el Padre **«que era muy buena»**. Otro testimonio del P. Blas, lo debemos a Sor Corazón; «cuando volvió este Padre por aquí, terminada la guerra de liberación le oí hablar con grandes elogios de ella y alababa sus hermosos proceder y santa conducta».

Además de estos testimonios generales pero muy valiosos de su director espiritual que fué quien mejor conoció el alma de Sor Beatriz, tenemos los informes más detallados de las religiosas que convivieron con ella y que son fruto de su observación personal.

«Era muy interior y alma de oración, encantaba verla en el coro» dice Sor Rosario y en otra parte nos dice la misma religiosa «que era muy piadosa y amante de la oración». Con estas afirmaciones están perfectamente de acuerdo los datos que nos facilitaron las demás religiosas.

Según ellas no le bastaba los muchos ratos diarios que las Concepcionistas dedican a la oración y durante el día, sobre todo los domingos, hacía frecuentes visitas al Santísimo.

Pero un alma de oración no puede ser tal sin una vida paralela de recogimiento personal durante el día. Es difícil por no decir imposible, vivir en una intimidad grande con Dios y derramarse luego al exterior en conversaciones largas y superfluas. Lo mismo habría que decir de una religiosa que dejase vagar la vista sin control ninguno viéndolo todo y observándolo todo.

Por eso nuestra hermana que era alma de oración, era por lo mismo alma silenciosa y recogida. «Era muy silenciosa y recogida» —dice Sor Rosario— en el convento fuera de los ratos de recreo en los que era muy jovial se mostraba siempre grave y modesta» «fuera del convento—en las muchas veces que se vieron obligadas a dejarle—se la vió siempre comedida y virtuosa. Ella tenía algo que no se veía en todas nosotras así que siempre era edificante».

Tan elocuentes como Sor Rosario son las otras religiosas que nos enviaron sus relaciones: «El silencio lo guardaba a perfección —dice Sor Corazón— a veces cuando la encontraba en el claustro me gustaba mirarla, ella se sonreía siempre pero raramente la ví levantar la vista para mirarme».

La misma religiosa cuenta otro caso que oyó de labios de Sor Beatriz y que demuestra lo bien que dominaba ésta su espíritu curioso. «En una ocasión nos dijo ingenua y sencillamente que sintió deseos de ver a su confesor o padre espiritual con el que ella trataba las cosas de su alma. Cuando la avisaron bajó al locutorio con un poquito de vehemencia y luego avergonzada de ello se propuso no mirarle más y así lo cumplió».

No poseemos testimonios explícitos de que nuestra hermana tuviera habitualmente la presencia de Dios. Hay sin embargo, un indicio poderoso para afirmarlo.

Tuvo por maestra a la M. Carmen, buenísima religiosa que inculcaba a sus novicias con insistencia machacona la presencia de

Dios, esto unido a la avidez con que Sor Beatriz recibía siempre las lecciones de vida espiritual y a la docilidad con que las llevaba a la práctica, nos da pie para afirmar que la presencia de Dios fué uno de los pilares básicos de su vida espiritual.

Indicio de este interés por la presencia continua de Dios puede considerarse el hecho siguiente: «En cierta ocasión—lo cuenta Sor M.^a del Rosario—la dijo una compañera, que algunas religiosas de la comunidad tenían muchas visitas y que en cambio ellas no tenían ninguna». Nuestra hermana la contestó: «Mejor, así nos podremos dar más a Dios», prueba de que ella consideraba toda conversación con los hombres tiempo robado a la comunicación continua con Dios siempre presente en su alma.

Efecto inmediato entre otros muchos de una vida intensa de oración es envolver las conversaciones en una atmósfera deliciosa de sobrenaturalidad.

Nunca tendrá aplicación más sublime, como en el caso presente, el dicho de Nuestro Divino Salvador: «de lo que abunda en el corazón habla la lengua».

Que nuestra hermana reflejase la vida interior en las conversaciones, consta por el testimonio unánime de sus compañeras.

«Con frecuencia sus conversaciones en el recreo versaban sobre lo que los santos dejaron escrito sobre la oración, especialmente Santa Teresa a quien amaba mucho»—nos dice Sor María del Rosario. Y en otra parte de su relación nos dice la misma religiosa «que dejaba siempre entrever en las conversaciones su unión con Dios y que era el alma de oración».

Es necesario poner ahora esta conducta de Sor Beatriz a salvo de una maliciosa suposición.

No sería raro que alguien, aún entre religiosos, al leer estas líneas sobre la conducta de nuestra hermana en las recreaciones, piense que de seguro era la personificación del aburrimiento.

Nada más falso. Las afirmaciones de las religiosas son elocuentísimas, hablan con verdadero entusiasmo de la amenidad y buen humor que Sor Beatriz daba a esos ratos de santa expansión. En las conversaciones era de un carácter agradable, alegre y jovial».—Nos dice Sor Rosario - «Siempre estaba alegre, afable y condescendiente»—Dice Sor Corazón—y Sor María del Sagrario a quien tendremos ocasión de citar luego, dice también «que en las horas de recreo se mostraba jovial y cariñosa con todos».

«Era muy bien mirada en la Comunidad» nos lo dá Sor Corazón. «Pude apreciar que era muy estimada de todos y que la Comunidad hacía mucha estima de ella» y Sor María del Sagrario coincide con Sor Corazón casi en las mismas palabras. «Era muy querida de toda la Comunidad». Y bien, uno de los factores que más influyeron en esta simpatía general fué ciertamente su trato ameno en las recreaciones.

Reconocemos sin dificultad que se dan casos en que las personas que a todas horas quieren hablar de temas religiosos, vengán o no a cuento, resultan pesadas e inaguantables.

Pero esto no dá pié para medir a todas por el mismo rasero. Hablar siempre o al menos frecuentemente de Dios y no cansar es patrimonio exclusivo de almas excepcionales, almas de una vida de piedad y de unión con Dios muy subida y que están muy lejos de una fingida hipocresía; almas, en una palabra, que comunican a su conversación un fuego, una gracia y una unción especial que cautiva y embelesa.

Además estas almas suelen ser lo suficientemente oportunas para tocar los temas religiosos en circunstancias adecuadas.

Pues bien, si tenemos en cuenta los testimonios de las religiosas que acabamos de citar nos convenceremos de que nuestra hermana poseía estas cualidades excepcionales para hablar de Dios.

Y tenía también estas cualidades para dar consejos a sus compañeras más jóvenes. «A mí me hacía mucha impresión los consejos que me daba—dice Sor Corazón de María—. Un día por no sé qué cosas que se repartían en recreo nos empezó a hablar del desprendimiento interior y de que nosotras que empezábamos la vida religiosa no nos apegáramos a nada de este mundo».

Se habla otros días en la Comunidad de la vida pecadora que llevaban los milicianos, los muchos crímenes y atropellos que cometían y nuestra hermana sigue el hilo de la conversación pero la orienta siempre hacia la conveniencia de pedir la conversión de aquellos desgraciados.

Como último testimonio fehaciente y encantador de que Sor Beatriz poseía esta gracia especial para hablar de Dios sin cansar, citamos unas palabras de Sor María del Sagrario, religiosa que tuvo la dicha de convivir con nuestra hermana los momentos más dramáticos de su vida.

Fué durante la estancia de Sor Beatriz en casa de una hermana de Sor María del Sagrario, cuando las religiosas salieron del convento en las elecciones de Febrero del 36. Copio sus mismas palabras: «Después de hacer la oración, rezo del Oficio Divino y demás prácticas piadosas, ayudábamos a mi hermana en las labores de la casa y terminadas éstas nos recogíamos a nuestra habitación... Aquellos ratos eran para mi de cielo; me hablaba solo de cosas espirituales pero mi fatal memoria no ha conservado estos preciosos recuerdos. Solamente recuerdo que un día hablándome del don inapreciable de la vocación religiosa, lo hacía con tanto fervor que al oír sus palabras comunicaba a mi alma sus mismos afectos y terminamos proponiendo corresponder al Señor con una vida más perfecta, ardiendo en deseos de volver al convento para poner nuevo esfuerzo en la vida espiritual. Estos ratos de conversación producían en mi espíritu el mismo efecto que si estuviese en oración».

Viviendo en obediencia y sin propio

La obediencia es uno de los signos más inequívocos para conocer la profunda vida interior de una religiosa.

Todos tenemos fuertemente arraigado en el alma el amor propio, la tendencia a disponer de nuestros actos a capricho. Sentimos un impulso instintivo a la rebeldía cuando alguien quiere imponernos su voluntad.

En capítulos anteriores tuvimos ocasión de admirar la obediencia incondicional, rendida y cariñosa que Sor Beatriz demostró siempre a sus padres.

Su conducta con las superiores desde que entró en el convento es una línea ininterrumpida y con más hondura sobrenatural, de esa misma obediencia.

Los testimonios de las religiosas en este punto son hermosísimos y nos dan a conocer una Sor Beatriz perennemente niña que ha renunciado totalmente a su voluntad propia, condición indispensable para alcanzar la santidad y se ha puesto en las manos de los superiores con la confianza del niño en los brazos de su madre. «La conducta con la Madre (superiora) siempre se la vió con mucho res-

peto y amor» son palabras de Sor M.^a del Rosario, y esta misma religiosa dice también «que en materia de obediencia nunca se la vió resistencia».

«Su conducta con la Madre, era la de un niño chiquitín, sencilla, cariñosa y confiada; así me lo manifestó la misma Madre y así aparecía al exterior»—dice Sor María del Sagrario. Y la pequeña discípula de Sor Beatriz, Sor Corazón, la «que nunca pudo cogerla en falta alguna» nos dice también que «para con la Madre Abadesa siempre la vió muy sumisa, humilde, rendida y confiada».

No es necesario dar más pruebas ni hacer comentarios sobre las aducidas, la claridad de las mismas se impone. Sencilla y escuetamente hay que decir que Sor Beatriz poseía la obediencia en grado perfecto.

En el mismo grado que la obediencia Sor Beatriz poseía una virtud muy franciscana, la pobreza, el desprendimiento afectivo y cordial de las cosas de este mundo.

Según testimonio de Sor M.^a del Rosario sus vestidos y calzado estaban siempre muy limpios pero eran siempre los más pobres y usados. En materia de comidas con todo se conformaba y a veces no le faltaba humor para sacar algún chiste a cuenta de la misma. Un día se dió a la Comunidad dátiles de postre. Ella que nunca los había visto y pareciéndole algo raro aquella fruta, creyó que sería fabricación de las monjas y pensó para sus adentros ¡Estas monjas con cualquier cosa hacen postrel

Su desprendimiento de las cosas de este mundo era absoluta y se extendía tanto a las cosas materiales como a los afectos y preferencias. Las recién profesas siempre aguardaban con cierta ilusión la felicitación de Sor Beatriz, porque sabían que en ese día se desprendía en obsequio de la nueva religiosa de las estampas más bonitas. También es signo de su absoluto desprendimiento el caso que ya referimos: Todas las religiosas tenían un trozo de jardín encomendado a sus especiales cuidados. Sor Beatriz también lo tenía y en él, entre otras flores, había un tilo que ella cuidaba con especial predilección. La M. Maestra, observó que nuestra hermana por los mimos que le dispensaba, estaba un poquito pegada a aquella flor y un día cuando pasaba frente a su jardín se lo advirtió. Entonces Sor Beatriz profundamente sincera y en un gesto de pronta obediencia respondió: «Descuide Madre, que será la última vez que pongo cuidado por algo de la tierra».

Cuando vemos estos detalles en la vida de nuestra hermana comprendemos que tiene razón Sor María del Sagrario cuando termina su relación con estas palabras: «siempre tendré el consuelo de haber convivido con una santa».

Un corazón tan desprendido de las cosas de este mundo como el de Sor Beatriz poseía necesariamente una capacidad inmensa para la santidad, porque la santidad consiste en una entrega total y sin reservas a Dios y solamente puede entregarse todo a Dios el que no está amarrado a este mundo por afectos e inclinaciones humanas.

Lirio

Tuvimos ocasión de admirar ya en otro lugar de estas notas biográficas el amor entrañable que nuestra hermana tuvo siempre a la pureza.

En el corazón de Sor Beatriz niña, brotó pujante la flor inmaculada de la virginidad y de tal manera cautivó la fragancia de esta virtud su espíritu, que por conservarla evita hasta la sombra de todo lo que pueda mancillarla.

La vimos en los últimos años de su estancia en casa de los padres huir de todas las diversiones y evitar escrupulosamente el trato con los jóvenes.

Ya religiosa continua mirando a esta virtud como uno de sus mejores tesoros y evita cuidadosamente cuanto pudiera desdorarla.

Cierto, dentro de los muros de un convento, apartada de todo contacto con el mundo no tenía tantos peligros, ni estos podían ser tan temibles.

Además la vida de piedad intensa que podía llevar en el convento era una salvaguardia potentísima frente a los ataques del demonio.

Pero si la religiosa es casi moralmente imposible que caiga en ciertas faltas graves contra la pureza, puede faltarse a esta virtud y de hecho a veces se falta, no mortificando suficientemente la vista, adoptando posturas menos honestas, permitiéndose ciertas frases si no abiertamente inmorales sí algo inconvenientes y un poquito frívolas...

Por este motivo la conducta de Sor Beatriz en materia de pure-

za sigue siendo extraordinariamente cauta dentro, como fuera del convento. Sor María del Sagrario que tuvo infinitas ocasiones de observarlo nos dice «que fué delicadísima en la modestia; siempre con los ojos bajos parecía un angel» y Sor María del Rosario viene a decir lo mismo.

Para que veamos hasta que punto amaba la pureza citaremos algunos casos. Una vez estaba Sor Beatriz en el torno con otra religiosa y el portero, un hombre ya de edad madura, empezó a tocar con el acordeón una canción completamente honesta pero un poquito frívola.

Nuestra hermana al parecer la sabía y cantó espontáneamente acompañando al acordeón. Cuando se retiró del torno empezó a sospechar que su conducta pudo tener algo de frívola e inconveniente y sintió tal remordimiento que al verla daba la impresión de que había cometido una falta imperdonable.

Otro caso que muestra cómo veía en esta virtud los peligros a distancia: «Pocos días antes de sufrir el martirio y al regresar de casa de los hermanos de Sor María del Sagrario, la Madre Vicaria ya ancianita les decía: «Vosotras sois jóvenes y podeis trabajar pero yo ¿qué harán de mí?» Y Sor Beatriz con una energía desacostumbrada y que brotaba de la visión de un peligro futuro y enorme para su virginidad le respondió: «Pues precisamente lo que siento yo, es ser joven».

Fruto de este amor a la pureza y de este cuidado escrupolosísimo para no ponerla en peligro fué una inocencia e ingenuidad admisible como la de los mayores amantes de la virginidad.

Entre espinas...

Pero la virginidad es una flor muy delicada y sensible. Necesita estar protegida por otras muchas virtudes, de lo contrario difícilmente se conserva intacta. Sobre todo crece pujante en medio de las espinas de la mortificación, del renunciamiento propio.

El principal enemigo de la pureza es nuestra propia carne. Si damos al cuerpo toda clase de regalos no nos extrañe que se rebele y cree serios peligros al alma.

Esta es la razón de por qué Sor Beatriz desde que entra religiosa siente un amor grande hacia la mortificación y la ejercita en todos los aspectos.

Mortificaba la vista, ya vimos antes la modestia que observaba marchando por los claustros. Mortificaba la curiosidad, recordemos cómo reaccionó en aquella ocasión que se dejó dominar por la curiosidad de conocer al P. Espiritual.

Pero sobre todo nuestra hermana mortificaba su cuerpo. Frecuentemente, como afirma Sor María del Sagrario, comía voluntariamente sentada en el suelo, se daba la disciplina en particular además de las reglamentarias de la comunidad y hacía otras mortificaciones que se acostumbran entre las religiosas Concepcionistas, como besar los pies a las demás religiosas en el refectorio y postrarse a la puerta del coro al salir las demás del examen.

Gracias a la fina observación de esta misma religiosa conservamos una anécdota muy simpática y curiosa, sobre los recursos originales a que acudía nuestra hermana para mortificarse.

«Observé—dice—por mucho tiempo, que nunca se sentaba cómodamente para rezar el Oficio Divino, sino que apenas se apoyaba un poco en el banco; aunque bien comprendí lo hacía por mortificación, en cierta ocasión le pregunté por qué no se sentaba como las demás y con su acostumbrada gracia se echó a reír y me dijo «porque soy muy pequeñita y me quedarían los pies en vilo».

Sor Beatriz era una de esas personas que no solamente ejercitaba la virtud; con su ejemplo y con sus consejos oportunos inducía sin violentar a que otras religiosas también amasen la mortificación.

Una de sus compañeras se hería con frecuencia las manos en el lavadero. Un día lo advierte Sor Beatriz y aprovecha la ocasión para animarla a sufrir por Jesús. Le cuenta el ejemplo que trae San Ignacio en sus Ejercicios y que también cita Santa Teresa de una religiosa que la sucedió algo parecido, y al pasar ante un crucifijo se quejó al Señor de esta manera: «Mira Jesús, cómo tengo las manos» y Jesús la contestó «Mira tú, cómo tengo yo las mías».

Oración en música...

En la vida de nuestra hermana ocupa un lugar destacado la música. Como ya dijimos en otro lugar, poseía cualidades nada ordinarias para este arte y además sentía por él gran afición.

Una vez que ingresó en el convento perfeccionó mucho estas cualidades artísticas. Durante el postulanteo recibió clases especiales de canto, aprendió a tocar el armonio y algo también el acordeón. Además ella era la encargada en ausencia de la M. Maestra, que ordinariamente estaba imposibilitada por sus muchos achaques, de ensayar los cantos que habían de ejecutarse en la Iglesia y de dar clase de música a las novicias.

Pero en Sor Beatriz la música estaba realizada por el sentido sobrenatural que supo imprimirla. No era pues una vulgar solista o maestra de armonio, más o menos diestra en la materia; ejecutaba los cantos y las piezas musicales por obediencia y para manifestar los sentimientos más delicados de su alma, eran conducto de sus anhelos de entrega completa a Dios... eran una oración desgranada en notas musicales.

Prueba inequívoca de estas afirmaciones son los siguientes datos:

En primer lugar la ecuanimidad frente a los resultados de sus actuaciones.

Preparaba lo mejor que podía todas las intervenciones como solista, pero luego si a pesar de sus esfuerzos éstas no salían como ella deseaba no perdía por eso la tranquilidad de espíritu. Así nos lo asegura Sor María del Rosario «Tenía una voz de tiple y cantaba muy bien, parecía un angelito. En los ensayos le salía divinamente pero al llegar al coro y ejecutarlo, algunas veces no llegaba a dar la nota precisa y hacía un «gallito» y hace observar la misma religiosa: «Nunca la ví resistencia al hacerlo, ni inmutarse por tal cosa, siempre lo llevó muy bien».

Esta serenidad desconcertante frente a los pequeños fracasos radica en lo que antes dijimos que nuestra hermana estaba muy lejos de cantar por exhibicionismo o por el simple placer que en ello sintiera. Desde el principio de su vida religiosa dió a estas activida-

des musicales el sentido sobrenatural de que antes hablábamos. Por eso sus reacciones frente a los éxitos o los fracasos eran algo muy distintos de las que se observan ordinariamente en los profesionales de este arte.

Cuando cantaba tiernos motetes a Jesús Sacramentado, cuando ejecuta una delicada estrofa a la Virgen, etc., vivía lo que cantaba, lo sentía con toda su alma profundamente religiosa.

Es pues muy acertada la frase de Sor Rosario de que «cuando cantaba parecía un angel». Sor Beatriz era un angel con su voz dulce y atiplada, pero sobre todo era un angel en la ternura y sentimiento que imprimía a la ejecución de sus cantos.

Y precisamente porque ponía en estas actividades artísticas la resonancia y ternura de su alma grande y vió en ellas, sublimes conductos para expresar los sentimientos más cariñosamente abrigados en el corazón, tenía especial preferencia por ciertas canciones religiosas. Eran éstas las que expresaban finamente los sentimientos y aspiraciones predominantes en su corazón.

Sabiendo por tanto los cantos que más le gustaban podemos de algún modo entrar en el santuario inmaculado de su alma y conocer los sentimientos que allí gozaban también de preferencia.

Sobre todo, hacia el fin de su vida, de aquella vida tan breve—veintiocho años—y tan copiosa en frutos sobrenaturales, Sor Beatriz no podía ya encerrar dentro de sí el amor inmenso a Jesús y se desahogaba por medio de tiernas canciones.

Hay un himno que según testimonio de las religiosas le agradaba de una manera especial. El himno de la entrega absoluta y de la absoluta indiferencia en las manos de su Jesús.

*«Divino pecho
cuanto me amas
que así me inflamas
siendo el que soy.
Perdón y gracia, dador divino
POR EL CAMINO QUE QUIERAS VOY».*

Y cuando barrunta en su espíritu la proximidad del sacrificio, con su voluntad siempre en las manos de su Divino Esposo y el corazón ardiendo en deseos de darle muestras extraordinarias de

amor, hace por medio de una sentida canción la ofrenda más sublime de su existencia.

«Cuando me daba lecciones de música—habla Sor Corazón—en los últimos días, me invitaba muchas veces a cantar con ella esta esta estrofa ¡Oh Jesús,—yo sin medida te quisiera siempre amar!—Qué feliz yo,—si la vida por tu amor pudiera dar.

Estas reflexiones evidencian dos cosas: el admirable acoplamiento que nuestra hermana sabía hacer de sus sentimientos a las melodías musicales y al mismo tiempo las ansias divinas e inefables que consumían su corazón por aniquilarse a sí misma en un acto de amor grande por Jesús.

Ecce quam bonum...

Sor María del Sagrario hablando del trato ameno y caritativo de Sor Beatriz dice: «En las horas de expansión se mostraba jovial y cariñosa con todos. Se veía en ella algo especial en todo momento» y Sor María del Rosario también afirma que «Sobrasalía en ella la caridad», y que «siempre fué muy delicada en este punto».

En el pueblo—ya lo vimos antes—recuerdan con cierta nostalgia y agrado las ocasiones en que trataron a nuestra hermana. Lo que más les impresionaba y de ello conservan recuerdo imborrable, fué aquella inimitable sonrisa llena de bondad y cariño con que envolvía todos sus gestos y palabras.

Entre las religiosas pasa lo mismo. Todas conservan una impresión agradable de los recreos pasados en compañía de Sor Beatriz. Todas hacen resaltar la delicadeza, la amenidad y su sonrisa peculiar que acompañaba a todas sus palabras como dulce sordina.

Su trato—no se cansan de decirlo—era «muy agradable y lleno de caridad», «era afable, alegre y condescendiente» «era delicadísima con todas» «vivía siempre silenciosa y recogida pero a cualquier palabra o indicación que se la hiciese respondía siempre con una dulce sonrisa». Esta sonrisa dulce, inteligente y comprensiva la llevaba siempre florecida en los labios.

Recuerdo a este propósito una anécdota que oí a Sor María del Sagrario. En la salida del convento que hicieron las religiosas en

febrero del treinta y seis, la hermana de esta religiosa—en cuya casa se hospedaban—quiso hacerles una fotografía. A Sor Beatriz hubo que decirle en el momento de sacar la foto: «Señorita, póngase usted más seria».

Para amenizar las recreaciones no perdonaba medio alguno con tal de que no fuera mortificante para alguna de sus hermanas.

Nunca hizo reír en los recreos a cuenta de las demás, sacando a relucir sus defectos. Tal manera de proceder es simplemente una falta de caridad más o menos camuflada y nuestra hermana no cometía una falta de caridad por nada del mundo.

Ya vimos antes cómo las religiosas hacen resaltar en sus testimonios que el trato de Sor Beatriz con las demás «era lleno de caridad, que era delicadísimo con todas y que fué por esto muy querida de toda la comunidad».

Y es que Sor Beatriz tenía otros recursos más inofensivos. Contaba sus propias peripecias porque sabía que esto no mortificaba a nadie.

En un recreo cuenta cómo al despedir a su padre e ingresar en clausura entra llorando, que una religiosa le dió una fruta y quedó tan contenta. En otra ocasión divierte a las religiosas comentando las veces que al principio hizo «pucheritos», cuando alguna de las religiosas le dirigía en recreo alguna palabra un poquito más fuerte.

Solía también comentar lo que le ocurrió con D. Mauuel Zapico. Vino a visitarla y quiso ella hacer exhibición de sus progresos en música. A pesar de hacerlo en una habitación contigua al locutorio no la salieron más que «gallitos».....

A veces Sor Beatriz ponía en juego su ingenio para hacer reír santamente a las demás.

Cuando la emprendían las demás religiosas con su estatura un poquito pequeña, ella se defendía del siguiente modo: «Cogía dos pajas una larga y otra un poco más corta y decía: «Miren a la paja larga, se la sopla y se dobla, a la corta se la sopla y resiste firme; pues así ocurre con las personas».

Una de las veces en que se dispensó el silencio en el comedor, cierta religiosa recitó una poesía original muy bien hecha y al terminar Sor Beatriz se levantó e improvisó estos versos:

*Queridas madres y hermanas,
ante esta nueva poeta,
ya se puede retirar,
la nieta del tío «Planeta».*

Para captar la gracia de estos versos es necesario saber que «Planeta» llamaban en Nava de los Caballeros a uno de los abuelos de Sor Beatriz, por sus conocimientos astronómicos adquiridos por experiencia y su fina observación para predecir con varios días de anticipación las tormentas y los días buenos.

Si ahora preguntáramos por qué Sor Beatriz tenía ese interés en amenizar los recreos, la respuesta es sencilla: porque sentía un amor muy grande por todas sus hermanas, aquellas buenísimas religiosas con quienes tenía la dicha de convivir formando un solo corazón y una sola alma y sabía que en tiempo de recreo, no podía servir las mejor que contribuyendo en lo posible a su esparcimiento y santa distracción.

El recreo es uno de los medios excelentes para recuperar las fuerzas físicas y morales perdidas y no sucumbir lentamente bajo el exceso de actividad o de nocivas preocupaciones. Santamente entretenido relaja la tensión nerviosa y muscular, el cuerpo y el espíritu se recuperan para cumplir bien sus tareas ordinarias.

Este cariño y amor sinceros que Sor Beatriz sentía por sus compañeras de convento daba lugar a veces a escenas de una belleza moral encantadora.

Oigamos a Sor María del Rosario, una de las íntimas de nuestra hermana: «Mucho nos queríamos, siempre andábamos juntas por ser las dos cantoras y las más jóvenes de la Comunidad. Más de una vez nos ocurrió al tiempo de ir a confesar pedirnos oraciones una a otra por algún apurillo que teníamos y nuestra oración era oída, pues tan contentas salíamos del Sacramento que nos dábamos un fuerte abrazo. Esto nos ocurrió varias veces, pues nos queríamos «mucho».

Palabras que nos introducen en uno de los secretos más bellos que tiene la vida de comunidad. El cariño, la comprensión y el apoyo mutuo que se prestan dos almas que sienten las mismas ansias de perfección y acaso también las mismas dificultades.

En las comunidades son abiertamente nocivas las amistades

particulares; esa unión que surge entre dos miembros de las mismas, que se mantiene a costa del cariño y del afecto que debieran prestar a los demás y se manifiesta en escandalosas preferencias.

Pero ninguna ley humana o divina se opone a esas otras amistades puras, libres de todo elemento peligroso y al mismo tiempo sinceras y profundas. Esas amistades que no restan el cariño que debemos tener a las demás religiosas y cuya finalidad es poder contar en las horas de angustia, de lucha o de gozo desbordante, con un corazón hermano, donde obtengan de una manera especial resonancia nuestros problemas más íntimos y personales.

Para la convivencia ordinaria todas las hermanas valen..., para esas horas cruciales de la vida el corazón naturalmente le repugna expansionarse con cualquiera y busca instintivamente un alma de toda confianza que sepa valorar, resolver o al menos sentir sus mismos estados psicológicos como propios.

Estas amistades en vez de ser rémora para la buena marcha de la Comunidad son ayudas poderosas, de manera especial en comunidades de mujeres que sienten más la necesidad de protección. Dan la incalificable seguridad de marchar por la vida con alegría y decisión, porque nos respalda la confianza de que si surge una dificultad o una pequeña desgracia tendremos siempre un alma amiga, siempre pronta a darnos luz, consuelo y fortaleza con delicadísimo desinterés y amor.

Pero no creamos que la caridad de nuestra hermana era esa conducta de un alma bonachona que es inofensiva porque no puede hacer otra cosa, y a todo se aviene porque no tiene valor para decir las cosas como las siente.

Sor Beatriz era muy sencilla y cariñosa con todas, hemos tenido ocasión de comprobarlo, pero también la gustaban las cosas muy claras y no tenía inconveniente en denunciar las actitudes turbias cuando la misma caridad lo exigía.

A Sor María del Sagrario solía decirle que «los santos no tenían pelos en la lengua» y por testimonio de la misma religiosa conocemos que sabía imitarles en este punto. Con mucha claridad y delicadeza sabía decir las verdades cuándo y a quien era necesario. En esto tenía un digno modelo en la Santa Doctora de Avila a quien Sor Beatriz profesaba especial devoción.

Tampoco podemos encuadrar su caridad en esa clase de perso-

nas que son delicadas y atentas solamente cuando pueden hacerlo sin sacrificio alguno. Sabía mortificarse y renunciar a sus cosas cuando así lo exigían el bien de los demás.

En la profesión de las religiosas se desprendía de las estampas más bonitas para dar una satisfacción a la recién profesa. En cierta ocasión la Superiora compró una máquina de blanquear las paredes. Se discutía en la recreación quien cargaría con ella. Para tomarla una broma todas las religiosas dijeron que Sor Beatriz y ésta ni corta ni perezosa, para dar un rato de solaz a las demás la puso a las espaldas y cumplió la voluntad unánime de la Comunidad.

La caridad de Sor Beatriz era de una manera especial delicada y cariñosísima con las enfermas. Cumplía con ellas como una verdadera hermana, las visitaba siempre que la regla se lo permitía, sobre todo los domingos y días de fiesta, las animaba y se esforzaba en evitarlas pensar continuamente en sus sufrimientos, distrayendo su atención con amenísimas y edificantes charlas de cosas espirituales.

Conducta parecida usaba con las religiosas que veía pasaban por crisis morales relacionadas con la vocación o con otros problemas delicados del alma.

Una religiosa, por circunstancias especiales, se la ordenó pasarse para hermana lega; ella se resistía a obedecer y pasó unos días de hondo pesar interno. No comía, andaba triste y solitaria. Nuestra hermana pedía de una manera especial por ella y aprovechaba los momentos de fregar los platos en que se las permite hablar para animarla con estos consejos: «Sea generosa con Dios Sor X... Si es más bonito el velo blanco que el negro... Esto que la pasa es porque aún está muy pegada al mundo». Y esta religiosa, gracias en parte a los buenos consejos de Sor Beatriz, logró superar la crisis y hoy vive contenta y feliz con su velo blanco.

Sin ñoñerías

Entramos ahora en un aspecto de la vida de Sor Beatriz que contribuye poderosamente a completar el perfil extraordinario de su persona.

Muchos, aún entre personas consagradas a Dios, piensan que la

vida religiosa pide una renuncia total y absoluta del mundo y que por tanto el religioso no debe preocuparse ni de sus propios familiares.

En esto, como en todas las cosas, hay que huir de los extremos.

El religioso no debe estar pendiente de los asuntos y prosperidad materiales de los padres.

Al ingresar en el convento quiso romper todo lazo que dificultase la libertad de acción en el servicio de Dios y le pudiera distraer en sus esfuerzos por adquirir la santidad. Y la preocupación por las cosas materiales constituiría una gran rémora para estas exigencias del espíritu.

Pero una cosa es afirmar que la religiosa no debe inquietarse por los intereses materiales de sus padres y otra muy distinta decir que no debe aquélla preocuparse para nada de la familia.

Aunque haya abandonado el mundo y por tanto sus familiares, la religiosa continua siendo tan hija y hermana de los mismos como antes. Esto quiere decir que en las cosas que no entorpezcan su vida religiosa y su entrega total a Dios, está obligada a mirar por ellos y ayudarles, sobre todo espiritualmente, todo lo que pueda y con preferencia a cualquier otra persona.

La religiosa rompe voluntariamente los lazos materiales que la unían a la familia, pero no los espirituales, en este segundo aspecto sigue unida a su familia como antes y por tanto debe pedir por ellos, por su bienestar espiritual y aun material, si les conviene y ayudarles a que sean buenos con sabios y prudentes consejos.

Con estas salvedades admitimos sin reserva la frase atribuida a Santa Teresita de que «no entendía la santidad del que no amaba a sus padres».

Sor Beatriz poseyó desde el principio ideas claras sobre la santidad, por eso no consideró nunca contra el espíritu religioso mirar por los intereses espirituales de sus padres y hermanos. Las cartas desde que ingresó en el convento muestran una solicitud delicadísima por sus familiares.

Es verdaderamente lamentable que no hayamos podido reunir todas las que escribió en los doce años que estuvo en el convento. Nos darían una visión magnífica de los sentimientos tiernos que guardaba hacia sus padres y hermanos y de los sabios consejos con que procuraba su bien espiritual.

Solamente conservamos en total seis. La primera fechada el 27 de Febrero del 35 no son más que cuatro letras preguntando por el destino de su hermano Julián que acababa de ser incorporado al ejército. Como coincidía con el santo tiempo de cuaresma, aprovecha la ocasión para exhortar a los padres a que procuren sacar todo el provecho posible de ese tiempo de penitencia.

La segunda dirigida a los padres está fechada el seis de julio del treinta y seis, doce días antes de abandonar definitivamente el convento. Por eso puede considerarse como su testamento.

En ella no se sabe qué admirar más, si el interés que manifiesta por todos los de la familia o el sentido profundamente sobrenatural con que enfoca los tristes acontecimientos que entonces se desarrollaban en España.

Exhorta a los padres a conformarse con la voluntad de Dios por el verano escaso que se les presentaba y a que den gracias por vivir en un pueblo pacífico y sin peligros.

A Julián y Víctor, sus hermanos, les anima para que no dejen morir la naciente «Acción Católica» del pueblo. Y por último, tranquiliza a todos que con razón temían por su vida con unas palabras no exentas de cierto humor «Por aquí llevamos dos meses algo más tranquilas; ahora les dá por asaltar tiendas de comestibles y como en los conventos hay pocos jamones, que es lo que buscan, nos dejan en paz hasta que Dios quiera». No fué por mucho tiempo.

Además de estas dos cartas dirigidas a los padres conservamos algunas otras dirigidas a los hermanos que se encontraban fuera de casa. Dos de ellas a su hermana Florentina (q. e. p. d.), otra a su hermano Julián y la última dirigida a su abuela.

A su hermana Florentina, entonces de dieciocho años y en las Carmelitas de León, la da sabios consejos para que lleve una vida de piedad intensa y así vivirá al abrigo de todos los peligros que acechan a una jovencita en la ciudad: «Me alegro sigas tan contenta y tengas sentimientos agradecidos para con Dios por los beneficios que te ha hecho y hace cada día, pues le gustan mucho a Dios los corazones agradecidos; sé tu uno de ellos y te llenará de sus gracias». Tiene luego palabras de felicitación porque comulga diariamente.

Sor María Beatriz había expresado a las religiosas de su convento el deseo de que alguna de sus hermanas fueran también religiosas y esto es lo que indica con palabras veladas a Florentina al

fin de esta carta. «Yo todos los días hago una súplica a Jesús por tí para que te de a conocer su santísima voluntad en lo que de tí quiera».

La segunda carta de las dirigidas a Florentina es de lo más bello en el género epistolar. En ella le confía los temores y trágicos presentimientos que laceraban su corazón. Escribe momentos después de regresar al convento, que abandonaron por varios días obligadas por las huelgas.

Está fechada el 18 de Abril del 36. «Ya puedes comprender las pascuas que estamos pasando, pues aunque gracias a Dios aquí no han ocurrido los atropellos que cuentan de otras provincias PERO LLEVAMOS DOS MESES DE TEMORES Y SOBRESALTOS QUE SOLO DIOS SABE, CADA DIA PARECE QUE ESTÁ PEOR, NO SÉ QUE VA A PASAR...» Da cuenta luego de algunas quemas de iglesias, de las muertes que aquellos días ocurrían en Madrid y añade «Si Dios no lo remedia mal lo vamos a pasar, procuremos todos desagaviar al Señor por tantos pecados como se cometen y tengamos confianza de que El lo arreglará todo cuando sea su Santísima Voluntad y nos hayamos enmendado de nuestros pecados».

Termina la carta con unas palabras de profundo sentido sobrenatural con las cuales intenta calmar los temores fundados de Florentina «Sin más, querida hermana, queda tranquila que hasta ahora nos guarda la Providencia Divina; pide mucho al Señor para que termine pronto la lucha sangrienta que llena de luto a tantas familias y que pronto reine en España la paz que el Divino Redentor nos alcanzó con su muerte».

A Julián le escribe el 14 de Enero del treinta y seis. Le da cuenta del revuelo que entonces había en Madrid con motivo de iniciarse la propaganda de las elecciones.

Su hermano Víctor le había escrito y decía que Julián estaba de asistente con un alférez y Sor Beatriz, que sabía perfectamente lo que ocurría en los cuarteles por efecto de los malos consejos y compañías, habla a su hermano en estos términos: «Creo será buen católico el alférez a quien sirves; si así no fuere, ten mucho cuidado con los consejos que te da y ante todo cuida estar bien con Dios, teniendo limpia la conciencia, que aunque siempre la debemos tener, en ocasiones de peligro con mayor motivo».

La mano de Dios

Es característico de los grandes santos poseer una visión completamente sobrenatural y providencialista de las cosas y de los acontecimientos. En lo que la generalidad de los hombres no ve más que simples coincidencias, el ojo sutil de los santos acostumbrados a las realidades sobrenaturales percibe clara y distintamente la huella de Dios, la mano paternal y sabia del Señor que dirige los acontecimientos de la vida humana.

Sor Beatriz tenía talla de santa, ya hemos tenido ocasión de comprobarlo. Su amiga y confidente María del Sagrario, que llegó a conocerla bien, ha escrito estas palabras: «Aún sin contar con la palma del martirio que logró más tarde, yo estaba persuadida que llegaría a una gran santidad». Y, como nos dice después, agradece haber sido íntima de nuestra hermana, porque así «tiene el consuelo de haber convivido con una santa».

Como los santos, Sor Beatriz veía todos los acontecimientos prósperos o adversos a través de un prisma sobrenatural. Que los «solos» en el coro salen mal no obstante su esmerada preparación, es Jesús que lo permite para que no se deje llevar de la vanidad; que su hermano Julián no puede pasar por Madrid y verse al regreso del servicio militar, es que Dios no quiere concederle ese consuelo, etc.

Pero donde más resalta este espíritu providencialista de nuestra hermana es en los acontecimientos del treinta y seis.

Para muchos, las malas cosechas que acompañaron a los desastres religiosos y políticos del 31 al 36, no eran más que meras coincidencias.

He aquí como lo enjuicia Sor Beatriz escribiendo a sus padres: «De todas partes nos dicen está muy malo el campo, pero no debemos extrañarnos, pues si no fuera tan grande la misericordia de Dios, no sé que sería de nosotros, con tantos pecados como se han cometido y se cometen en España», y más abajo agrega: «Motivos tiene el Señor para negarnos hasta el agua que bebemos y el aire que respiramos, pero es tan buen padre, que no lo hace así, sino que nos concede la vida y lo necesario para conservarla».

No creo que pueda darse una interpretación más certera y exacta de cuanto acontecía por entonces en nuestra Patria. Es la visión de un alma santa profunda e íntimamente unida a Dios, que contempla con el corazón partido de dolor el cúmulo inmenso de ofensas e ingratitudes que diariamente se infligían a Dios en todas las partes de España.

Y como aquellas ofensas era la correspondencia de los españoles a la lluvia de gracias que Dios hacía descender sobre ellos, juzga muy lógico y así es en realidad, que dada la ingratitud a tantas gracias divinas, Dios podía privarles, sin dejar de ser justo, hasta del agua que bebían.

Pero Sor Beatriz no se queda en una observación infructuosa de los hechos, propone su remedio y un remedio también certero, propio de un alma que no ha sentido jamás en el corazón los estímulos bajos y vergonzosos del odio.

«Seamos muy agradecidos—dice en la misma carta a sus padres—a tanta bondad cumpliendo fielmente con nuestras obligaciones y cuando los sofoque el calor ofrézcansele al Señor en desagravio de los pecados cometidos por tantos infelices, que por huir del trabajo llevan una vida colmada de iniquidades para terminar en una muerte eterna. Pobres hermanos nuestros. El Señor les abra los ojos antes de que les cierren para siempre».

Ideas parecidas expresa escribiendo a su abuela Isabel: «El mundo está perdido por el odio, por eso el mayor consuelo que podemos dar al Sagrado Corazón de Jesús es amarnos cada vez más unos a otros».

Este es, pues, el programa que propone Sor Beatriz para renovar aquella España perdida por los pecados; contra una serie inmensa de ingratitudes y de ofensas a Dios, una serie también inmensa de desagravios; contra la ingratitud salvaje a las gracias, una correspondencia delicadísima a los beneficios divinos; contra un odio implacable que como dice la misma Sor Beatriz «está sembrando de luto las familias y la sociedad», un amor entrañable a todos los hombres como hermanos en un padre común que está en los cielos siempre atento a las necesidades de sus hijos.

Ve también nuestra hermana una providencia especial de Dios en el hecho de que hasta entonces no las haya ocurrido nada, ya citamos antes las palabras con que calma a su hermana Florentina

«queda tranquila que hasta ahora nos guarda la Providencia divina». Considera también una delicadeza de Dios para con sus padres «el que éstos vivan en un pueblo tranquilo» y ve finalmente la mano de Dios en todos los acontecimientos trágicos que zarandearon su vida y la de otras muchas religiosas desde que estalló la revolución roja. Pero esto lo demostraremos más detenidamente en otro lugar.

Amad a vuestros enemigos...

Es propio también de los santos una caridad y un amor evangélicos, universales. Su corazón adaptado a las proporciones del amor divino, tiene mucha capacidad para que se llene con el solo grupo de hermanos o amistades. En él caben, guardando la debida proporción, como en el de Dios, todos los hombres.

A este amor universal juntan los santos el estar inmunizados contra la pasión del odio. En todos los hombres sean amigos o enemigos no ven más que hermanos en Jesucristo a quienes están obligados a amar y socorrer en lo que buenamente puedan.

Sor Beatriz amó entrañablemente a las compañeras y hermanas que integraban la Comunidad de Concepcionistas, se desvive por amenizar sus recreos, las despierta en las grandes fiestas con el acordeón—llegó a tocarlo bastante bien—, anima a la monjita desalentada, ofrece sus mejores estampas a las recién profesas, etc. Pero su caridad universal, divina no puede reducirse al grupito de sus buenisimas hermanas. Le arde el corazón de amor de Dios, siente ansias infinitas de apostolado y en este impulso apostólico entran todos los hombres.

El aspecto más simpático de esta caridad universal de nuestra hermana, es indiscutiblemente, la conmiseración que le inspiraban sus enemigos. Aquellos hombres de mono y alpargata, que rodeaban el cuello con un trapo rojo y aprovechaban todas las ocasiones oportunas e importunas para demostrar su odio furibundo contra las religiosas.

Sor Beatriz estaba muy por encima de todas las miserias humanas. En su corazón no podía germinar el odio. A las amenazas salvajes de sus enemigos oponía su amor entrañable de hermana.

Cuando estalló la República la Superiora de las Concepcionistas tuvo una feliz y santa ocurrencia. Hizo una especie de sorteo entre las religiosas, de todos los que entonces se distinguían por su irreligión y que estaban al frente de los destinos de España. A cada religiosa le fué asignado uno de aquellos jerifaltes para que rogase por su alma.

No sé quien sería el de nuestra hermana, pero yo me la imagino rogando por él... con los brazos en cruz en la penumbra del coro cuando ya se han retirado las demás o arrodillada ante la cabecera de su pobre tarima antes de tomarse un merecido descanso, con el amor y fervor de un santo.

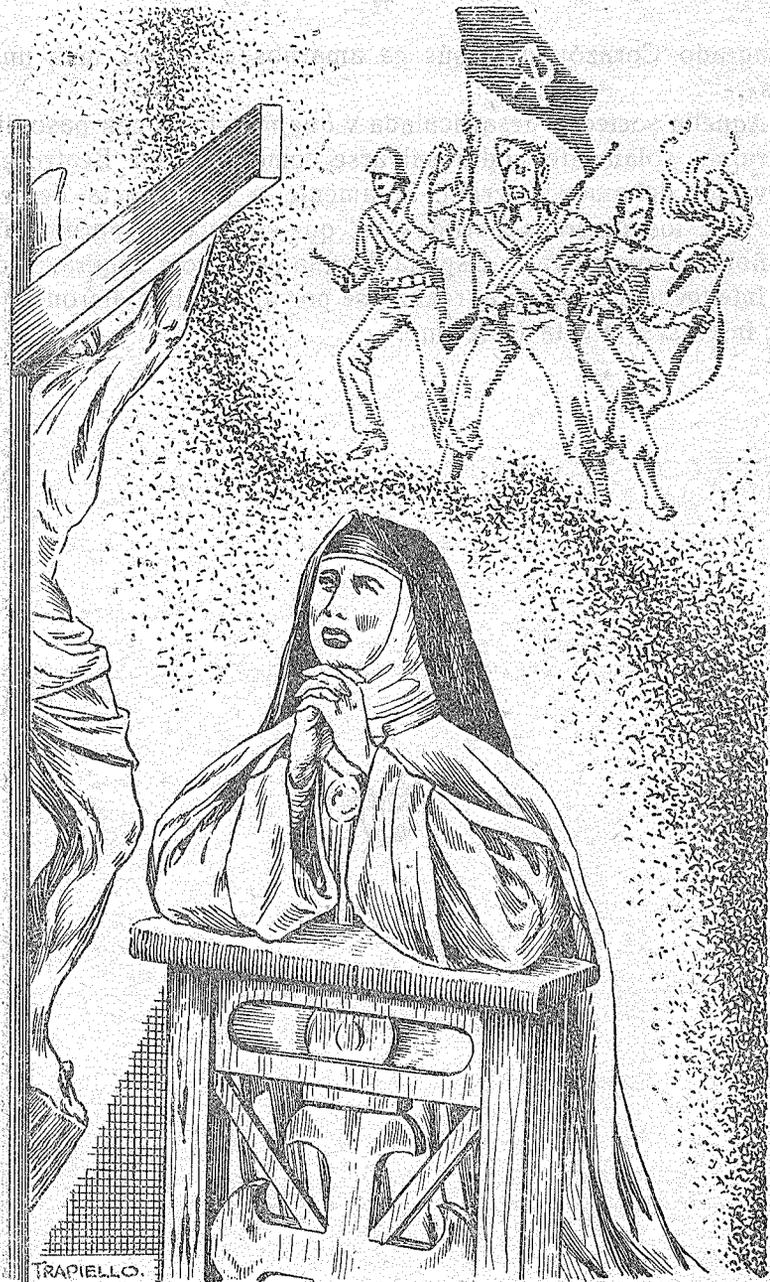
Y cuántos sacrificios y cuántas oraciones durante el día no elevaría a Dios por la conversión de aquel cabecilla y con qué insistencia pediría a Dios que le abriese los ojos a los esplendores de la gracia «antes de que los cerrase para siempre». El día de las cuentas quedaremos atónitos, cuando comprobemos la eficacia que las oraciones de las monjitas de clausura tuvieron en la salvación de España y en esas conversiones de algunos de los dirigentes rojos españoles que han llamado la atención.

Sor Beatriz veía en todos los hombres que constituían la chusma revolucionaria de entonces, solo hermanos suyos desgraciados, dignos por tanto, de mayor ternura y compasión.

Así lo manifiesta a los padres. Les manda que sufran los rigores del calor de Julio «en desagravio de los pecados de tantos infelices que por huir del trabajo llevan una vida colmada de iniquidades para terminar en una muerte eterna. ¡Pobres ¡hermanos nuestros!» Este mismo amor fraternal y compasivo expresó en una bellísima poesía que recitó con motivo del santo de la Superiora. No la conservamos pero según Sor María del Rosario «no respiraba más que amor a los enemigos» que ya entonces trataban de perderlas.

En otra ocasión se contaba en recreo el asesinato de varios sacerdotes y llevada de este amor fraternal y fijándose más en la responsabilidad que contraían ante Dios los milicianos, exclamó espontáneamente «Pobrecitos, si sabrán lo que hacen».

Con este amor entrañable a sus mismos enemigos ponía en práctica por lo que a ella se refería el programa de rehabilitación social que había insinuado escribiendo a su abuela Isabel: «El mundo está perdido por el odio, así el mayor consuelo que podemos dar



Algún día sabremos la parte que tuvieron las monjitas de clausura,
en la salvación espiritual de España.

al Sagrado Corazón de Jesús es amarnos cada vez más unos a otros».

Aquella sociedad desarticulada y que marchaba con paso ligero a la ruina, solamente podía salvarse como dice Sor Beatriz por la renovación del amor fraternal. Solamente la inteligencia de hermanos entre los diversos partidos en que entonces se agrupaban los españoles, podía salvar a España de una catástrofe segura. Y como esta inteligencia no llegó a realizarse por que lo impidieron el odio y los intereses, la catástrofe vino.





Reparación y sacrificio

(14 de Abril de 1931 - 8 Noviembre de 1936)

1950

1951

1952

1953

1954

1955

1956

1957

1958

1959

1960

1961

1962

1963

1964

1965

1966

1967

1968

1969

1970

1971

1972

1973

1974

1975

1976

1977

1978

1979

1980

1981

1982

1983

1984

1985

1986

1987

1988

1989

1990

1991

1992

1993

1994

1995

1996

1997

1998

1999

2000

2001

2002

2003

2004

2005

2006

2007

2008

2009

2010

2011

2012

2013

2014

2015

2016

2017

2018

2019

2020

2021

2022

2023

2024

2025

2026

2027

2028

2029

2030

2031

2032

2033

2034

2035

2036

2037

2038

2039

2040

2041

2042

2043

2044

2045

2046

2047

2048

2049

2050

2051

2052

2053

2054

2055

2056

2057

2058

2059

2060

2061

2062

2063

2064

2065

2066

2067

2068

2069

2070

2071

2072

2073

2074

2075

2076

2077

2078

2079

2080

2081

2082

2083

2084

2085

2086

2087

2088

2089

2090

2091

2092

2093

2094

2095

2096

2097

2098

2099

2100

Tensión espiritual

La muerte violenta de Sor Beatriz en un frío día ocho de Noviembre, fué el final de un prolongado sufrimiento espiritual cuyas proporciones solo Dios sabe. Así preparó el Señor aquellas buenísimas religiosas para el sacrificio.

Desde la proclamación de la república, hasta el momento del martirio, las Concepcionistas Franciscanas no tuvieron período relativamente largo de calma en su vida claustral. Como todos los buenos españoles, veían ellas que el ambiente nacional, se cargaba cada vez más de temerosos presagios, y que la política española sufría un desviamiento peligroso hacia el sectarismo antirreligioso. Desde aquella fecha, se esfumó la perspectiva de una existencia tranquila. Vivieron salvando un equilibrio difícil en medio de los altos y bajos en el furor iconoclasta de las turbas.

No hay que olvidar esta circunstancia, si queremos valorar, con exactitud, la madurez espiritual a que habían llegado aquellas monjitas, el día que ofrendaron sus preciosas vidas por Dios y por España.

Cuando tenemos fe y sentimos que la muerte amenaza nuestra existencia, tenemos más ganas de rezar, sentimos también necesidad de aprovechar mejor el tiempo, ya que no podemos hacernos la ilusión de largos años de vida. Vivimos con la preocupación de que ese momento último e incierto de nuestra vida, nos encuentre suficientemente preparados para franquear tranquilos las puertas de la eternidad.

Si aplicamos estas reflexiones a nuestro caso, vislumbraremos algo de la preparación estupenda de aquellas religiosas, el cúmulo de méritos y buenas obras que habrían atesorado en sus almas buenísimas, en el espacio de cinco años que duró, unas veces abierta y otras solapada, la persecución contra sus personas.

Nada por tanto más erróneo que concebir el martirio en la vida de nuestra hermana como un acto esporádico, sin relación ninguna con su vida anterior. El martirio es el sacrificio de su cuerpo como punto final y coronamiento del martirio del alma a que Dios la sometió por espacio de cinco años largos.

Escogida por el Señor conjuntamente con sus hermanas y otras muchas almas para ser víctima de expiación por los pecados de España, le hizo experimentar hasta las heces la amargura del sufrimiento moral y físico. Pero aún no era suficiente y entonces la Providencia exigió el sacrificio total, el holocausto de sus mismas vidas.

Y esto que acabamos de decir no son consideraciones piadosas con más o menos probabilidad. Existen numerosísimos datos que dan pié para pensar así. La vida tranquila de retiro y oración se rompe bruscamente para las Concepcionistas de la calle Sagastí con los gritos de «¡mueran las monjas!» que las mismas religiosas oyen el día de la proclamación de la república.

Aquellos gritos, unidos a las canciones y al desenfreno que reinó el 14 de Abril en las turbas hacían suponer como muy probable cualquier desmán. Los que subían entonces al poder no se distinguían precisamente por su afecto a la religión, y los que tomaban parte en las manifestaciones del triunfo republicano eran los habitantes de los suburbios de Madrid. En aquellos días se empieza también a difundir entre las turbas ideas de tendencia marcadamente anticlerical y alarmantes.

Los sucesos posteriores vinieron pronto a demostrar que los tristes presentimientos del primer día no eran equivocados. Quince días después de proclamada la república empiezan los incendios en gran escala, y tienen que abandonar por primera vez su convento las monjitas de Sagastí como precaución ante posibles y desagradables sorpresas. Desde entonces hasta julio del treinta y seis, las Concepcionistas Franciscanas de San José, como todos los conventos de Madrid, tienen que prestarse a un doloroso juego al escondite para no ser víctimas en el momento menos pensado de la euforia revolucionaria.

Personalmente, Sor Beatriz comprendió, con su clarividencia magnífica de las cosas, que aquello terminaría mal si Dios no lo remediaba.

Nos faltan las cartas de esta época y por eso no podemos dar una idea completa de lo que pensaba ante el sesgo desagradable que iban tomando las cosas. No obstante, los pocos datos que hemos podido recoger demuestran que no se hacía ilusiones respecto a su tranquilidad en el futuro.

Las conversaciones en los recreos de la Comunidad recaían mu-

chas veces sobre la posibilidad del martirio y por testimonio de Sor María del Rosario y Sor María del Sagrario sabemos que nuestra hermana y la M. Maestra—que luego fué también mártir—, eran las que más atractivo sentían por él.

Además por algunas visitas que tenían las religiosas de la misma ciudad, iban siguiendo el desarrollo siniestro de aquella república, saludada en su nacimiento con muy buenos augurios y que de hecho solo trajo destrozos de valores incalculables, profanaciones horribles, lutos y sangre.

Desde enero del treinta y seis tenemos ya cartas de Sor Beatriz.

En ellas expresa claramente su opinión sobre los acontecimientos que entonces se desarrollaban en España. Nos dan también a conocer que no ignoraba el papel que como religiosa le tocaba desempeñar en aquellos momentos cruciales.

Escribiendo el 14 de Enero a su hermano Julián le da cuenta de los sucesos que aquellos días ocurrían en Madrid: «Por aquí no dejan de oirse rumores poco agradables y con la cuestión de las elecciones está toda la gente más acalorada que no sé lo que va a pasar, pero sea lo que Dios quiera, procuraremos estar bien con Dios para lo que pueda suceder». Y en la misma carta un poquito más adelante dice «por aquí aunque mucho amenazan, estamos sin novedad». Palabras que confirman lo que decíamos antes; que para entonces Sor Beatriz no se hacía ilusiones respecto a su seguridad personal.

En Abril del mismo año, escribía a su hermana Florentina en estos términos: «Ya puedes comprender las Pascuas que estamos pasando, pues aunque, gracias a Dios, aquí no han ocurrido los atropellos que cuentan de otras provincias, pero llevamos dos meses de temores que solamente Dios sabe. Cada día están peor las cosas, no se en qué va a parar..... así que, si Dios no lo remedia, mal lo vamos a pasar».

Finalmente en Julio, quince días antes de abandonar definitivamente el convento, escribe a su abuela Isabel. Se lamenta de que la fiesta del Corazón de Jesús que celebraba siempre Madrid con gran pompa externa, aquel año había pasado sin manifestación alguna y termina con estas palabras: «Este año solo tiene Madrid recuerdos tristes por el pasado y temores para el porvenir».

Estos valiosos testimonios prueban suficientemente lo que decíamos al principio de este capítulo; que el martirio moral y físico de

Sor Beatriz y sus compañeras no puede reducirse a los meses que siguieron a la explosión de la revolución marxista. Fué una preparación lenta, dolorosa. En ella sus almas gustaron todas las amarguras imaginables y con estos sufrimientos maduraron sus vidas para el sacrificio.

Con qué profundo agrado contemplaría Jesús el rápido progreso de aquellas buenísimas religiosas en las vías de la perfección, aquella verdadera ansia que existía en el corazón de todas por hacer de los momentos dolorosos y amargos fuentes fecundas de méritos sobrenaturales.

Porque es necesario tener muy presente, que tanto Sor Beatriz como sus compañeras de convento, no solamente se daban cuenta de las horas trágicas e inseguras que vivieron en aquellos cinco años de república. Sabían también la misión que Dios deseaba desempeñar y a cumplir esta misión se entregaron con todas las fuerzas de su corazón magnánimo.

En la carta a su hermano Julián que citamos antes, hay unas palabras que revelan esta conciencia clara en nuestra hermana. Después de hacerle ver la poca seguridad que ofrecía Madrid en los días del treinta y seis, termina con estas palabras: «Procuraremos todos desagruar al Señor por tantos pecados como se cometen y tengamos confianza de que El lo arreglará todo, cuando sea su Santísima Voluntad y nos hayamos enmendado de nuestros pecados».

Esta misma idea la repite a sus padres y escribiendo a su abuela, vuelve a insistir en ella: «Pida usted mucho por mí—la dice—para que corresponda con gratitud a las gracias que Dios me concede CUMPLIENDO LA MISION DE UNA VERDADERA RELIGIOSA EN ESTOS TIEMPOS, QUE ES DESAGRAVIAR Y EXPIAR TANTOS PECADOS COMO SE COMETEN EN EL MUNDO».

Las palabras de Sor Beatriz no pueden ser más inequívocas y expresivas. Revelan una conciencia clarísima de las circunstancias, de sus obligaciones como religiosa y una visión certera de la solución al conflicto social por el que atravesaba nuestra Patria.

Los pecadores que se arrepientan de todos sus pecados, es decir, que los gobernantes dejen de azuzar al pueblo para que éste cometa toda suerte de profanaciones y atropellos, que las turbas reconozcan su conducta verdaderamente demoníaca. Y que las religiosas con su vida oculta, purísima y sacrificada aplaquen la cólera de Dios justa-

mente indignado por la multitud ingente de pecados que se cometían entonces en todos los rincones de la Península.

Si se tiene en cuenta esta visión perfecta y sobrenatural de la realidad histórica en Sor Beatriz, su vida y persona como la vida y persona de las demás religiosas que con ella ofrecieron generosas su vida por la redención espiritual de España, adquieren un relieve y ascendiente sublime.

Ya no son las monjitas que sufren una persecución y muerte injusta debido únicamente a la inestabilidad de los hombres, no son tampoco las víctimas casuales que mueren confundidas entre los miles de vidas que la revolución llevó en su cortejo fúnebre, como podía haber llevado otras distintas.

Son unas vidas pletóricas de méritos sobrenaturales, llevadas Providencialmente en la vida, por sendas especiales y que, llegado cierto momento en que ya están maduras para el sacrificio, Dios las emplea como víctimas de propiciación por los pecados de sus hermanos. Y ellas al sentirse elegidas, se entregan a la voluntad de Dios con la sumisión y el amor ardiente con que el hombre puede abrazar una empresa que llena todo su corazón.

Esquivando el bulto...

Contribuyó a crear el ambiente de preparación al martirio que dejamos consignado, el hecho de que antes de salir definitivamente —19 de julio del 36—, la comunidad de Concepcionistas, tuvo que abandonar varias veces el convento por motivos de precaución.

Ocurrió la primera el 11 de Mayo de 1931, no se había cumplido el mes de proclamada la república.

En la noche del 10 al 11 se recibió una circular en todas las comisarías de Madrid, advirtiendo que al día siguiente habría intentos de perturbar el orden público, pero que no se reprimieran sin antes solicitar instrucciones de la Dirección General de Seguridad.

Esto era atar las manos a la fuerza pública y garantizar los desmanes de los revoltosos.

Efectivamente, el día 11 Madrid amaneció agitada bajo el peso del miedo y de la expectación. La noche anterior las turbas, la pasaron en la calle lanzando gritos y amenazas.

La huelga iniciada de noche fué general desde las primeras horas; quedó paralizada la circulación, se distribuyeron hojas subversivas y se silba e injuria con desfachatez a los agentes de seguridad. Por las calles más céntricas empiezan a pasearse grupos inquietos, se oyen palabras amenazadoras...

La Puerta del Sol presentaba aquel día el aspecto de un hervidero de gente que lanzaba aullidos y crispaba los puños al grito de ¡Abajo los conventos! ¡Mueran los Jesuítas!

De las simples amenazas pasaron a la acción. El primer edificio que sufre el embate de las turbas es el convento de la Flor de los Jesuítas. Allí se vió claramente que las autoridades disimuladamente permitían aquellos disturbios. Mientras los huelguistas atacan las puertas e intentan penetrar y quemar la iglesia, el superior habla por teléfono con la Dirección General de Seguridad, le dan buenas palabras, pero los policías no hacen acto de presencia.

Y después del convento de la Flor, sufren el furor iconoclasta de las turbas el Instituto de Areneros, el convento de las Bernardas de Vallecas, de las Mecedarias y otros muchos, hasta diez.

El cielo azul pálido de Madrid, se cubrió aquel atardecer primaveral con el crespón negro del humo que ascendía de las casas religiosas en llamas.

El furor destructivo que acometió a las masas revolucionarias, rondó también el convento de las Concepcionistas. Menos mal que en medio del ambiente pésimo que se respiraba contra las órdenes religiosas hubo algunas almas buenas que en aquellos momentos difíciles fueron verdaderos ángeles tutelares.

A las cuatro de la tarde, se presentó una señora en el convento y dijo a las monjas que salieran inmediatamente porque intentaban quemar el convento. La actitud de algunos grupos parados frente al convento de las religiosas era muy sospechosa.

Con toda urgencia se hicieron las gestiones necesarias y poco después las monjas eran trasladadas en dos coches, a distintas casas que caritativamente las recogieron en aquellos momentos de verdadero peligro.

Perdura en las monjitas supervivientes la impresión dolorosísima que les produjo el momento en que tuvieron que despojarse por primera vez del santo hábito y volver a ponerse los trajes seculares.

Aunque en su corazón y en su alma permanecían siendo religio

sas y la estancia fuera del convento en nada menguaría su unión íntima y total con Jesús, el solo hecho de llevar sobre sus cuerpos consagrados a Dios los distintivos del mundo las apenaba. ¡Estaban tan enamoradas de su hábito azul y blanco...

Las enfermas y ancianas fueron trasladadas a la calle de Maldonado, n.º 50. La Madre Abadesa, una religiosa paralítica y otra enferma, vivieron en Cuchilleros, n.º 20 y las demás en diferentes casas particulares.

A nuestra hermana le tocó estar con las enfermas y ancianas para atenderlas.

Pero no sucedió todo con la facilidad con que aquí se narra. Al llegar a la casa donde tenían que ser recogidas las enfermas y ancianas el casero se negaba a recibirlas y no cedió si no después de muchas súplicas e instancias por parte de las personas que acompañaban a las monjas.

Este percance demuestra que ya para entonces se miraba al elemento religioso como algo indeseable.

Y no fué sólo esto. A la hora de salir las monjas, estaba la calle de Sagasti —hoy de las Mártires Concepcionistas— materialmente abarrotada de gente y no precisamente devota de las monjas.

Las rechiflas e insultos que entonces se produjeron, atemorizaron a las humildes religiosas, que en aquellos momentos no sentían más culpa en su conciencia, que la de ser buenas y perdonar de todo corazón a sus enemigos.

Cuando ya habían salido todas se produjo el revuelo más grande y que pudo comprometerlas en aquella primera salida.

Al sacar a una religiosa paralítica empezó a cantar el «laudate». Y la turba incapaz de comprender el espíritu de aquella santa religiosa, respondió con un alboroto que se temió pudiera degenerar en uno de los desmanes a que tan aficionados eran los golfos y gente bullanguera de aquel Madrid de 1931.

Afortunadamente la cosa no tuvo mayor trascendencia. El Capellán avisó a la Dirección General de Seguridad y unos policías que hicieron acto de presencia lograron dispersar a la multitud inquieta.

Las religiosas, como ya dijimos, fueron colocadas en diferentes casas ante la imposibilidad de reunir las a todas en un piso.

Las que se alojaron en casas particulares lo pasaron muy bien,

porque las familias se desvivían por atenderlas y hacer así más llevaderos los sufrimientos anejos al abandono del convento.

Pero las que vivieron en pisos con las enfermas no les fué lo mismo y ya entonces experimentaron algo de lo que les aguardaba cuatro años después.

El piso estaba sin amueblar y las monjas no tenían dinero para acondicionarlo. Faltaba lo más elemental, como es una cama para reposar y por eso tenían que dormir en el suelo.

Vivieron fuera del convento veinte días, que para algunas fueron días repletos de sufrimientos físicos y morales. Las noticias que oían de los acontecimientos que iban sucediendo en Madrid, dejado ya casi a merced de las turbas, empezaban a preparar su alma para los sobresaltos.

Creo que fué en esta primera salida, cuando a nuestra hermana la salieron por todo el cuerpo una especie de cardenales, que con toda seguridad tenían por causa el cúmulo de sufrimientos de toda clase experimentados aquellos días.

Pasada la euforia que se manifestó en la quema de conventos, las turbas se calmaron algo y las monjas creyeron llegado el tiempo para regresar a su convento, como así lo hicieron.

Otra vez en la calle

No creamos sin embargo que las religiosas dejaron de ser molestadas. Como decíamos antes, la existencia en los conventos desde la implantación de la república se reduce a un equilibrio difícil con los altos y bajos de la marea política.

Completamente tranquilas no estuvieron nunca. La razón es muy sencilla. Desde que España se constituyó en república, nunca estuvo garantizado el orden, y sin una autoridad que proteja la vida de las personas particulares mal pueden éstas vivir tranquilas.

El mismo gobierno fomentaba la inquina de las turbas contra los elementos decentes, especialmente los religiosos.

Y la prueba de que lo del 11 de Mayo no había sido algo esporádico, fué que en junio tuvieron que abandonar de nuevo el convento.

Desde el 13 de Abril de 1931 hasta el 1 de Marzo de 1939 en que el General Franco acabó con el régimen comunistoide, los gobiernos se suceden en España con una rapidez vertiginosa.

Los elementos que aspiran a la jefatura de la nación estaban divididos en innumerables partidos políticos, siempre azuzándose unos a otros por una propaganda demoledora y con unas sesiones del Congreso que tenían mucho parecido con las discusiones entre verduleras.

Esta pugna de partidos llegaba siempre a su punto álgido en los días de elecciones.

Todos, pero sobre todo la extrema izquierda, no reparaba en medios para hacer triunfar su candidatura, incluso recurriendo a la violencia y permitiendo a las turbas satisfacer sus instintos de rapiña y desorden.

Esta segunda salida no tuvo los percances de la primera. Se hospedaron como la vez anterior.

Nuestra hermana fué con la Madre y las enfermas. Los tres días que pasaron fuera pudieron oír misa y llevar la vida de piedad que hacían en el convento.

Pasadas las elecciones regresaron nuevamente al convento, pero con la firme creencia de que lo mismo podían volver a salir a los pocos días.

Por eso y con el fin de no molestar tanto a las enfermas con la frecuencia de las salidas, fueron instaladas permanentemente, primero en el Hospital de la V.O.T. Franciscana y más tarde en Francisco Silvela, n.º 19 de donde las sacaron el 8 de Noviembre de 1936 para asesinarlas.

Cuántas vidas sublimes barrió el ciclón de nuestra guerra civil que en el cielo estarán escritas con letras de oro.

Los hombres nunca sabremos el heroísmo y la altísima vida sobrenatural de estas religiosas, que murieron en el más indescifrable anonimato, después de una cadena larguísima de penalidades. Pero Dios estaba muy presente y veía complacido la fidelidad de aquellas almas en medio de los más injustos y terribles sufrimientos de alma y cuerpo. Y... ¡Dios no se deja vencer en generosidad!

Instaladas de nuevo en el convento, las religiosas que gozaban de salud, reanudaron su vida con toda normalidad.

Ordinariamente no es el ambiente más apropiado para dedicar-

se a la vida espiritual, para preocuparse únicamente de la unión con Dios, cuando somos víctimas de una inquietud continua e incapaces de arrojar el temor del espíritu.

Pero a veces tales circunstancias, de suyo malas, favorecen, sobre todo tratándose de casos tan excepcionales, como aquellos por los que atravesaban las religiosas en 1931-36.

La vida tranquila en corazones generosos lleva a Dios, porque no tienen estímulo externo que les distraiga, pero también una persecución como aquella en que humanamente hablando tenía pocas garantías de sobrevivirla, puede ser un estímulo aun más fuerte para poner el corazón y las miras única y exclusivamente en Dios.

Solo después de la muerte sabremos qué es lo que hace adelantarse más en la perfección, si la quietud, el silencio y la falta total de contacto con el mundo, o esos ratos y esas noches en que mientras las turbas vociferaban en la calle sedientas de rapiña y de sangre inocente, las religiosas arracimadas como tímidas palomas ante el sagrario, piden a Jesús perdón para los pobres equivocados que eran víctimas de la ambición de unos pocos.

Alborada trágica

El año 1936 trajo para España pocos augurios de prosperidad. Desde los primeros días se inicia la campaña de las elecciones que habían sido fijadas por el presidente de la República para el 17 de Febrero. Esta campaña por parte de los elementos izquierdistas tomó los caracteres más violentos.

De entre la procelosa oratoria revolucionaria se destacaban los discursos de Largo Caballero, aquel hombre externamente fanfarrón y en realidad un pobre cobarde que se hacía acompañar a todas partes por una banda de pistoleros.

Largo Caballero es la palabra revolucionaria que acatan las masas. En sus arengas se nota la nostalgia de la barricada y se parece por oír ya el estruendo de los atropellos. «Cuando nos lancemos a la calle por segunda vez—decía—que no nos hablen de generosidad y que no nos culpen si los excesos de la revolución se extreman hasta el punto de no respetar cosas ni personas».

Y este tono feroz es el que domina en la campaña marxista; postulados de odio, gritos de guerra, consignas de exterminio en bocas de catedráticos, dirigentes de las milicias y autoridades gubernamentales.

Con ésta preparación para las elecciones se podía suponer cualquier cosa.

Acrecentó más el espíritu de alarma cuando se supo en Madrid, que los dirigentes de la casa del pueblo habían mandado una nota al Sr. Portela, Director General de Seguridad, para que tuviese acuartelada la fuerza ese día, porque, según ellos, era innecesaria en los colegios de votación.

«Los mismos socialistas—decían ellos—somos capaces de mantener el orden».

En las horas que transcurren hasta el amanecer del día 17, el frente popular, de manera especial los comunistas y socialistas, organizan la agitación callejera que ha de llevarles a asaltar el poder.

Las milicias, radios y células reciben orden imperiosa de movilizarse para el desorden. Las primeras claridades de la aurora del día 17 sorprenden a la revolución en las calles de Madrid. Los agitadores se sitúan a las puertas de los colegios electorales e insultan a todo el que, por la cara, demuestra ser de «la otra acera».

Las calles desde las primeras horas del 17 se convierten en palenque de lucha. Por el menor motivo prende la disputa y sobreviene el alboroto con su secuela de estacazos y tiros. Los más leves gestos se consideran como provocación que degenera en motín.

Por la tarde continúa la efervescencia. Alcanza como siempre su punto álgido en la Puerta del Sol, donde los grupos se muestran especialmente irritados ante el monumental cartel de «Acción Popular» que apedrean, hasta que llega un carro de bomberos y lo descuelgan.

En los días siguientes Madrid se despierta estremecido por un rumor y se acuesta aterrado por trágicos augurios, para dormir sobresaltado su cotidiana pesadilla.

Cruzar la ciudad supone ir en constante riesgo; en cada esquina un pregonero de cara patibularia y voz cavernosa vende periódicos o literatura soviética.

Los muros aparecen cubiertos de cartelones o pasquines desde

los cuales amenazan puños cerrados, hoces, martillos o botazas bien claveteadas que aplastan signos hitlerianos o fascistas.

El populacho está pronto para cualquier fechoría; un grito, una arenga y hombres, mujeres y niños partirán furiosos a donde se les mande; asaltar un piso o quemar una iglesia.

Caritativamente avisadas por personas que seguían paso a paso los acontecimientos de la temporada, las concepcionistas decidieron abandonar el convento unos días por precaución.

Nuestra hermana fué recogida por la familia de una religiosa concepcionista asturiana, residente en Madrid y que vivía en la calle de Lope de Rueda, n.º 27.

Gracias a la buena memoria de Sor M.^a del Sagrario, que así se llamaba dicha religiosa—hoy Maestra de Novicias en el mismo convento de las Concepcionistas—sabemos, al menos a grandes rasgos, lo que hizo Sor Beatriz aquellos días que pasó fuera del convento.

El motivo de ir a parar en aquella ocasión a casa de los familiares de Sor M.^a del Sagrario fué sencillamente que entre Sor Beatriz y ella existía bastante amistad y al mismo tiempo se dió cuenta que nuestra hermana cuajaría bien en su casa.

Por lo mismo—como ella misma dice—pidió a la Madre le concediera llevarse consigo a Sor Beatriz y como en aquella ocasión lo que quería la Madre era colocar a las religiosas en sitios de toda confianza, accedió fácilmente.

La vida en casa de los parientes de Sor María del Sagrario era en lo posible la misma que en el convento. Oían diariamente misa en Duque de Sexto, tenían sus horas para rezar el oficio divino y hacer oración...

En el tiempo restante ayudaba a la hermana de esta religiosa a coser y hacer algunas labores.

Como recuerdo interesante de estos días, los familiares de Sagrario destacan la manera tan simpática y cariñosa que tenía nuestra hermana de tratar y jugar con los niños. Estaban verdaderamente admirados de aquella religiosa, que en las conversaciones era grave y prudente y cuando se ponía a jugar con los niños parecía uno de ellos.

De esta fecha data un hecho que tuvo mucha importancia para los que como yo, no tuvimos la fortuna de conocer a Sor Beatriz.

Las hermanas de Sor María del Sagrario «tuvieron el capricho»

—así escribía en una de sus cartas Sor Beatriz a su hermana Florentina—de sacarlas una fotografía.

Al principio Sor María del Sagrario se opuso por parecerla algo impropio de ellas y no exento de vanidad. Nuestra hermana con su habitual clarividencia de las cosas vió inmediatamente el lado práctico de aquella fotografía. «Sí nos conviene tenerla—decía a Sor María del Sagrario—porque si nos matan servirá de mucho consuelo para nuestras familias este recuerdo».

Nunca agradeceremos lo suficiente esta feliz ocurrencia de Sor Consuelo, hermana de Sor M.^a del Sagrario y actualmente religiosa de la Caridad. Gracias a ella podemos hoy conocer a nuestra hermana en una magnífica fotografía.

Quede aquí mi agradecimiento y el de mi familia a su delicadeza y a su ocurrencia.

Los caramelos...

El tres y cuatro de mayo de 1936, las religiosas Concepcionistas vuelven a vivir días de temor y sobresalto.

Células comunistas hacen circular la infame noticia de que «unos fascistas y damas de la Catequesis» habían repartido caramelos envenenados a varios niños de familias obreras en la barriada de Cuatro Caminos y que cinco de esos niños habían ya fallecido en la Casa de Socorro de la glorieta de Ruiz Jiménez y otros agonizaban en el Colegio de la Paloma.

Lejos de rechazar la especie a todas luces falsa, las autoridades se prestaron a indagar, lo cual era tanto como admitirla.

A las cinco de la tarde se encamina hacia la mencionada casa de socorro una manifestación tumultuosa. El diputado socialista Wenceslao Carrillo hace que un grupo de manifestantes recorra las dependencias del centro benéfico. Se cercioran todos mediante la inspección de los registros de entrada y salida, que se trata de una criminal impostura, pero suena de improviso un disparo que inmediatamente se encargan los revoltosos de hacer creer que ha sido hecho desde la antigua ermita de los Angeles.

Acto seguido rocían las puertas con gasolina y si no arde, el

ambiente queda preparado para el día siguiente, uno de los más tristes y pavorosos de la república española.

El día cuatro y bajo la propaganda anticlerical del día anterior se queman varias iglesias.

Las religiosas que moran en la casa del Pilar tienen que descolgarse por las ventanas valiéndose de sábanas ante el peligro de pe-
recer abrasadas. Las quince profesoras del Colegio de la calle de Villamanil que dan enseñanza gratuita a cuatrocientos niños, son arrastradas ante la befa de los martirizadores.

Igualmente son pisoteadas con vilipendio cuatro religiosas de un patronato para enfermos en Cuatro Caminos. Una de éstas, sorprendida cuando intentaba huir, es apaleada y mal herida así como otras dos del Asilo de la Merced.

No satisfechos de la réplica a la infame calumnia del reparto de caramelos envenenados, los obreros abandonan el trabajo y se declaran en huelga.

Ante la desbandada de tantos elementos temibles llenos de odio y de prejuicios contra los religiosos podía temerse cualquier atropello.

Por este motivo —ese mismo día cuatro— a las dos de la tarde, se presentó en traje de seglar un religioso franciscano en el convento de las Concepcionistas, para ponerlas sobre aviso y evitarlas cualquier sorpresa desagradable.

Sumió las sagradas formas ayudado de la Comunidad en medio de visible emoción de todos.

Y puesto que se veía muy probable un asalto al convento, en previsión de cualquier incidente trágico, las religiosas volvieron a pasar dos días y dos noches fuera del convento hasta que se tranquilizaron los ánimos y volvió a reinar un poquito el orden.

Poco iban a disfrutar ya las monjitas de su amada paz claustral.

Desde esta fecha a julio del mismo año en que se produjo la explosión revolucionaria, España es un inmenso volcán a punto de producirse la erupción. Atraviesan de norte a sur y de este a oeste los ciclones colectivos. El cielo tormentoso está cargado de electricidad. Se siente el sofoco de la asfixia, de la inseguridad y las gentes corren en busca de refugio seguro.

Los que pueden y son los menos huyen al extranjero. De los pueblos marchan familias enteras a las ciudades y de las ciudades

a las aldeas. Pero de las ciudades y de las aldeas ha desaparecido la paz. Arden las cosechas recién sazonadas.

Los segadores andaluces y extremeños se alistan más que para rendir peonadas en los tajos, para asaltar las carreteras, detener los coches y exigir el impuesto de tránsito que cobran las cuadrillas con la hoz en alto para el socorro rojo internacional.

No hay industria que no se bambolee, ni negocio que no esté bajo signos de amenaza, ni dinero que no sienta la tentación de esconderse o de pasar la frontera, ni hogar tranquilo ni propiedad que no tema el asalto, ni camino seguro, ni garantía personal. . .

Todas las artes de la propaganda contribuyen a poner en frenesí a los espíritus y en tensión los nervios, porque se aproximan momentos en que las masas enardecidas se trasformarán en el ejército popular que ha de asaltar el poder.

La preparación de las milicias rojas ya muy adelantada se ultima y se perfecciona a la vista del público, con la naturalidad con que en otro tiempo se realizaban unos ejercicios gimnásticos.

Las mujeres aventajan a los hombres en malignidad y en ambiciones crueles. Son furias para producir alboroto y vestales diabólicas para mantener el fuego de la rebeldía y del odio.

El terreno está pues preparado para la explosión. Solamente se necesitaba una chispa y ésta se produjo el 16 de julio con el asesinato de D. José Calvo Sotelo. La medida de la iniquidad estaba colmada y Dios por medio de sus elementos leales se decidía a purificar el ambiente irrespirable de España.

Vuelo de palomas...

En Madrid existe mucha confusión el 18 de julio. Pero en las últimas horas de ese día no les cabe la menor duda a los jerifaltes que la sublevación es seria. Lo acaba de comunicar el radio-transmisor de Tetuán afecto al gobierno. El ejército de Africa se ha sublevado.

Lo que aún no saben es que ese movimiento subversivo para ellos y salvador para España lo acaudilla Franco, aquel general que

tanto temía Prieto y que para vivir tranquilos había sido alejado a la comandancia de las Canarias.

El 19 ya sabe el Gobierno a qué atenerse. Conoce en sus detalles que se encuentra frente a uno de los movimientos mejor organizados contra la república. Sin embargo Giral y Azaña comunican sin parar notas por radio en que se quita importancia al hecho y se le califica de totalmente superado.

A pesar de esa ignorancia con que quieren tranquilizar al pueblo, en la mañana del 19 las fuerzas socialistas y comunistas se echan a la calle y al menos virtualmente declaran el estado de guerra. Se organizan patrullas en todas las calles y cachean sin miramientos a todos los que pasan.

Eran momentos sumamente peligrosos para toda persona decente, sobre todo para las órdenes religiosas y sus conventos.

A pesar de esta amenaza que se cernía ya sobre las casas religiosas y que culminaría en la dispersión general, las Concepcionistas de la Calle de Sagasti, se levantan aquel día, y como de costumbre hacen su oración y oyen su misa conventual.

Con toda seguridad sus corazones barruntarían algo grave. Pero en realidad nada sabían. No obstante aquel mismo día abandonarían el convento y muchas para siempre... para ir al martirio.

Terminada la misa cantaron sexta y nona y se fueron al refectorio para tomar su frugal desayuno. Apenas se habían sentado cuando llegan las sacristanas muy turbadas. Comunican a la superiora de parte del sacerdote que acaba de decirles la misa, que el convento está rodeado de milicianos en mangas de camisa y armados, y que vuelvan al coro para sumir el Santísimo. Ya podemos imaginarnos la conmoción y el sobresalto indescriptible que se apoderó de las monjas.

Aunque religiosas no dejaban de ser mujeres y por tanto más afectables por el temor y el pánico.

A una señal de la superiora regresaron al coro con el miedo reflejado en sus rostros. Entre el sacerdote y la Comunidad sumieron el Santísimo para evitar cualquier profanación.

La superiora se informó luego por el sacerdote, del ambiente volcánico que se respiraba aquellos días en Madrid, los rumores de la sublevación de Africa y el dominio absoluto que los milicianos tenían de la situación.

Ante aquellas noticias poco tranquilizadoras, la Madre juzgó más prudente abandonar el convento hasta ver más claras las cosas. A la Comunidad se le ordenó que bajase a desayunar e inmediatamente subiera a las habitaciones para ponerse el traje de seglar con el hábito encima.

No es necesario detenerse a pintar el estado espiritual de agitación y nerviosismo que sufren las monjas en aquellos momentos en que por quinta vez se despojan del santo hábito.

En una de sus últimas confesiones el Padre Espiritual, había preguntado a todas si tenían vocación de mártires. Y todas contestaron «Que sí con la gracia de Dios».

Yo me imagino a Sor Beatriz pronunciando ese «sí» con toda su alma.

Cuando en la Comunidad se hablaba de la posibilidad del martirio la M. Maestra y Sor Beatriz eran siempre las que se mostraban más animosas. Dios escuchó sus ardientes deseos y las canciones de Sor Beatriz en que se consideraba feliz en dar la vida por Jesús.

Pero de seguro que ni Sor Beatriz, ni la M. Maestra, ni las demás religiosas pensaron que la cosa se iba a presentar tan pronto.

Convenientemente preparadas y dadas las instrucciones oportunas no se pensó ya más que en abandonar el convento.

Pero no era cosa fácil. Como ya dijimos la calle estaba llena de milicianos que registraban a todo el que pasaba, y al que, por las apariencias, daba la impresión de ser elemento de derechas, era sin más detenido.

No es necesario decir que entre todas las personas, son las religiosas las menos aptas para disimular su condición de tales. Por ello decidieron esperar a que hubiera un claro en la calle.

Aunque el piso no estaba muy lejos del convento, hasta las últimas horas de la tarde fué totalmente imposible intentar trasladarse a él.

Siguieron la vida ordinaria del convento, con muy poca serenidad, como es lógico, y de cuando en cuando les latía fuertemente el corazón cuando oían los tiroteos que se producían en la calle.

La M. Superiora estaba muy preocupada, porque se pasaba el día sin tener oportunidad de trasladarse al piso de Francisco Silvela que habían alquilado—como ya digimos—cuando las elecciones y en el que estaban desde entonces las religiosas enfermas.

Pernoctar un día más en el convento era exponer la Comunidad a cualquier atropello.

No olvidemos que para entonces el gobierno y por tanto los agentes del orden no se atrevían a oponerse a las células comunistas y socialistas. Por tanto las casas religiosas estaban a merced de estos hombres sin escrúpulos.

Llegaron las seis y media de la tarde. Las religiosas bajaron a cenar y la Superiora aun no veía la posibilidad de abandonar el convento. Salieron después al recreo, que en aquellos momentos era necesarísimo para aliviar algo la opresión del corazón por las fuertes emociones y los tristes presagios que forjaba el espíritu.

Cuando estaban a la mitad del recreo un campanillazo cortó en seco las conversaciones de la Comunidad. Se fué la tornera con mucho miedo a enterarse de quien llamaba.

La cosa no era alarmante pero sí de alguna preocupación. El portero avisaba que estaba despejada la calle y que podían trasladarse con muchas garantías de no ser sorprendidas ni molestadas con interrogatorios peligrosos.

Se despojaron del santo hábito y de dos en dos, dejando cierto lapso de tiempo entre grupo y grupo se fueron trasladando al piso de Francisco Silvela.

Disimularon su pinta monjil en aquella travesía peligrosa valiéndose de los medios más ingeniosos.

Al fin, después de una hora de tensión nerviosa, la superiora pudo respirar con cierta tranquilidad cuando vió entrar la última pareja de las religiosas sana y salva. Dios las había protegido en el primer paso de su odisea dolorosa. Y en sus manos paternas se entregaron para afrontar los acontecimientos que sobrevinieran, prósperos o adversos.

En Francisco Silvela, núm. 19

La Comunidad de Concepcionistas logró, por tanto, instalarse con relativa facilidad en su piso de Francisco Silvela. Pero con esto no estaba todo resuelto. Las dificultades y conflictos más grandes surgían entonces para poder llevar allí una vida normal.

El piso era insuficiente para toda la Comunidad, compuesta de dieciocho monjas, no le tenían amueblado en condiciones, faltaba el número necesario de camas, etc., y además si aquel estado de cosas se prolongaba, llegarían a carecer hasta de lo más imprescindible, por que los medios de subsistencia eran escasos.

Esto equivale a decir que las monjas vivirían en adelante mal alimentadas, sometidas a una tensión nerviosa de sustos y temores continuos y por añadidura cuando llegase la noche y quisieran descansar tendrían que hacerlo muchas en el suelo y casi unas encima de otras, por lo reducido del local.

Fuera de estas circunstancias desagradables en que se veían obligadas a vivir, por lo que respecta a su vida de piedad, era casi la misma del convento. Rezaban el Oficio Divino, los quince misterios del Santo Rosario, la letanía de los santos, etc. Y el tiempo dedicado en el convento a trabajar, como allí no podían hacerlo, casi todas lo empleaban en oración.

Sin intentarlo viene a la mente la semejanza de estos pisos madrileños donde se oculta una comunidad de religiosas por temor a la brutalidad de muchedumbres borrachas de odio antirreligioso y aquellas comunidades de los primeros siglos, reunidas en las catacumbas romanas para huir de la ferocidad sanguinaria de los esbirros imperiales.

Mientras en el número 19 de Francisco Silvela se reza y se pide a Dios, con los aldabonazos eficaces del sufrimiento, remedie tanta abominación como circula aquellos días por las venas de España, las calles de Madrid hierven de chusma inacabable que recorren la ciudad entera en un espectáculo orgiástico.

Ya la horda empieza a empaparse de sangre martir y siente cada vez más el delirio y la sed de esa sangre.

Las manifestaciones y desfiles muestran en Madrid por primera vez unos tipos de hombres y de mujeres que nunca se habían visto.

Las mujeres no son, como muchas veces se ha dicho, producto de burdel, sino fieras desmelenadas, trágicas, espantosas, macabras. Los hombres tienen un aspecto de siniestra ferocidad.

No parecen los de siempre, los que paseaban habitualmente por calles y plazas; estos montones han salido de un submundo, misterioso y aterrador. Daba miedo que pasaran a nuestro lado porque oían ya a crimen y rezumaban asesinato.

Durante el día las religiosas llevan una vida de hermético encerramiento, pero por la noche, protegidas por la oscuridad, pueden respirar un poquito el aire de la calle y para ello salen a los balcones.

A la fina observación de Sor M.^a del Sagrario, atenta siempre a captar los momentos espirituales más simpáticos de nuestra hermana, debemos el siguiente: Durante los cinco a seis días que estuvieron en el piso, antes de colocarse en casas particulares, solía salir por la noche al balcón esta religiosa y Sor Beatriz.

Allí con los corazones prensados por la nostalgia del convento abandonado y por la negra perspectiva que se abría a su futuro, nuestra hermana y Sor Sagrario platicaban de cosas espirituales.

Hablan de lo agradecidas que deben estar a Dios por el beneficio de la vocación—precisamente en los momentos en que por ser religiosas están sufriendo los mayores atropellos—. Las dos reconocen que no han sido lo suficientemente generosas con Dios y siempre terminan aquellos coloquios, en el balcón y mirando al oscuro firmamento que envuelve a Madrid, signo del futuro incierto, con las mismas palabras: «¡Dios mío, si volvemos al convento cómo vamos a ser!»...

Comunismo de los marxistas

Los saqueos de las casas particulares empiezan a adquirir proporciones aterradoras desde que los milicianos se hacen dueños de la situación.

Entran en pandillas pistola en mano y se llevan lo que les parece. Hay muchas ocasiones en que les place todo. Ya están organizadas las primeras checas y empiezan las detenciones ilegales. Estamos ante los chirridos escalofriantes de los autos que bruscamente se detienen a las puertas de las casas y ante los primeros timbrazos espantosos.

Se inicia la saca de ciudadanos honrados, de patriotas intachables, de caballeros, de damas que son objeto de las más viles violencias. Se cargan con ellos los automóviles de la muerte. Unos se dirigen a la carretera de Fuencarral; otros a la de Francia.

Nadie de los que vivieron en Madrid aquellos trágicos días, po-

drá olvidarlo. Nadie podrá reprimir un temblor en su alma y en su cuerpo al remover en su recuerdo las imágenes madrileñas de los primeros días de la guerra.

Hay que tener también en cuenta que muchos marxistas luchaban de buena fe contra los «pacos» facciosos; pero otros muchos, sobre todo entre los dirigentes, tomaron de aquí pretexto para autorizarse a sí mismo y a sus amigotes toda clase de robos, matanzas y violaciones.

Cuando se intentaba un registro general o detener a un número determinado de personas ya localizadas, se simulaba unos cuantos disparos salidos de los balcones y azoteas. Desde el momento que se producía este simulacro de tiroteo, los núcleos de milicianos criminales tenían ya vía expedita para sus trágicos allanamientos de domicilios y para incautarse de personas que ansiaban hacer víctimas de sus ambiciones inconfesables.

Nuestras monjitas tuvieron que sufrir una de estas jugarretas, aunque por lo que sucedió, la comedia macabra no se hizo apuntando a ellas como presa.

El 21 de Julio, cuatro días después de su salida, se produjo un horrendo tiroteo contra la casa donde se hallaban.

Los demás vecinos se refugiaron en el ascensor, pero ellas como no podían salir lo aguantaron en sus habitaciones. En lo más recio de la granizada, sinceramente pensaron que había llegado su fin.

La M. Superiora cogió la «La Remendadita» —una estampa milagrosa guardada con veneración en el convento de Concepcionistas— y en presencia de ella se pidieron las religiosas mutuamente perdón.

La Superiora, previendo que los milicianos entrarían de un momento a otro en el piso y se produciría la dispersión general de las religiosas y con la dispersión se incrementaría también los peligros del alma, exhortó a las religiosas a que siguiesen constantes en la virtud y que se preparasen para dar la vida, si necesario fuera, por la salvación de España.

En medio de esta confusión se produjo un incidente que nos ha conservado Sor M.^a del Sagrario y que revela "admirablemente el temple, la valentía y la pronta disposición de nuestra hermana para el martirio.

Una religiosa, que después tuvo la desgracia de no perseverar,

en lo más recio del tiroteo rompió a llorar y decía que no estaba preparada para morir.

Entonces Sor Beatriz, con la entereza y la convicción profunda que caracteriza a las almas grandes le dijo: «Pero criatura, ¿qué temes? ¿no sabes que la sangre es un nuevo bautismo?»

Esta sola frase revela—como decíamos antes—su disposición de ánimo. «Por el camino que quieras voy» había dicho muchas veces a Jesús y ahora llegado el momento era consecuente y le obedecía con la decisión de un alma santa y que se ha entregado por completo en manos de la Providencia.

Pero en los designios de Dios no había sonado aún la hora para las religiosas Concepcionistas de Sagastí. Debían agotar antes hasta la última gota, el caliz del sufrimiento moral y físico. El tiroteo, después de un rato, cesó sin mayores consecuencias para las monjas.

Dos días después la comunidad recibió la visita de su demandadera.

Aquel mismo día habían fusilado a un coadjutor de la parroquia de Covadonga. Se enteraron también por ella del horrible saqueo que sufrió su convento y esto último sobre todo les llenó de pena. Con él perdían para siempre las cosas que las unían a este mundo y en las cuales ciertamente habían depositado algo de su corazón.

Las mismas religiosas, desde su piso, pudieron ver las llamas que reducían a escombros su querida parroquia de Covadonga.

Esta serie de acontecimientos y otros muchos que estaban sucediendo en los distintos barrios madrileños, indujeron a la demandadera a presentarse en el piso, y hacer ver a la Madre el peligro que suponía estar la comunidad reunida.

La Madre estuvo a la altura de las circunstancias. Comprendió efectivamente que la situación de la Comunidad era comprometida si seguía junta y dió libertad a las religiosas que tuvieran familiares en Madrid para que se refugiaran en sus casas.

Sor Beatriz fué recogida por la misma familia donde estuvo cuando las elecciones de Febrero.

Sor M.^a del Sagrario que fué quien se la llevó consigo, nos da cuenta de los trámites que hicieron sus familiares: «Desde esta época —febrero del 36—la consideraban mis hermanos como de la familia. Y así al iniciarse el movimiento nacional fué mi cuñado al piso donde nos habíamos refugiado y le dijo a la R. Madre que él podía tener

dos en su casa, rogándole dejase ir conmigo a Sor Beatriz pues toda la familia se alegraría; añadiendo para hacer más fuerza que era también más disimulado, porque varias personas le habían dicho que se parecía a una de mis hermanas. La Madre accedió».

Otra vez en Lope de Rueda...

En medio de las torturas morales que atenazaban el corazón de nuestra hermana los primeros días de su triste y definitivo abandono del convento, el regreso a la casa donde tan cariñosamente se la trató en Febrero, fué con toda seguridad un lenitivo extraordinario para su espíritu.

Si siempre gusta convivir en medio de almas que estimamos y nos quieren de verdad, este placer se intensifica sobre todo en momentos en que sentimos el corazón atosigado por una atmósfera de odio y amenaza.

Sor M.^a del Rosario, Sor Consuelo entonces seglar y hoy hermana de la Caridad, la hermana de ambas y Wenceslao esposo de esta última, eran cuatro personas que estaban incorporadas en el corazón de Sor Beatriz casi en el mismo rango de sus familiares. Habían tenido con ella delicadezas de hermanos, y esto lo llevaba ella muy en el alma. Estas mismas deferencias usaron en los dos meses largos que estuvo allí refugiada en plena revolución.

Con los hermanos de Sor M.^a del Sagrario disfrutó nuestra hermana las últimas dulzuras de la vida tranquila. Cuando a fines de octubre abandone aquella casa para reunirse con sus hermanas, no volverá a gustar lo que es la paz y la tranquilidad del vivir humano.

Entraron en su nuevo domicilio sin que nadie lo advirtiese, a pesar de que había en ella vecinos de cuidado.

Y allí trataron de ajustar su vida en lo posible a la del convento. Rezaban todos los días el oficio divino, la coronilla seráfica y tenían también los ratos de oración reglamentarios.

Pero no hay duda que Sor Beatriz sentiría un gran vacío en su vida espiritual; no podían oír misa, no podían, sobre todo, recibir a Jesús, el Pan de los fuertes. ¡Ahora que precisamente tanto lo nece-

sitaban! La Eucaristía, hubiera templado admirablemente su espíritu para las rudas luchas que le aguardaban.

Los primeros días, pensaron que aquel estado de cosas duraría poco. Pero cuando vieron que se iba prolongando, después de hacer sus prácticas de piedad, ayudaban a la hermana de Sor M.^a del Sagrario en las labores de casa. Luego se retiraban a una habitación para evitar el asistir a las visitas.

Y ¿cómo empleaban tantas horas que tenían que pasarse medio escondidas? Oigamos a Sor M.^a del Sagrario: «Aquellos ratos eran para mí de cielo; me hablaba sólo de cosas espirituales, pero mi fatal memoria no ha conservado estos recuerdos.

Solamente recuerdo que un día hablándome del don inapreciable de la vocación religiosa lo hacía con tanto fervor, que al oír sus palabras comunicaba a mi espíritu sus mismos afectos y terminábamos proponiendo corresponder al Señor con una vida más perfecta, ardiendo en deseos de volver al convento para poner nuevo esfuerzo en la vida espiritual.

Estos ratos de conversación producían en mi espíritu el mismo efecto que si estuviese en oración y no se apartaba de mi mente el pensamiento de que siempre tendría el consuelo de haber vivido tan íntimamente unida a una santa».

Es superfluo todo comentario a estas palabras, donde Sor María del Sagrario, recoge con admiración de discípula y amiga entrañable la impresión de aquellos días pasados en envidiable intimidad de afectos y aspiraciones con nuestra hermana.

Por ellas vemos que la preocupación predominante de Sor María Beatriz sigue siendo su vida espiritual. No es la monjita que ante lo pavoroso del momento se acoquina y se deshace en quejas y lamentos femeniles.

Dotada de un profundo sentido sobrenatural de las cosas, ve todos los acontecimientos que se desatan en aquellos días sobre España, a la luz invariable y serena de la voluntad de Dios. Aunque su cuerpo a veces se extremezca, su alma vive confiada bajo la tutela de la Providencia.

Qué lección para nosotros, tan inclinados a ver las cosas desde un plano demasiado humano y material. Aprendamos también de su generosidad con Dios. Es propio de los grandes santos no estar nunca satisfechos con sus esfuerzos en la vida espiritual. Sor Beatriz

ha visto en su realidad tremenda la maldad de los hombres. Y por contraste comprende que su agradecimiento a Dios no debe tener límites. Por eso quiere volver al convento para ser mejor.

Hay otra cosa que recuerda Sor M.^a del Sagrario y que a mí francamente me ha hecho pensar mucho.

Dice esta religiosa que sorprendió muchas veces a nuestra hermana sumida en profunda meditación en un lugar apartado de la casa.

Qué es lo que en estos ratos pensaba es cosa que con certeza sólo ella y Dios lo saben. Pero teniendo en cuenta la compasión entrañable que sintió siempre hacia todas las personas engañadas por los reclamos del comunismo, podemos sospechar con muchas probabilidades de acierto, que en esas horas de oración intensa pedía una y mil veces a Dios, disculpase, las atrocidades de los milicianos. Incapaz para dar en su corazón acogida al odio, sentía por sus perseguidores una pena infinita.

Tal vez pudiera relacionarse estas meditaciones con la siguiente anécdota: Un día comentaban con el cuñado de Sor M.^a del Sagrario Sr. Wenceslao, el asesinato de varios sacerdotes y nuestra hermana exclamó en un arranque de profunda pena «Pobrecitos si se darán cuenta de lo que hacen».

Francamente para almas de la talla espiritual de Sor Beatriz, los acontecimientos españoles del 36, tenía que producirles un desequilibrio y tensión nerviosa horrosos. ¡Había en ellos tanta ingratitud con Dios y era una conducta tan temeraria!

Pero no obstante la preocupación que le causaba la conducta loca de los milicianos, nuestra hermana no perdía la serenidad envidiable que dá el estar firmemente adherido a la Providencia Divina.

Sufría mucho por tantos hermanos desgraciados que iban multiplicando los pecados en su alma y en el suelo de España, le preocupaba la inseguridad de su vida, pero estos sufrimientos morales jamás alteraron la confianza en Dios.

«Siempre se la veía tranquila y hasta sonriente,— dice Sor María del Sagrario—, al menos resignada «con la resignación de las almas grandes».

«Mi falta de virtud hacía que por cualquier contratiempo me alterase y ella me sufría en silencio y soportaba todas las contrariedades con inalterable paciencia».

«Cierta día que sufrí mucho remordimiento de hacerla sufrir la

pedí perdón y con la sonrisa de siempre me estrechó la cabeza con sus manos diciéndome que en nada le había ofendido y por lo mismo no tenía por qué perdonar».

Sor Beatriz vivía relativamente segura en casa de los hermanos de Sor M.^a del Sagrario, pero no creamos que se arrojó en brazos de una confianza bobalicona.

A través de las mil vicisitudes que atravesó su existencia predominó siempre en su alma un sentimiento de que Dios la destinaba para el martirio. En ello había tal vez algo de sobrenatural, pero sobre todo la marcha de los acontecimientos no dejaban mucho margen a la ilusión.

En una circunstancia en que los hermanos de Sor M.^a del Sagrario le proporcionaron un abrigo rojo dijo en tono sentencioso: «Este será mi mortaja». Y en efecto así fué.

Ciertos acontecimientos dentro y fuera de casa eran suficientes por otra parte para conservarla en guardia.

El mes de agosto se abrió con un panorama aterrador para España y de una manera especial para Madrid. El número de cadáveres que se encontraban diariamente por todas partes al romper la madrugada se elevaba a varios centenares.

El espectáculo que ofrecía el cementerio del Este era verdaderamente macabro y eso que no figuraban en el cementerio oficial todos los «paseados».

Los milicianos abrían fosas donde les convenía y allí enterraban por su cuenta y riesgo sin dar comunicación de ello a nadie, con lo cual resultó que muchas personas desaparecieron sin que sus familiares encontraran la menor huella de los secuestrados.

A medida que el gobierno comprendió la total inutilidad de sus esfuerzos y advertencias, fueron disminuyendo las comunicaciones al público y se dejó libre paso a todo lo que las bandas de asesinos quisieran hacer y deshacer.

Vino entonces el desarrollo de la campaña de asesinatos en gran escala. Es también la época en que empiezan a hacerse tristemente célebres las checas de Bellas Artes, de Fomento..., las brigadas de García Atadell, de Méndez, del Amanecer. No olvidemos tampoco que el 22 de agosto del 36 ocurre la gran matanza de presos indefensos en la Carcel Modelo que horrorizó a toda Europa y provocó una protesta de todos los representantes diplomáticos en Madrid.

Este ambiente criminal que se respiraba contra todo el que no simpatizase con las izquierdas, era ya una buena advertencia para nuestra hermana. Pero hubo más. Los asesinos llegaron hasta las mismas puertas del piso donde ella se alojaba y si no fué detenida en aquella ocasión, hay que atribuirlo a una providencia especial, a que Dios guardaba su vida para más tarde.

El caso sucedió así: Una noche en que el Sr. Wenceslao estaba ausente y se hallaban en casa las dos hermanas y Sor Beatriz, se presentaron en el piso un grupo de milicianos para efectuar un registro. Ante las llamadas de los milicianos ellas vacilaron un momento, pero juzgaron más prudente abrir porque de lo contrario echarían abajo la puerta.

De haber efectuado el registro, con toda seguridad se hubieran llevado a las dos religiosas. Pero Dios no lo consintió.

En el preciso momento en que la esposa del Sr. Wenceslao abrió la puerta del piso, se abrió también la puerta del ascensor y en ella aparece el Sr. Wenceslao.

El diálogo que media entre él y los milicianos es el siguiente: «¿Qué hay camaradas?» y ellos: «¿De dónde vienes?» «De cumplir el servicio ¿Qué íbais a hacer?» «Pues a efectuar un registro» «Podéis hacerlo»—les dice con toda tranquilidad—. Esta sangre fría disipó toda sospecha y ellos se contentaron con decir «De ninguna manera, no faltaba más» y se marcharon.

No hay duda que este incidente fué un rudo golpe a la seguridad de aquella casa.

En las redes...

Existen cosas en la vida humana tan inexplicables a nuestra pobre inteligencia, que ante ellas solamente podemos adorar los justos juicios de Dios que escribe derecho con líneas torcidas.

Sor Beatriz había salido del piso en que estaba toda la comunidad y vivía en casa de un policía, circunstancia esta que humanamente hablando favorecía la posibilidad de esquivar el bulto a la rapacidad criminal de los milicianos. Incluso en momentos de máximo peligro como el que acabamos de narrar Dios la libró, casi podemos decir, de milagro.

Pues bien, a pesar de esa visible protección de Dios sobre la vida de nuestra hermana, un acontecimiento humanamente inconcebible da viraje totalmente contrario a los acontecimientos y enfila la proa de su existencia directamente hacia el martirio.

Las cosas ocurrieron así: Las religiosas que pudieron buscarse alojamiento en casas particulares se fueron, pero el resto de la Comunidad permaneció en el piso que tenían alquilado en la calle de Francisco Silvela.

Con ella, quedó la Madre, que fiel y consecuente con lo que había prometido a la Comunidad al salir del convento no abandonó las enfermas y ancianas.

Los dos meses largos que Sor Beatriz estuvo en casa del señor Wenceslao, las religiosas que permanecieron en el piso gozaron de relativa tranquilidad y no fueron directamente molestadas por los milicianos.

Vivían con mucha estrechez porque sus recursos no daban para más, pero como aún no estaban vigiladas en el piso, las personas caritativas y amigas de la Comunidad socorriánlas con algunas limosnas, lo cual unido a la gran economía y espíritu de sacrificio de las monjas permitían a éstas ir defendiéndose.

La perspectiva cambió totalmente en los primeros días de octubre.

Uno de estos días, se presentaron en el piso un grupo de milicianos que simulando comprensión y modales amistosos hicieron un registro. Cuando ya se iban dijeron a la Madre que pensaban llevarlas de enfermeras al frente.

Dando crédito absoluto a las palabras verdaderamente diabólicas de aquellos hombres, la Madre aceptó la propuesta, pero les dijo que casi todas las que se encontraban en el piso eran enfermas, que si no tenían inconveniente mandaría llamar otras dos jóvenes más aptas para el oficio que querían confiarles. Los milicianos aceptaron y yo creo que celebrando internamente el buen éxito de la treta.

Apenas marcharon, envió la Madre una religiosa a casa de Sor María del Sagrario para darles cuenta de lo ocurrido y comunicarles también la orden de que regresasen al piso.

Humanamente considerado fué desacertado, en la Madre, dar crédito a los milicianos. Aunque éstos realmente hubieran cumplido

su palabra. Llevarlas al frente de enfermeras era exponer las religiosas a los más viles atropellos.

Cuántas jóvenes de la zona roja, decentes, pero influídas o simpatizantes con las ideas comunistas, fueron al frente de enfermeras, impulsadas de las mejores intenciones y regresaron con su honor hecho jirones. Cosa que por otra parte no debe extrañarnos si tenemos en cuenta la moral atea que dominaba en las milicias comunistas.

Pero la Madre tenía sobrados motivos, incluso para dudar que los milicianos cumplieren su palabra de llevarlas al frente.

¿Qué garantía podían ofrecer aquellos hombres que estaban conculcando todos los principios elementales de respeto a la persona del prójimo de una manera indigna y brutal?

Por eso creemos que en aquella ocasión la Madre con buenas palabras debió oponer a los deseos de los milicianos, la circunstancia de que casi todas estaban enfermas, prestarse a trabajar en el mismo piso, etc.

Como decimos este es el juicio que nos merece la conducta de la Madre humanamente considerado.

Desde un punto de vista sobrenatural es preciso reconocer que todo sucedió porque Dios así lo quiso. Para demostrar de modo inequívoco su libérrima selección.

Había posado su mirada complacida en nuestra hermana, se había enternecido cuando ella cantaba, más con el corazón que con la boca, la estrofa en que bellamente expresaba su deseo de martirio «que feliz yo, si la vida por tu amor pudiera dar»... y aceptó el ofrecimiento.

Por ello le sacó de los momentos o de los peligros inminentes casi de milagro y en cambio dispone el camino de su sacrificio en forma desacostumbrada y humanamente desconcertante. Así no había lugar para echarlo a pura casualidad.

Cuando la religiosa enviada para dar el recado llegó al piso donde se hospedaba Sor Beatriz, la reacción de todos fué de extrañeza ante la candidez de la Madre.

Olvidándose de su propio peligro y viendo que el proceder de la Superiora suponía un atentado contra la seguridad de sus bienhechores, nuestra hermana dijo a la religiosa que les traía la voluntad de la Madre «¿Pero no se dieron cuenta de que ponemos también

en peligro a esta familia?». Y luego viendo claramente lo que ocultaba la proposición infame de los milicianos añadió: «Yo iré, pero esta —por Sor María del Sagrario— que se quede».

Los familiares de Sor María del Sagrario intentaron por todos los medios que las dos religiosas quedasen allí. El Sr. Wenceslao se prestó para hablar con la Madre e indicarle cuáles eran las verdaderas intenciones de los milicianos.

Pero para entonces Sor Beatriz había ya pensado mejor las cosas y vió que tal vez su conducta en aquellos momentos era un proceder demasiado humano. Por este motivo no aceptó que el Sr. Wenceslao fuera a tratarlo con la Madre, podía haber en ello un poquito de resistencia.

Zanjó pues las deliberaciones con estas palabras: «En fin, a nosotras nos basta con obedecer y marchar con ella». Acto seguido cogieron las cosas más imprescindibles y se fueron a reunirse con la Comunidad.

Como decíamos al principio, este fué el acontecimiento que dió viraje totalmente contrario a los acontecimientos en la existencia de nuestra hermana. Desde que salió de la casa que tan cariñosamente la protegió por espacio de dos meses largos, se dió perfecta cuenta de que su persona carecía de la seguridad imprescindible. Sus días en este mundo estaban contados.

Y una prueba que demuestra clarísimamente esta convicción en ella es que por el camino—como nos ha dicho Sor M.^a del Sagrario—, le dió las señas de su familia para que pudieran avisarle en caso de que a ella no le fuera posible.

Ante el pavoroso futuro...

A partir del 22 de agosto en que se lleva a cabo la gran matanza de presos en la Cárcel Modelo, la intervención directa de las pandillas criminales en las cárceles y el disponer de las vidas de los presos, quedaron confirmados pese a todas las protestas internacionales.

Y no sólo en Madrid; en toda España acudían los milicianos a las prisiones durante la noche llevando una lista de condenados.

Despertaban a los presos y daban lectura a los nombres de aquellos que debían salir en libertad, porque hasta en esto eran atroces los métodos; oficialmente salían en libertad, los que una hora después recibirían un tiro en la nuca.

La misma libertad que se tomaban los milicianos en las cárceles, se arrogaban para hacer redadas en los domicilios particulares y llevarse a las personas que les venían en gana.

Las sacas de presos en las cárceles y las detenciones de personas no afectas al régimen fueron aumentando progresivamente después de las derrotas del Frente Popular en tierras de Extremadura y sobre todo a medida que las tropas de Franco se acercaban a Madrid.

Era la revancha ruín e indigna que se tomaban aquellos hombres cobardes por sus derrotas en los frentes de batalla. Tengamos en cuenta que la detención de nuestra hermana coincide con los desastres del ejército rojo en Badajoz y en Navalmoral de la Mata, donde este se declaró impotente para detener a las columnas nacionales del Sur. Así como su muerte coincide también con la presencia de las tropas de Franco en la Ciudad Universitaria.

Desde el momento que entró de nuevo en el piso donde se encontraba el grueso de la Comunidad, Sor M.^a Beatriz vió que se iban estrechando en torno a su persona y la de sus hermanas, los anillos de una conjuración misteriosa, que pretendía su exterminio.

Allí encontró a Sor M.^a del Rosario con la cual tenía—como hemos dicho en páginas anteriores—una amistad muy íntima. Lo primero que le dijo fueron estas palabras: «Sor Rosario, ¿Qué querrá el Señor de nosotras? Yo estaba fuera de aquí y me han traído y sin embargo Sor X ha salido de aquí y está sirviendo!»

Aunque las palabras revelan perplejidad ante el porvenir incierto, en lo íntimo de su corazón estaba completamente convencida de que el Señor iba preparando las cosas para su sacrificio total.

Pocos días después ya decía a Sor María del Sagrario «Yo creo que Dios nos pide algo grande cuando nos sacó de la casa de su hermano donde estábamos tan seguras. Adoremos sus ocultas disposiciones».

Esta voluntad de Dios se perfiló clarísimamente cuando las religiosas conocieron con certeza la trampa de los milicianos.

Las sospechas de Sor Beatriz y el Sr. Wenceslao fueron confir-

madras por la conducta de aquellos hombres sin moral y sin conciencia.

No tenían tales intenciones de llevarlas al frente. Una vez que se reunieron todas en el piso, lo habilitaron para prisión y montaron la guardia permanente a la puerta.

Entonces se dieron cuenta las religiosas que estaban presas y a merced de aquellos salvajes. Expuestas por tanto a que el día menos pensado aparecieran cadáveres en la cuneta de una carretera o en las tapias del cementerio.

Si quedaba a Sor M.^a Beatriz alguna duda respecto a su elección como víctima, los últimos acontecimientos de aquellos días se encargaron de disiparla.

Viendo las verdaderas intenciones de los milicianos, el Sr. Wenceslao gestionó y consiguió llevarse a Sor M.^a del Sagrario. En cambio estas gestiones fallaron cuando quiso llevarse también a nuestra hermana.

Con lo cual se convenció ésta de que no le quedaba más que dar el «fiat» a la voluntad de Dios. Para completar el total abandono en sus manos, fué necesario alejarse hasta de aquellas personas por las que sentía un afecto tiernísimo.

La despedida de Sor M.^a del Sagrario indiscutiblemente tuvo que ser algo desgarrador. ¡Estaba tan entrañablemente unida a ella por los lazos de la fraternidad, de la amistad y de la gratitud!

Con esta buenísima religiosa había compartido hasta entonces los momentos más difíciles por los que atravesó su existencia y eso había contribuído enormemente a fusionar sus corazones.

Además Sor Beatriz tenía muy metido en el corazón las delicadezas verdaderamente fraternales que toda la familia de Sor María del Sagrario había tenido con ella.

Por eso ahora, al tener que despedirse y para siempre, al presentir nuestra hermana que en adelante no tendría el apoyo moral y cariñoso de Sor M.^a del Sagrario, fué sin duda para ella una de las pruebas más duras que experimentó en aquellos últimos días.

La escena fué emocionante. Al darle el último abrazo Sor María del Sagrario le dijo: «¡Ay Sor Beatriz, vuestra caridad es la elegida del Señor, a mí, no me quiere todavía» y nuestra hermana visible-

mente emocionada, pero reprimiendo en lo posible la violencia de sus afectos, contestó estrechándola fuertemente «Vivamos muy unidas en Jesús y cúmplase su santísima voluntad»...

Si nos quedaba alguna duda sobre la libérrima aceptación de los designios divinos sobre su persona, estas palabras serían suficientes para esclarecerla.

Sor M.^a Beatriz siente horrores la separación de Sor M.^a del Sagrario, pero acepta este, como los demás sacrificios..., como la misma muerte que Dios le pide, con la resignación amorosa de un alma que hace mucho tiempo se ha entregado incondicionalmente en sus manos.

Angustiosa espera...

Reintegrada a la Comunidad, empieza para ella y las demás religiosas un martirio moral y físico, lento y dolorosísimo, que culminará en el sacrificio total.

Los milicianos, de guardia en la puerta dificultan toda relación con el exterior. Llegan a carecer hasta de lo más imprescindible.

Los alimentos son apenas suficientes para conservar la vida. En los veinte días que Sor M.^a del Sagrario estuvo en el piso, comieron solo un poco de arroz condimentado con sal. Como cosa extraordinaria, algunas veces la hermana de esta religiosa les llevaba algo de pescado en conserva.

Para colmo de males muchas veces, cuando estaban tomando esta frugal refección, llamaban a la puerta y por temor de ser descubiertas arrojaban al water aquellas reducidas provisiones.

No tenían camas y se veían obligadas a dormir tendidas en el suelo. Hagámonos una idea de lo que esto significaba para ellas. Tenían sus cuerpos extenuados de cansancio, de hambre atrasada, de depresión moral provocada por el agotamiento nervioso de tantas emociones fuertes y desagradables y como reconstituyente se veían obligadas a pasar la noche tendidas en el duro suelo.

Podemos imaginarnos también la sensación tristísima que experimentarían sus almas todos los días al despertar, con los ojos hinchados por el sufrimiento, las caras enjutas y amarillentas, los vestidos

sucios y sin facilidad para repararlos. Ellas que siempre fueron tan aseadas, tan limpias en todas sus cosas, caracen ahora hasta de los servicios higiénicos más indispensables. Y además pensar que probablemente tales sufrimientos eran el principio del fin trágico que les aguardaba...

Sin embargo es necesario advertir que su estado espiritual no era ni mucho menos el de mujeres desesperadas. En estas ocasiones cuando los recursos humanos se agotan y la vida solo ofrece en perspectiva sufrimientos y amarguras, se prueban las almas, se ponen al desnudo y cada cual aparece tal cual es. No es posible el disimulo en estas coyunturas.

Las religiosas encarceladas en aquel piso de Francisco Silvela —de tanta historia para el convento de las Concepcionistas— reflejaban una paz y una resignación admirables, fruto de una inquebrantable conformidad en la voluntad de Dios.

Sabían los muchos pecados que diariamente desdoraban la faz católica de España y ellas aceptan gustosas todo lo que Dios tenía a bien enviarlas como desagravio.

No se olvide lo que dejamos dicho en otro lugar. Cuando días antes de salir definitivamente del convento el capellán les dijo si estaban dispuestas a dar la vida—en caso de que Dios se lo exigiera— todas contestaron unánimes que «sí» con la gracia de Dios. No hacían por tanto ahora más que ser consecuentes.

No se opone, ni mucho menos, lo que acabamos de decir, a que fisiológicamente y en el aspecto nervioso estuvieran deshechas.

La sensibilidad, de una manera especial en la mujer por más fina y acentuada, tiene sus leyes, independientes muchas veces del espíritu y de la voluntad. Sometida a fuertes y frecuentes emociones, se revoluciona y provoca estados de postración aunque el alma se conserve vigorosa y con entera calma.

No hay que admirarse por tanto si aquellas religiosas eran a veces víctimas del decaimiento y aparecerían al exterior algo deprimidas.

Pero pronto se recuperaban y adquirían, aun en el exterior, esa paz, privilegio exclusivo de las almas buenas unidas íntimamente a Dios y que confían absolutamente en la palabra de Jesús: «No temáis a los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma».

Como si las mil privaciones que llevaba consigo el estar ence-

rradas en el piso faltas de todo, no colmasen el cáliz del sufrimiento, los milicianos que custodiaban aquella cárcel improvisada se encargaban de tenerlas en continuo sobresalto.

Constantemente les decían, que iban a llevarlas a la muerte. Muchas noches las religiosas no pudieron dormir una sola hora, porque les decían que de un momento a otro iban a sacarlas.

Los sufrimientos originados por este sadismo de los milicianos solamente pueden comprenderlo, en toda su enormidad, quienes se hayan visto en semejantes circunstancias; la excitación de nervios, los mil pensamientos horribles que se agolpan en la inteligencia ante el porvenir misterioso y desconocido.

Sobre todos los sufrimientos físicos y morales originados por su situación intolerable, había uno que como dogal tremendo agarrotaba su corazón; el temor a cualquier atropello por parte de aquellos bárbaros.

No podían hacerse muchas ilusiones sobre la honradez y caballerosidad de sus guardianes. Cada cierto tiempo entraban para hacer un registro en el piso. En estas ocasiones les dirigían miradas que reflejaban de modo inequívoco los más criminales y repugnantes instintos.

Ordinariamente cuando entraban para proceder a un registro, las religiosas se encerraban en una habitación y se trasladaban a otra, ya revisada, cuando prevenían que los milicianos se acercaban.

Una vez sorprendieron a nuestra hermana y Sor M.^a del Sagrario en una habitación. Se encararon con ellas y les dijeron en tono brutal: «¿Por qué no os casáis?»... Lo malo no era la frase, era lo que latía detrás de aquella salida. Sor Beatriz que no tenía un pelo de tonta lo comprendió muy bien. Lo demuestra una anécdota ya citada.

Un día y en un momento en que las dejaron libres sus carceles, estaban hablando en grupo varias religiosas, entre ellas la Madre Vicaria y nuestra hermana.

La Madre Vicaria se lamentaba de su vejez: «Vosotras sois jóvenes y podéis trabajar—decía—pero yo, ¿qué harán de mí?» Y Sor Beatriz con una energía que brotaba de su amor a la pureza y del temor ante los peligros que aquellos días se cernían sobre su virtud, replicó: «Pues precisamente lo que yo siento es ser joven».

La frase no necesita comentarios. Sin duda ninguna este fué uno de los tormentos que más dolorosamente laceraron su corazón.

Presentía la posibilidad de que después de haber conservado por tantos años incontaminada y lozana la flor de la virginidad, podía ser brutalmente hollada por aquellos salvajes.

Aureolada por esta corona de espinas la vida espiritual de las religiosas se desarrollaba con rapidez e intensidad. Bien podemos sospechar que todas llegaron a cimas elevadas en la perfección.

Confiaban en Dios, pero no les cabía la menor duda que a cada momento podían caer víctimas del odio y salvajismo de aquellos forajidos.

Por eso desde que Sor Beatriz se reintegró a la comunidad, en el ánimo de todas hay un pensamiento dominante: prepararse lo mejor posible para la muerte y luego esperar confiadas en la protección paternal de Dios.

Rezaban todos los días el Oficio Divino por los pocos libros que pudieron sacar del convento. Hacían sus horas de oración ordinarias y podemos sospechar sin temor a equivocarnos que con un fervor desacostumbrado aun en las más fervorosas.

En momentos como aquellos por los que pasaban las religiosas, la plegaria y la oración brota espontánea en los labios y en el corazón.

Como durante el día no podían dedicarse a otras cosas, labores, oficinas de convento, etc., prolongaban los ratos de oración a discrección durante el día, juntamente con otras prácticas de piedad.

Una de las más frecuentes era el rezo de los quince misterios del Rosario. Práctica de piedad que solían acompañarla aún las más ancianitas con los brazos en cruz.

En aquel sagrado reducto de Francisco Silvela, morada del sacrificio y de la oración, subía todos los días al cielo, como delicada y fragante nube de incienso, multitud de inmensos actos reparatorios.

De vez en cuando, en medio de aquel grupo de monjas, de aquella Comunidad que tenía mucha semejanza con las primitivas cristiandades, habitantes de las catacumbas, se alzaba grave y solemne la voz de la superiora, como la figura hierática del obispo en medio de los cristianos condenados a las fieras.

Las exhortaba a seguir constantes en la virtud hasta el heroísmo si era preciso, a la generosidad con Dios, a que ofrecieran sus vidas si así El lo disponía, por su amor y por la salvación de España.

Las religiosas recibían las palabras de la Madre como la voz de Dios y allá en lo más íntimo de su corazón, iban poniendo en práctica el ofrecimiento generoso y espontáneo de sus existencias inmaculadas por la redención espiritual de tantos desgraciados como en aquellos días se dedicaban a ofender a Dios.

La última cena.

La vía dolorosa tocaba a su fin y se acercaba el momento del sacrificio. Es el siete de noviembre de 1936.

Cuando se dió la orden de levantarse, las religiosas sintieron ese día, como Jesús en el huerto, que el espíritu estaba pronto pero la carne se resistía más que de ordinario.

Hicieron sus rezos y tomaron—si así podía llamarse—el desayuno.

Poco a poco el espíritu con su angelical resignación fué triunfando sobre las exigencias de aquellos cuerpos famélicos que se resistían al aniquilamiento por lenta inanición.

A las once de la mañana llegaron las demás religiosas acogidas en casas particulares.

Como ya dijimos las visitas eran raras por lo expuestas. En los dos meses últimos, desde que los milicianos pusieron vigilancia a la puerta y transformaron el piso en cárcel, solamente recibieron algunas visitas del Sr. Wenceslao, Sor Consuelo y un joven afiliado a la F. A. I.

Las monjas prisioneras se reanimaron un poco a la vista de sus hermanas. Recibieron la visita como una de las más grandes delicadezas de Dios en aquellos días que tanta necesidad tenían de optimismo.

Para mí es uno de los rasgos que mejor demuestra la unión y caridad que existía entre las religiosas de aquella santa Comunidad. Solamente por exigencias de un intenso afecto pudieron arriesgarse a realizar aquella visita que pudo fácilmente costarles cara.

Como sabían que las prisioneras no estarían sobradas de alimentos traían también algo de comer.

La refección en común transcurrió en medio de una conversa-

ción íntima y familiar. Por un momento olvidaron la perspectiva incierta de su futura suerte. Se habló de muchas cosas, sobre todo del deseo grande que todas sentían por volver al convento para ser cada día más santas.

Habían visto muchas cosas nada agradables pero aleccionadoras en los pocos meses que llevaban fuera. El mundo necesitaba muchas almas santas, muchas oraciones, muchos sacrificios para aplacar a Dios y cristianizar a los hombres. Y ellas se creían las primeras obligadas a trabajar en este aspecto.

Aquel día y en aquella ocasión fué la última vez que se reunió la Comunidad. Pocas horas más tarde la mayor parte de las religiosas—nueve—serían villanamente detenidas como Jesús en el huerto y al día siguiente sacrificadas en medio de un anonimato indescribible.

Por este motivo la comida de la Comunidad el siete de noviembre de 1936 tan semejante, por su significación histórica y por el ambiente cálido de afecto en que transcurrió, a la última cena de Jesús con su colegio apostólico, quedará en los anales de la historia concepcionista como un hito glorioso e imborrable.

Después de algunas horas en que continuaron el cambio de impresiones, las religiosas visitantes decidieron volverse a sus casas, por deseo de las mismas prisioneras.

Fué precisamente en esta memorable tarde, última de su vida cuando Sor Beatriz pronunció las últimas palabras que conservamos salidas de sus labios.

Las religiosas—ya lo dijimos—cuando vieron que el término más probable de aquel encierro sería el martirio, se trazaron un horario que prácticamente consistía en pasarse el día entero en oración mental, vocal y conversaciones piadosas.

Por este motivo, aunque la presencia de sus hermanas producía en su espíritu una alegría honda y reanimadora, por que veían no las abandonaban ni en aquellos momentos difíciles, creían por otra parte faltar, prolongando tanto la conversación.

Nuestra hermana interpretando el sentir unánime de las prisioneras dijo a las demás: «Ya tenemos ganas de que se marchen ¡tenemos tantas cosas que rezar!», Y envolvió sus palabras en la habitual sonrisa, delicada y comprensiva.

Las religiosas visitantes respetaron aquellos deseos santos y se

despidieron de ellas abrazándolas fuertemente y prometiéndolas volver cuanto antes si así lo necesitaban. Con aquel abrazo tierno y fraternal, sin saberlo, se despidieron para siempre, hasta el cielo.

El coche a la puerta...

Momentos después de marcharse las religiosas acogidas en casas particulares, percibieron claramente las prisioneras el ruido de un coche. Por aquella fecha y en la calle Francisco Silvela estaba casi parada la circulación, sobre todo desde las primeras horas de la noche.

Por este motivo el ruido alarmó a las monjas, aun más cuando oyeron que se paraba frente a la casa donde estaba su piso, con un frenazo seco y estridente.

Con el alma en vilo, oyeron después el pisar recio de un grupo de hombres que subían las escaleras y finalmente la fuerte llamada de una mano nerviosa e imperativa.

Como sacudidas por una corriente eléctrica, las religiosas dejaron de escuchar los ruidos inquietantes de fuera y se reunieron en torno a la Madre. Conocieron todas por instinto que iba a suceder algo serio.

La Superiora les dirigió las últimas recomendaciones, no dudando que venían por ellas y abrió la puerta acompañada de dos religiosas.

Las monjas se encontraron frente a un grupo de milicianos de mirada siniestra. Al saludo delicado de la Superiora contestó el responsable con una orden seca. Les mandó salir del piso y bajar las escaleras de tres en tres empezando por las más jóvenes.

En pocas ocasiones se habrán encontrado representados con más subido realismo el vicio y la bondad frente a frente.

El vicio encarnado en aquellos hombres de cara bronceada y ojos sanguinolentos, con unos monos sucios y sus camisas desabrochadas enseñando su tez negra e hirsuta.

La bondad en las religiosas, famélicas, amarillas como la cera, con los ojos hundidos y bajos, denotando la profundidad de sus ojeras la magnitud de los sufrimientos.

Los milicianos respiraban resentimientos y deseos de exterminio, las religiosas aceptaban con sublime resignación y hasta casi con

alegría la revancha cobarde que aquellos desalmados querían tomar en sus cuerpos inocentes.

Morían contentas, si el sacrificio de sus vidas podía servir algo para la satisfacción de tantos pecados como entonces se cometían en España y para abrir los ojos de la fé a los mismos hombres que tenían delante y poco después serían sus verdugos.

Los milicianos eran pues la muerte y las religiosas les deseaban la vida, ellos encarnaban el odio y el pecado, las religiosas el perdón generoso y la gracia.

Como reos al suplicio fueron bajando las escaleras y entrando de tres en tres en el coche. Como éste era pequeño—no cabían más que tres—tuvieron que hacer varios viajes.

Las monjas conservaron una serenidad envidiable; ni un alboroto, ni una palabra de protesta ni gestos de miedo, ni siquiera un lamento. Se habían aprendido muy bien la lección de Jesús ante sus verdugos.

En cambio aquellos bárbaros venían en plan de empezar allí mismo el martirio de las religiosas. Las trataban con una rudeza y un sadismo incalificable. Mortificaban sus oídos con las palabras más soeces, y las introducían en el coche poco menos que a empujones.

Lo más trágico ocurrió precisamente con las tres monjas últimas.

Una de ellas estaba paralítica y como no podía andar los milicianos querían echarla a rodar escaleras abajo. Solamente después de muchos ruegos por parte de la Superiora, se avinieron a que bajara despacio y ayudada por las otras dos religiosas.

Ya en el zaguán la Superiora despidió a la hija del portero, María Teresa Alcaraz, la estrechó fuertemente las manos y la entregó todos los fondos que poseía la Comunidad, cuarenta y cinco pesetas.

Momentos después las religiosas Concepcionistas, ingresaban en las cárceles del Centro Comunista de las Ventas.

Cuál fué el resto de la odisea dolorosa de aquellas monjitas es cosa que no podemos saber con certeza. Tampoco nos consta las circunstancias del martirio.

Pero podemos reconstruirlas con mucha probabilidad de acierto. Casi con seguridad.



.....Ellos encarnaban el odio y el pecado, las religiosas
el perdón generoso y la gracia.

Azucenas tronchadas

Ya digimos antes que las sacas de presos, en las distintas cárceles de Madrid, creció atterradoramente desde que se anunció la proximidad de las tropas nacionales.

Sin más criterio que el de los grupos armados y sin que precediera sentencia de ningún tribunal, salían atados codo con codo los presos y conducidos a determinados parajes en los alrededores de Madrid. Allí eran pasados por las armas en terrible matanza colectiva, encomendada a las ametralladoras.

Entre los días 6 al 17 de Noviembre cayeron de este modo millares de víctimas. Varios centenares fueron llevados a los campos de Torrejón de Ardoz; más de un millar a Paracuellos del Jarama; otros al cementerio de Fuencarral.

Los hechos fueron tales que otra vez como en las matanzas de la cárcel Modelo conmovieron la conciencia del mundo. Llegaron a Madrid numerosas protestas internacionales. Y la Junta de Defensa salió al paso de esas protestas con una nota de un cinismo desconcertante.

Ateniéndonos, pues, a la forma ordinaria como en aquellos días se practicaban las detenciones, podemos dar como muy probable que las Concepcionistas secuestradas siguieron estas vicisitudes.

Al llegar al Centro del Comité Socialista de las Ventas, fueron encerradas en los locales habilitados para cárceles, donde se apuraban todos los sufrimientos imaginables. Incapaces para albergar tal cantidad de presos, vivían éstos prensados como sardinas, en medio de un ambiente irrespirable, sin poder echarse para descansar de tantas emociones fuertes y con imposibilidad para usar de los servicios higiénicos más indispensables.

Y en esta situación, a esperar la hora tremenda, cuatro o cinco de la mañana—en que se diera lectura a las listas de presos, que oficialmente salían en libertad y en realidad eran cargados en camiones como ganado y asesinados en masa en las afueras de Madrid.

Por tanto lo más probable es que Sor Beatriz, al día siguiente, en uno de aquellos trágicos «paseos» del Madrid revolucionario,



En uno de aquellos trágicos «paseos» del Madrid revolucionario, Sor María Beatriz ofrendó su preciosa vida por Dios y por España

ofrendó su preciosa vida por Dios y por España, confundida en la turba inmensa de buenos españoles, que en aquellos días encontraron también la muerte, víctimas de la revancha cobarde de las milicias comunistas.

Con ella murieron también otras nueve concepcionistas, cuyos nombres damos a continuación para perpetuo recuerdo: Sor María Isabel del Carmen, Abadesa; la Vicaria, Sor María Petra Pilar de los Desamparados; la Maestra de Novicias, Sor M.^a del Smo. Sacramento; las religiosas Sor María Balbina de San José; Sor María Guadalupe de la Ascensión y la anciana Sor M.^a de la Asunción; Sor María de San Miguel; Sor María Basilia de Jesús y Sor María del Pilar.

Por el día en que fueron llevadas del piso—siete de noviembre—podemos dar por cierto que su cuerpo se encuentra en las grandes fosas de Paracuellos del Jarama. Nos consta que del día 6 al 11 ó 12 de Noviembre los presos fueron asesinados en esos parajes.

Realmente es lamentable que nos falten los datos, precisamente sobre el desenlace de aquella vida que tuvo el interés y dramatismo de una sublime novela.

Pero si nuestra curiosidad queda algo defraudada y a ella se le resta alguna gloria en este mundo, en nada desdora esta circunstancia su mérito incomparable de haber sido sublimemente generosa con Dios hasta la muerte.

Para Dios no existen anonimatos. Y por eso, estamos seguros que al cerrar Sor Beatriz los ojos a la luz de este mundo, roto su corazón por las balas asesinas, se encontró con los brazos amorosos de Dios, que la estaba esperando, para estrecharla contra su corazón paternal y ceñir sus sienes con la doble aureola de la virginidad y del martirio.

Más allá de la muerte...

Cerramos en el capítulo que precede la descripción de lo que, según los datos conservados, fué la existencia realmente admirable de nuestra hermana. Se impone ahora una reflexión de tipo práctico. ¿Qué interés puede tener para nosotros, con ganas de ser buenos, recordar lo que fué Sor M.^a Beatriz? Veámoslo.

Es, primero, un ejemplo simpáticamente aleccionador. Lo hemos podido comprobar. Nuestra hermana no tuvo una vida llena de manifestaciones extraordinarias. Fué completamente normal, corriente, casi en todo como la nuestra.

Solamente hay en ella una circunstancia que la separa notablemente de la generalidad. En nuestra hermana faltan las frecuentes claudicaciones, el cansancio y a veces hastío en el servicio de Dios que tanto oscurecen nuestra existencia. El vivir de Sor Beatriz fué una línea recta, siempre ascendente y sin desmayos hacia las cimas de la santidad.

Su existencia por tanto, paralela y similar a la nuestra, tan cerca de nosotros, sin distintivos espectaculares que la eleven por encima de nuestro vivir, pero al mismo tiempo tan fiel a las exigencias de la gracia, debe ser para nosotros altamente aleccionadora.

Debe ser un reguero luminoso, un aliciente arrollador, que acabe con nuestro pesimismo, timidez y negligencia en el caminar por las veredas de la santidad y al mismo tiempo un eficaz revulsivo del espíritu en días, por desgracia frecuentes, en que sentimos ganas infinitas de echarnos en el surco y renunciar a la empresa de ser santos.

El recuerdo de Sor Beatriz tiene además otra importancia, para nosotros, que no podemos silenciar. Como alma grande y especialmente amada de Jesús, no hay duda que tiene ante El una potencia intercesora extraordinaria.

¿Qué puede negarse en el cielo a un alma cuya vida fué una pasión arrebatadora por Dios? Por El abandonó padres y hermanos, por El cultivó con verdadera pasión la azucena blanquísima de la pureza, por El vivió pobre y mortificada, por El consideró como suyos propios todos los pecados de los hombres, incluso los de aquellos que más se distinguieron por un odio demoníaco hacia todo lo santo. Por El en fin derramó hasta la última gota de su sangre virginal que, en expresión del Divino Maestro, es la prueba más alta de amor.

No pecamos por tanto de atrevidos al afirmar que Jesús acoge con especial interés todo lo que le pide Sor Beatriz.

Lo podríamos confirmar con numerosas experiencias, propias y ajenas.

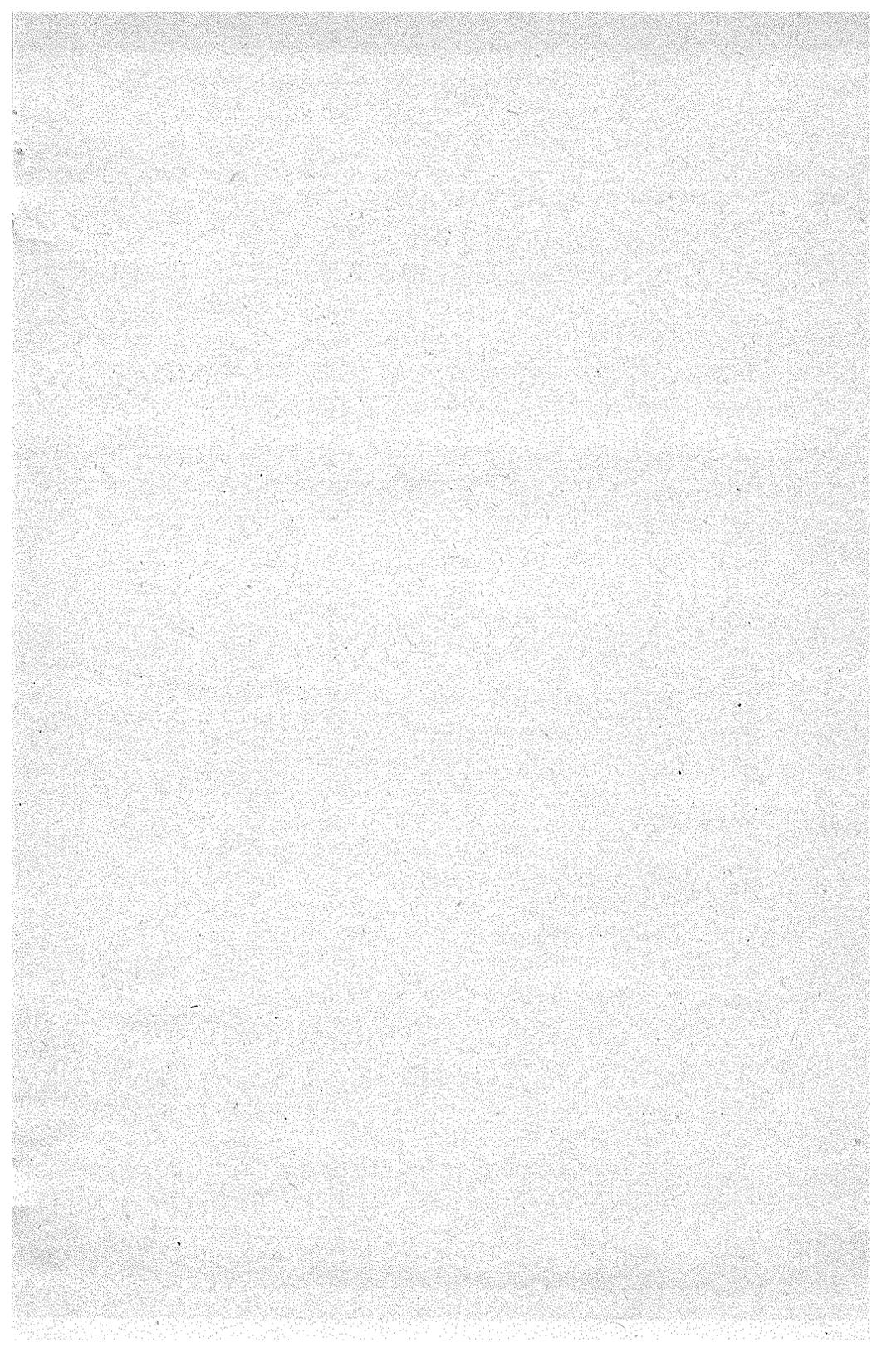
Son muchas las crisis internas, las luchas cuerpo a cuerpo con

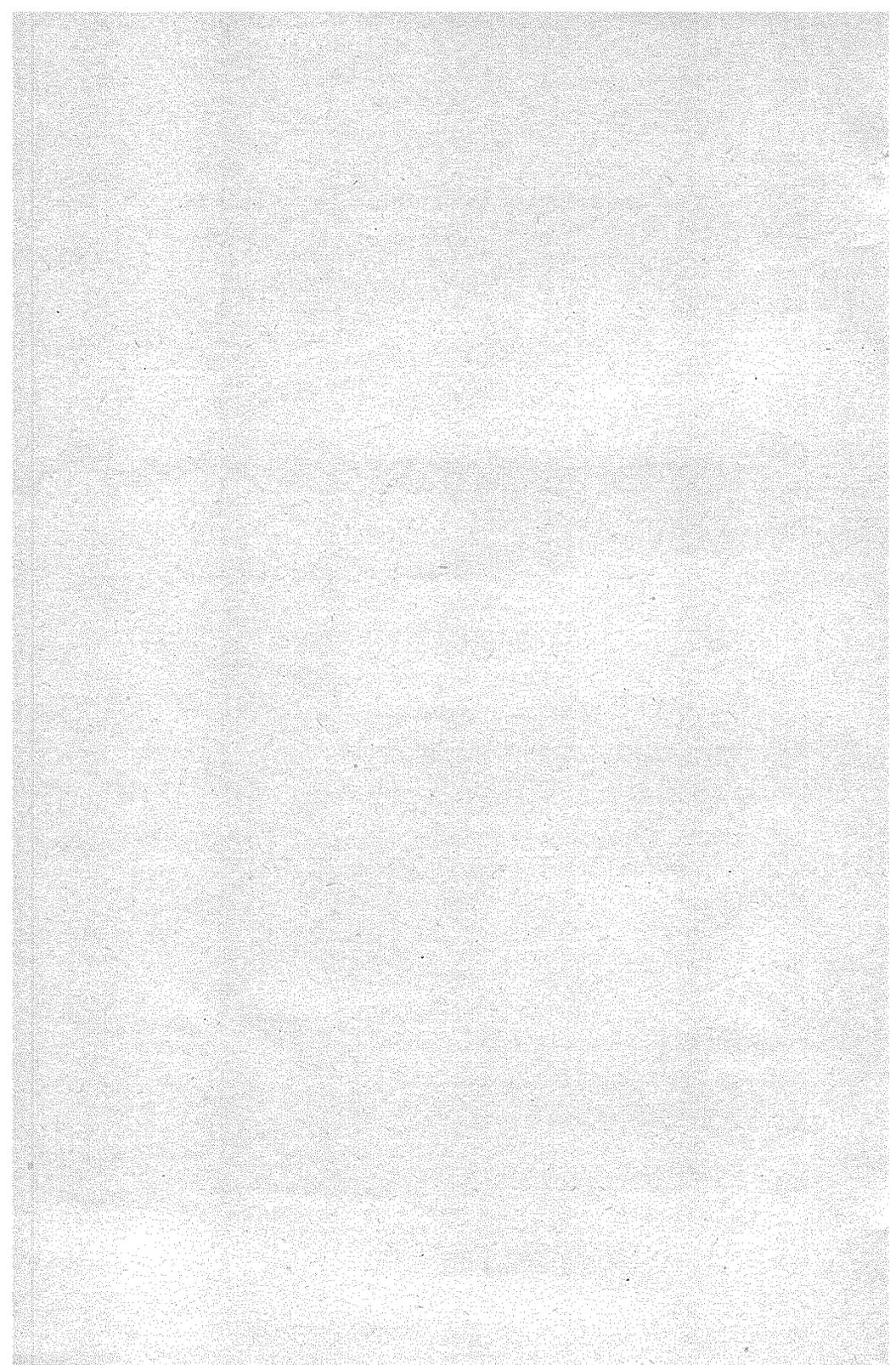
la vida, los desfallecimientos morales que han visto su remedio inmediato en la valiosa protección de nuestra hermana. Desde su muerte está repartiendo a voleo; fortaleza de ánimo en las contrariedades, resignación en los fracasos, aliento y alegría para superar todos los obstáculos que entorpecen nuestra vida humana y sobre todo nuestra santidad.

«Hablo por propia experiencia—escribía una religiosa—son incontables los casos y algunos señaladísimos, en los cuales he visto la eficaz protección de Sor M.^a Beatriz casi de una manera palpable».

Pues bien, que el recuerdo de nuestra hermana, imperfectamente reflejado en estas páginas, tenga también en nuestra vida estos saludables efectos. Que deje en el espíritu un recuerdo imborrable y nos haga pedirla protección en todas las necesidades. Que se nos meta en el alma, como una Divina inquietud por seguir valientes y sin desmayos, como lo hizo ella, hasta las alturas difíciles y luminosas de la santidad.







ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Dieciocho de marzo de mil novecientos ocho.	11
«Si fuera mi hija»	12
La abuela Isabel	14
«Aquella su voz»	16
«Aquella su sonrisa»	18
Entre flores	19
El cuarto honrar padre y madre.	21
La fuente.	24
Proa hacia Dios	25
«Por el camino que quieras voy»	27
Delicadezas divinas.	30
Quien no renuncia a su padre y a su madre	32
Aprendiendo a ser monja	37
«Consagro a Vos... mi corazón».	41
En el oficio de Marta	43
Para siempre	46
Ya después de profesas.	47
El castillo interior.	48
Viviendo en obediencia y sin propio	52
Lirio.	54
Entre espinas.	55
Oración en música	57
«Ecce quam bonum»	59
Sin ñoñerías	63
La mano de Dios	67
Amad a vuestros enemigos.	69
Tensión espiritual.	75
Esquivando el bulto	79
Otra vez en la calle	82
Alborada trágica	84
Los caramelos	87

	<u>f. Páginas</u>
Vuelo de palomas	89
En Francisco Silvela	92
Comunismo de los marxistas	94
Otra vez en Lope de Rueda	97
En las redes	101
Ante el pavoroso futuro	104
Angustiosa espera	107
La última cena	111
El coche a la puerta	112
Azucenas tronchadas	115
Más allá de la muerte	118





Precio: 18 Ptas.
